

Café París
Villaverde

La última vez que vio a Eva pensó que jamás la volvería a ver. Algo más de cuatro años después Tomás se encuentra a sí mismo en aquel rincón dónde la vio alejarse la última vez mientras se pregunta porqué ella habrá elegido el mismo sitio para reencontrarse con él.

Tomás levanta la cabeza desde su rincón oscuro y dirige su mirada hacia la puerta, por la cual penetran los rayos de sol de otra calurosa tarde de verano. Desde la oscuridad del café la puerta parece el acceso al paraíso. Al otro lado de la entrada sólo hay luz. Los blancos rayos quemados del exterior no consiguen penetrar en el local pero impiden ver que hay más allá. Él esta en el infierno, piensa. Se enciende un cigarrillo mientras intenta poner freno a su pié derecho, que no deja de golpear el suelo con un tic nervioso que hace tiempo que no aparecía. Tomás combina largos sorbos a su cerveza con rápidas caladas de un cigarro que comienza a consumirse en sus dedos como se consume la tranquilidad con la que creía afrontar la espera. Finas serpentinas de humo se arremolinan en torno el débil haz de luz de una bombilla que agota su existencia a pocos centímetros sobre la cabeza de Tomás.

Cuando Eva cruza el halo de luz quemada que atraviesa la puerta la tripa de Tomás se convierte en un hormiguero de sensaciones contrapuestas. El pié derecho de Tomás sigue golpeando impulsivamente el suelo con el talón, aunque él hace rato que no se da cuenta. Sin siquiera echar un vistazo al panorama del desierto café, Eva desciende las cuatro escaleras que dan entrada al local y se dirige automáticamente a la mesa del rincón. Al cruzar la cortina de luz su silueta se transforma en una imagen en color y mucho más nítida para Tomás. El trayecto, de pocos metros, se convierte en una eternidad para él, que aguarda sentado mirando fijamente a Eva con cara de tonto y la boca miedo abierta. Le gustaría tener un mando a distancia para parar ese momento. Poner el pause, tomar aire y ordenar unos pensamientos que se esfuman de su cabeza con cada paso de Eva. Ella llega antes de que Tomás consiga cerrar la boca, retira una silla y se sienta delante de él. Se miran, ella se quita las gafas de sol y sonríe a Tomás.

- Cierra la boca, ¿quieres? Te van a entrar moscas. – es la primera frase de Eva.
- Perdona, me he quedado un poco atontado. – responde Tomás sin abandonar la cara de tonto. Se pregunta si levantarse y darle dos besos, pero dado que ella se ha sentado directamente en la silla, prefiere no forzar la situación y así, de paso, se ahorra una cortesía que siempre le ha parecido bastante estúpida.
- Bueno ¿Qué me cuentas? ¿Cómo estás? ¿Cómo va todo? –.

Tanta pregunta aturde aún más a Tomás, que intenta sacudirse los nervios de encima y coge entre sus manos el mechero que hay encima del paquete de cigarrillos. Eva contempla a Tomás y advierte una suave cicatriz que le desciende del cuero cabelludo hasta la mitad de la sien. Casi imperceptible. Tomás esboza una sonrisa y consigue responder.

- Bien, supongo... Soportando este calor – dice mientras señala la cerveza - ¿Y tu cómo estás?
- La verdad es que muy bien. Hace unos días volví de Roma. Me quedaré aquí un tiempo. Buscaré trabajo e intentaré salir pronto de casa de mi madre – Llega la camarera y Eva pide un café con hielo.

El silencio momentáneo se rompe cuando la camarera vuelve a la barra.

- ¿Qué haces con tu vida, Tomás? ¿Trabajas?

- Sí...
- Supongo que eres ya un brillante periodista...
- Para ser brillante creo que todavía me queda bastante – apunta Tomás con una tímida mueca
- Terminé periodismo hace un par de años. Entré como becario en el periódico de la ciudad y al cabo de tres meses me dieron un puesto en la sección de local. Así que estoy todo el día siguiendo la actualidad de la ciudad, mayoritariamente en el Ayuntamiento escuchando las tonterías de los políticos. – Tomás sigue entreteniéndose sus manos con el mechero y no consigue mirar fijamente a los ojos a Eva durante más de cinco segundos.
- ¿Y te gusta el trabajo que haces? ¿Estas contento? – pregunta Eva con interés y fijando su mirada en los ojos de Tomás.
- No me puedo quejar. Para alguien que acaba de salir de la universidad no es fácil encontrar un buen puesto de trabajo. No me pagan mal, libro los fines de semana y me puedo levantar cada día más o menos tarde. Supongo que no es el trabajo de mi vida, pero no me quejo – responde solícito Tomás.
- ¿Y ya has empezado a escribir ese libro que tenías en mente? ¿Cómo se llamaba...? – Duda Eva mirando fijamente a los escurridizos ojos de Tomás.
- “El hombre que perseguía la lluvia” – contesta él riéndose tímidamente – No, no lo he comenzado. Yo necesito concentrarme en algo plenamente para poder hacerlo de forma constante. Con el trabajo ahora no tengo mucho tiempo para dedicarme tanto como me gustaría a escribir. ¿Y tú? ¿Qué has estado haciendo todos estos años? – pregunta finalmente Tomás.
- Pues he estado viviendo en Roma, combinando diversos trabajos, nada espectacular – matiza Eva con poco entusiasmo - y viviendo la vida. – apostilla ahora con más entusiasmo mientras él percibe que los ojos de ella se iluminan.
- ¿Eso es todo? Esperaba que fueras un poco más precisa – se queja Tomás, que comienza a sentirse más tranquilo.
- ¿Quieres que se más precisa? ¿Quieres que te aburra con mi vida? – pregunta Eva abriendo los ojos con una expresión un tanto burlesca.
- Por favor...- responde Tomás tomando otro cigarrillo de la cajetilla.

Eva echa el azúcar al expreso. Remueve bien el café con la cucharilla y después, cuidadosamente, vuelca el contenido de la taza en una copa que contiene tres hielos. Coge la copa entre las manos y la hace girar dibujando círculos en el aire para que el contenido se mezcle bien. La bombilla que tintinea sobre sus cabezas emite un débil crujido y Tomás desvía ahora su mirada hacia el foco de luz.

- ¿Me das un cigarrillo?

- Claro... pero no sabía que fumases – responde Tomás.

- En cambio yo sabía que tú no lo habrías dejado – comenta ella con una media sonrisa en la cara. – Entonces, ¿te cuento estos últimos cuatro años?

- Sí sí, claro...

Eva toma un sorbo del café y coge aire.

- Cuando me fui a Roma llegué con lo puesto. Una pequeña maleta con tres tejanos, cinco camisetas, dos jerséis, 300 euros y mucha ilusión y muchísimo miedo. Estuve prácticamente un mes viviendo en casa de Simona, una vieja gruñona amiga de mi madre que compartía un pequeño apartamento en Via de Crociferi, cerca de la Fontana de Trevi, con un gato tuerto llamado Vittorio. Simona le llamaba Vittorio “il guercio”.

Al principio me costaba entenderla, pero el italiano es fácil y los italianos se esfuerzan por entenderte. La única ocupación que tenía los primeros días era buscar trabajo. Así que me puse en marcha, pero todo lo que encontraba estaba mal pagado y te exigía estar todo el día sirviendocapuccini,shakerati, cornettipezzi di pizza. Así que pensé que si no encontraba nada mejor, siempre podría terminar haciendo de camarera.

A las dos semanas de estar en Roma, tomando unabirraen un bar del Trastevere se me acercó un italiano y comenzó a hablar conmigo, o a intentarlo, porque aun estaba bastante perdida con el idioma. Cuando vio mi diccionario sobre la mesa se sentó a mi lado y comenzó a hablarme de España y de lo bonita que era y de cuanto le gustaba Barcelona y de lo simpáticos que somos aquí y de lo bonita que es la vida en España. Le pregunté cuantas veces había estado en Barcelona y me dijo que ninguna. Los italianos son así, hablan maravillas de España pero muchos de ellos no han estado nunca. Están enamorados de Barcelona, sobretodo por lo que cuentan los italianos que han estado aquí. – Tomás se ríe. Eva apura la última calada de su cigarrillo y prosigue – El chico que se sentó a mi lado y comenzó a hablarme de las maravillas de la España en la que nunca había estado se llamaba Giuliano y a las dos semanas estaba viviendo con él en el mismo Trastevere, a la otra orilla del Tevere. Dejé a la vieja Simona con su Vittorio “il guercio”.

Giuliano estudiaba Literatura en la universidad de Roma por las mañanas y trabajaba en una tienda de música por las tardes. En realidad Giuliano no necesitaba el dinero que ganaba en la tienda de música porque sus padres, burgueses de mucho dinero, le habían dicho que mientras él estudiase ellos le sufragarían los gastos del alquiler, un capricho más que una necesidad, y de su vida cotidiana. Pero Giuliano no trabajaba por el dinero, sino por su afición, además de a la literatura, a la música. Creo que habrías encontrado muchas cosas de las que discutir con Giuliano. – Tomás arquea las cejas, abre expresivamente los ojos y piensa que lo duda - Giuliano se movía mucho en el terreno editorial romano. Le gustaba mucho escribir y lo hacía muy bien. Al tener contactos me consiguió una entrevista y una buena recomendación en un periódico local para un puesto de fotógrafa. No sé si fue por ser española o por mi gracia al chapurrear italiano, pero resulta que le gusté al director de imagen del periódico, *Il giornale*

romanose llama, y a los pocos días ya estaba en la calle haciendo fotografías para acompañar las piezas de los redactores. En sólo unos meses conseguí un par de fotografías que salieron en portada. La primera era de los altercados producidos en una concentración en Via dei Fori Imperiali por los activistas antiglobalización que se reunieron en Roma para protestar contra un encuentro entre jefes de estado de los países más poderosos del mundo que iban a aprobar un tratado para controlar i explotar conjuntamente unas reservas de petróleo en Siberia. El lío fue tremendo. La segunda fotografía en portada fue gracias a la imagen de la Via del Corso atiborrada de gente el día en que Italia se proclamó campeona en el Mundial de Alemania de 2006. Conseguí subir a la azotea de una casa que hace esquina con Piazza Venezia y tomé una foto en perspectiva de toda la calle inundada por una marea azul que llegaba hasta la Piazza del Popolo – Tomás hace un gesto de aprobación y admiración asintiendo y reconociendo el trabajo de Eva.

- En poco tiempo comencé a soltarme con el italiano y mi relación con Giuliano iba cada día mejor. Nos movíamos en círculos de gente relacionada con el arte y el periodismo romano. Íbamos a conciertos, al teatro, hacíamos paseos en Vespa hasta el lago Albano y el lago di Nemi, dónde a veces nos quedábamos hablando de nuestros sueños y mirando la ciudad a nuestros pies hasta que salía el sol. Los padres de Giuliano me aceptaron rápidamente en la familia y muchos fines de semana nos íbamos con ellos a la casa de verano que tenían en Santa Marinella, unos quilómetros al norte de Roma, dónde la madre de Giuliano nos preparaba unos platos de pasta exquisitos. Su especialidad era el pesto. Lo preparaba con albahaca que ella misma cultivaba en el jardín de la casa de Santa Marinella. – Eva se relame y cierra los ojos rememorando el sabor de esos platos en su boca. Y sigue, mientras Tomás la mira con un gesto entre la curiosidad y el recelo.

- Nada podía ir mejor. Así, entre el periódico, las escapadas a la casa de verano y la vida en el apartamento del Trastevere pasó el primer verano y el primer año.

A Giuliano y a mi nos gustaba enfadarnos y la mayoría de veces terminábamos discutiendo sobre si los españoles esto y los italianos lo otro. Parece que después de haberme conquistado ese amor por todo lo español había ya desaparecido y se mostraba más amante de su tierra que nunca. De todos modos, nunca llegamos a nada que fuese más que una leve discusión. Siempre acabábamos reconciliándonos en la cama. – Con esta última frase de Eva, Tomás intenta dibujar en su rostro una leve sonrisa de aprobación que no consigue disimular su incomodidad. Eva se da cuenta y cambia de tema pero a Tomás ya se le ha quedado clavada una espinita.

- Dos años después de mi llegada, Giuliano terminó sus estudios de Literatura y le surgió la oportunidad de irse a Londres a hacer un doctorado sobre la influencia de Dickens en la literatura europea del siglo XX. Giuliano me propuso que me fuese con él a Londres. Me dijo que no tendría problema para encontrar trabajo como fotógrafa en algún periódico. Debo reconocer que me lo pensé mucho y por un momento estuve a punto de seguirle y de irme con él. Pero en ese momento me encontraba más a gusto que nunca en Roma. Conocía a mucha gente, dominaba perfectamente el idioma y me sentía reconocida en mi trabajo. Así que Giuliano se fue sin mí. Con el sueldo que recibía en el periódico y gracias a los ahorros de los dos años anteriores, porque los padres de Giuliano pagaban íntegramente el alquiler, me quedé con el apartamento del Trastevere, y con su alquiler.

Giuliano me dijo que vendría a Roma una vez al mes para vernos, que seguiríamos en contacto gracias a Internet y las compañías de vuelos baratos. Pero Dickens y los pubs londineses pronto absorbieron a Giuliano y sus visitas mensuales desaparecieron poco a poco. Se acabaron los paseos en Vespa hasta el lago Albano y de Nemi, se acabaron la visitas de fin de semana a la casa de Santa Marinella. También se terminó el pesto de la madre de Giuliano. Se acabó todo. Giuliano me mandó una carta en la que decía que había conocido a una tal Natalie una tarde

lluviosa en un pub de Camden y que se había enamorado perdidamente de ella. Ni siquiera tuvo valor de llamarme por teléfono. Le contesté la carta diciéndole que si él había conocido a una chica llamada Natalie, yo había aprendido una frase en inglés que se adecuaba muy bien a la situación. *Fuck you!* le escribí que si no lo entendía porqué Dickens era muy fino, venía a decir algo así como *Va fan culo!* Y me permití añadir un gentil *Collone di merda*.— Ahora Tomás recupera una sonrisa más sincera y Eva le guiña un ojo complice.

- De eso hace aproximadamente dos años. Dos años que me he pasado trabajando en el periódico, recorriendo Italia en mi tiempo libre y conociendo a mucha gente que ahora he dejado atrás en Italia, aunque estoy segura de que a muchos de ellos les volveré a ver – Eva hace una pausa y mira a un lado y a otro mientras un torbellino de sentimientos encontrados pasan fugazmente por su estómago después de recordar todo lo que ha dejado atrás. Y con un débil hilo de voz añade - Pero ya he hablado bastante de mí. ¿Porqué no me hablas ahora un poco de ti, querido Tomás? – sugiere Eva con cara de interés y un poco de guasa.

Tomás pide otra cerveza y le pregunta a Eva si quiere otro café. Ella niega y pide otra *birra* para ella.

Se quedan en silencio hasta que la camarera vuelve con las dos medianas y un par de vasos congelados. Deja las bebidas y se lleva las botellas y los vasos vacíos.

- ¿Y bien? ¿No me vas a contar que has hecho tú estos cuatro años? – pregunta Eva con cara de pícara.

Tomás, desde su oscuro rincón, mira al fondo y ve que los rayos de sol que hace un rato cegaban la entrada del café comienzan a apagarse. Coge otro cigarrillo y le ofrece uno a Eva. Lo acepta. Se lo enciende primero a ella. Prende el suyo, aspira profundamente, y sin soltar el humo dice:

- Esta bien, empecemos con mi historia.

Tomás suelta el humo por la nariz. Se refresca la garganta con un buen trago de cerveza y comienza.

- La verdad es que no hay mucho que contar. Pero intentaré hacerte un resumen de mi vida estos cuatro años – Al decir esto, Tomás entiende que ya no hay vuelta atrás. Se pregunta en una milésima de segundo porqué esta ahora ahí y por qué tiene que contarle su vida a una persona que le abandonó hace cuatro años y de la que no ha vuelto a saber nada en todo este tiempo. Pero ya no hay vuelta atrás. Vuelve a inspirar alquitrán, nicotina y monóxido de carbono y esta vez lo suelta por la boca.

- Un año después de que te fueses terminé la carrera. Durante esos meses estuve poco en casa. Iba a clase y después me iba a la biblioteca, o eso les decía a mis padres. Pero cuando estaba en la biblioteca dedicaba el tiempo a leer cosas que me interesaban más que los manuales recomendados por los profesores. Eso cuando estaba en la biblioteca, porqué la mayoría de veces cogía el coche y me iba a pasear por la playa, a leer o a matar el tiempo escuchando música dentro del coche. Otras veces quedaba con algún amigo para tomar unas cervezas y comentar un poco como iban nuestras aburridas vidas en esta ciudad. Con ir a clase ya tenía bastante para ir sacándome los exámenes sin problemas. Así fue transcurriendo mi vida de estudiante hasta que terminé los exámenes y comencé a trabajar. Nada del otro mundo.

- ¿Eso es todo? ¡Venga va! – Exclama Eva - ¿No hay ninguna historia más interesante? ¿Ninguna chica? ¿Has estado solo estos años? –

La retahíla de preguntas incomoda a Tomás, que no pretendía entrar en ese terreno. Se frota los ojos con los dedos índice y gordo de la mano izquierda. Suspira, mira a Eva y prosigue.

- Esos días de universidad me aficioné a pasar las tardes de los miércoles en el cine club. Allí, a un precio muy asequible, podía ver buenas películas en versión original. Poco a poco, proyección tras proyección, me fui fijando cada día más en una chica que siempre se sentaba cerca de mí, dos butacas a la derecha en la fila de adelante – Ahora Tomás piensa que es el momento de quitarse su espinita - Un miércoles de enero, después de ver “Al final de la escapada” la chica se acercó a mí y me pidió un cigarrillo. Yo le dije que se lo daría si aceptaba ir a tomar una cerveza conmigo. Ella aceptó. Entramos en un bar cercano al cine club y compartimos una cajetilla de cigarros, un par de cervezas y una buena conversación. Lucía, así se llamaba ella, era estudiante de filología inglesa y vivía en un apartamento de la ciudad con tres chicas más. Era una apasionada del cine y estuvimos discutiendo un buen rato sobre algunos clásicos del cine. Al terminar, Lucía me prometió que me llamaría el sábado para vernos por la noche. Los fines de semana, dijo Lucía, normalmente volvía a casa de sus padres en un pequeño pueblo a unos kilómetros de la ciudad, pero ese fin de semana se quedaría aquí. Tomó nota de mi número de teléfono móvil en una servilleta, pero no me dio el suyo porqué dijo que no tenía teléfono móvil, que eso no hacía más que esclavizarla a una sociedad cada día más ligada al consumo y a la locura de las cosas innecesarias. Y además, me dijo ella, en el pueblo no tenía cobertura. En su piso de estudiantes tampoco tenían teléfono fijo.

Llegó el sábado y estuve todo el día pendiente del teléfono, pero Lucía no llamó. El miércoles siguiente volví al cine club y Lucía no estaba. Era la primera vez que ella no iba a ver una película. El miércoles siguiente ella tampoco asistió. Lucía, con quién había compartido tan solo una charla sobre cine, una cerveza y unos cuantos cigarrillos, comenzó a convertirse en una obsesión para mí. Comencé a decirme a mi mismo que quizás había perdido la servilleta con mi

número de teléfono o que quizás, al fin y al cabo, no tenía ningún interés en mí. Sólo habíamos compartido un par de horas de nuestras vidas... - Eva ladea la cabeza con cara de curiosidad y Tomás no atisba en ella signo alguno de que le este devolviendo la espinita.

- Un día decidí acercarme a la facultad de letras. Me colé en una clase de filología inglesa y curiosamente estaban hablando de la prosa de Dickens – ahora sonrían los dos – Pregunté a unas alumnas si conocían a Lucía y me dijeron que hacía un par de semanas que no sabían nada de ella, que llevaba casi un mes sin asistir a clase. Así que al final, hablando con algunos alumnos más, conseguí adivinar dónde vivía Lucía. Al menos, pensé en ese momento, no me lo había imaginado todo. Lucía existía.

Cuando llegué a la vieja casa del casco antiguo en el que vivía Lucía recuerdo que un leve escalofrío me recorrió el cuerpo. Llamé al timbre. Nada. Volví a llamar. Nada. Estaba anocheciendo cuando ya me iba y una chica con el pelo mojado abrió la puerta. Me dijo que Lucía había dejado el piso hacía cosa de un mes y que se había ido una noche dejando una nota en la que decía que por problemas personales debía irse y que no volvería. La chica del pelo mojado no pudo decirme nada más que pudiese ayudarme a ponerme en contacto con Lucía. Así que le agradecí la ayuda y me dispuse a volver a casa. Pero, justo cuando disponía a marcharme, la chica del pelo mojado me invitó a subir a la casa. Me invitó a un café caliente y al cabo de pocos minutos estábamos juntos en la cama. Si te digo la verdad...no sé muy bien como sucedió todo tan rápido. Creo que estaba tan abatido por las noticias sobre Lucía, o las no noticias, mejor dicho, que me convertí en un juguete en las manos de Sofía.

Sofía, ese era el nombre de la chica del pelo mojado. Sólo supe su nombre cuando la mañana siguiente desperté desnudo con los primeros rayos de luz que entraban por la ventana sin cortinas ni persiana de la habitación de la chica del pelo mojado, que estaba recostada a mi lado, también desnuda y con las sábanas por el suelo. Me levanté cuidadosamente, husmé un poco por la habitación y vi una carta encima de la mesa que llevaba escrito su nombre en la parte frontal del nombre. Sofía. -

Tomás hace una pausa. Mira a Eva a los ojos y le pregunta:

- ¿No te estaré aburriendo, verdad? -

- No, tranquilo, sigue por favor. -

- Ahora llega lo más interesante. -

Tomás apaga el cigarrillo en el cenicero y se refresca la garganta con un trago de cerveza.

- Comencé a tener encuentros esporádicos con Sofía, una profesora de primaria tres años mayor que yo. Nos veíamos de vez en cuando en lo que se convirtió en una relación meramente sexual. A mi me gustaba ir a su casa con el pretexto de verla, aunque en realidad lo que buscaba era alguna señal dejada por Lucía, algo que me recordase a ella, algo que me dijese dónde estaba, que me diese pistas sobre lo que le había pasado. Así estuve dos meses, visitando asiduamente la casa de Lucía, que vivía con dos estudiantes de historia bastante hurañas que no asomaban nunca el pelo. Sofía entendió desde el primer momento que ni yo estaba enamorado de ella ni ella lo estaba de mi. Así que simplemente compartíamos cama y nos distraíamos un rato el uno al otro. Pero en mi cabeza seguía rondando Lucía y su misteriosa desaparición.

Después de acostarme con Sofía volvía siempre a casa para no tener que dar más explicaciones de la cuenta a mis padres, que creían que volvía de la biblioteca o de cenar con algún amigo. Cinco meses después de haber compartido unos cigarrillos, una cerveza y una charla con Lucía,

la volví a ver.

- En junio comencé a frecuentar la biblioteca con un compañero de clase para preparar los exámenes. El aula estaba llena de gente y yo perdía más tiempo escuchando los comentarios de mi compañero sobre los escotes y las faldas de las estudiantes que prestando atención a los libros. Un día que me encontraba sólo y medio dormido con la mirada perdida en los apuntes, alguien se acercó a mí por detrás y me tapó los ojos con las manos. Un suave mechón de pelo me rozó el cuello y una voz me preguntó: “¿Te acuerdas de mí?” Lucía había vuelto.

Lucía me contó que había decidido dejarlo todo e irse a casa de una tía que tenía en un pueblecito cercano a Burdeos. Quería dejar atrás por un tiempo la vida de ciudad, los estudios y la sociedad tan hipócrita en la que, según Lucía, se estaban perdiendo los valores más preciados de la vida. En Francia había pasado unos meses ordeñando vacas y echando una mano a su tía, una pobre viuda que se encargaba de la granja que había dejado su difunto marido. La obsesión del tío de Lucía se había convertido en la de su mujer cuando él murió. Yo le conté a Lucía que la había estado buscando, que al final terminé pasando algunas semanas en la cama de su compañera de piso y que aún durante esos días pensaba en ella. Lucía me respondió que no me había mandado una postal porque no tenía mi dirección.

Esos días Lucía y yo comenzamos a compartir tardes de estudio, ella recuperaba el tiempo perdido los meses de su escapada a Francia y yo repasaba los apuntes que ya me sabía al dedillo. Pero disfrutaba de su compañía y de nuestras largas charlas sobre lo que ella llamaba “la hipocresía de la sociedad”. Lo veía todo con un prisma muy crítico, más crítico incluso que el mío.

- Que ya es decir... - Añade Eva con una sonrisa melancólica.

- Lucía aprobó la mayoría de exámenes a los que se presentó y yo me saqué el cuarto curso de periodismo limpio. Ese verano pasé más tiempo en el pequeño estudio que Lucía había alquilado que en casa de mis padres. Allí nos pasábamos días enteros en la cama, desnudos y discutiendo sobre la vida, el cine, la música y el destino, en el cual Lucía creía fervientemente, aunque de un modo más bien oscuro. Según Lucía la teoría del caos marca nuestras vidas de tal modo que cualquier pequeña acción, el simple hecho de respirar más relajada o más rápidamente, puede alterar nuestro destino. Decía que si no controlaba adecuadamente cualquiera de sus movimientos o decisiones, su futuro podía ser fatal, aunque no sabía exactamente que debía controlar y que no. Por eso prefería hacerlo todo con mucha parsimonia y tranquilidad, para no acelerar ningún acto que pudiese repercutir negativamente en su futuro inmediato. Nunca llegué a compartir esa teoría que me parecía más bien extraña. Ese verano, cuando no estaba con Lucía trabajaba en el parque de atracciones abrochando y desabrochando los cinturones de seguridad de la montaña rusa. Prefería eso al ridículo sueldo que me ofrecían en cualquier medio de comunicación por trabajar en prácticas. Trabajar más que ninguno y cobrar menos que cualquiera.

Lucía me volvió loco – y ahora sí, Tomás cree estar sacándose la espinita – No he conocido nunca a nadie tan fuerte y tan débil a la vez. Lucía no necesitaba nada de nadie y al mismo tiempo lo necesitaba todo. Cuando más fuerte creía ser, más brusca era su caída y más necesitaba un hombro en el que apoyarse y comenzar a remontar. Afortunadamente, durante un buen tiempo no se le pasó por la cabeza volver a romper con todo y marcharse de nuevo sin decir nada. A veces le preguntaba a Lucía si me quería y ella me decía que el amor era un invento para vender más bombones el día de San Valentín. Y después se quedaba callada. Lo que no decían sus palabras lo decían sus ojos, que desprendían mucho amor por la vida. Al final siempre añadía que el amor no era más que una pasión desmesurada por alguna cosa durante un tiempo determinado y con fecha de caducidad. El amor se lo lleva el tiempo, pero el tiempo no se lleva nunca las obligaciones.

El verano terminó y comenzó un nuevo curso. Lucía y yo volvimos a las aulas y nuevamente compartimos los miércoles de cine club, que nos servían para alinear las conversaciones después de hacer el amor en su estudio, dónde me fui instalando progresivamente hasta que me quedé a vivir allí. A veces Lucía sufría crisis que la llenaban de ganas de volver a marcharse lejos. Yo la tranquilizaba y le suplicaba que no se fuese, que se quedase conmigo. Pero todo lo que yo pude contener, no pudo contenerlo la muerte de su tía en Francia. Un día de diciembre la tía de Lucía cogió su vieja camioneta para ir al pueblo a comprar pienso para las vacas. Cuando se incorporó al cruce al que llegaba la carretera que salía de su granja no miró a la izquierda y un camión se la llevó por delante. Lucía sufrió un ataque de tristeza infinita, hizo la maleta mientras yo estaba en la universidad y al volver al estudio me encontré con una nota en la que decía que se iba a Francia a cuidar de la granja de sus tíos. Esa vida era mucho más limpia y sincera que la que vivía en la ciudad, alejada de la sociedad, decía Lucía en su nota.

- Lo siento mucho – dice Eva – de verdad. – Y acaricia un instante la mano de Tomás, que tiene su mirada perdida en la mesa y que recibe el contacto con la piel de Lucía con un sobresalto.

- Volví a casa de mis padres, que comenzaban a cansarse de mis idas y venidas de los últimos meses. Me centré en mis estudios y en junio me licencié en Periodismo. Estuve una buena temporada pensando en Lucía, en que haría, que sentiría, que pensaría, como había podido irse así, sin más... Y al final me tranquilizó pensar que era una decisión que había tomado ella misma sin saberlo, que quizás era su destino y que por mucho que hubiese respirado más pausada o más rápidamente, su destino estaba escrito. Su inocencia y su falta de fe en la sociedad habían escrito hacía ya tiempo su marcha. La teoría del caos no había actuado sobre Lucía. Pero dentro de mí quedó la herida de haber sido abandonado. La herida de haber recibido sólo una nota después de muchos meses de entrega, de muchos momentos compartidos y de muchos sueños rebelados. – Tomás toma otro trago y Eva mantiene su mirada clavada en los ojos de Tomás.

Una pausa para dar un trago de cerveza. Tomás traga saliva y prosigue.

- En junio terminé la carrera y unos días después sucedió algo terrible que hizo que, durante unos meses, olvidase a Lucía completamente...

- Lo sé – interrumpe Eva – no hace falta que hables de ello si no quieres – dice sin poder evitar la cicatriz que desciende por la frente de Tomás.

- En agosto entré como becario en el periódico local, dentro de poco hará un par de años. Las cosas me han ido bien. Cuando en octubre entré en plantilla decidí irme a vivir solo a un pequeño apartamento. Esta vez fue definitivo. Allí he pasado los dos últimos años pensando de vez en cuando en Lucía, en como le irán las cosas, y olvidándola con buenas dosis de tiempo. He aprendido a no hacerme más preguntas sin respuesta. – Tomás da un golpecito encima de la mesa y eleva los hombros – Y eso es todo.

- Vaya... – comenta Eva, mientras se lleva el vaso de cerveza a la boca – los dos hemos tenido experiencias similares. ¿No pensaste nunca en ir a buscarla?

- No le hubiese gustado, no lo habría aceptado - Tomás se siente incómodo con estos recuerdos y cambia de tema – ¿Qué piensas hacer ahora que has vuelto?

El bar está vacío. Sólo Tomás y Eva, sentados en la misma mesa, en el mismo rincón oscuro dónde se vieron por última vez hace cuatro años.

- Buscaré un trabajo, ¿no necesitaréis fotografías en el periódico? – Eva sonríe y Tomás piensa que no es la mejor idea meter a la persona que tiene delante en su trabajo -

- Pues no lo sé, ya preguntaré – dice Tomás devolviéndole la sonrisa.

- No, en serio, buscaré un trabajo que me permita ganar un dinerillo para alquilarme un apartamento y me quedaré por aquí una temporada. Creo que ha llegado el momento de sentar la cabeza, aunque no tengo muchas ganas de asumir demasiadas responsabilidades –

- Siempre llega el momento en que hay que tomarlas – apunta Tomás.

- Sí, y tú las has asumido ya. Vives en tu casa, tienes tu trabajo... No te puedes quejar, has tenido suerte.

- La suerte no se tiene, se busca. Con trabajo, con esfuerzo... -

- Tú siempre tan pragmático. Pero dime, ¿de verdad no te animas a escribir nada? – pregunta Eva.

- Tengo muchas ideas en la cabeza. Vienen y se van. Comienzo a escribir algo, me concentro unos días y después lo voy dejando poco a poco. Apunto ideas en notas sueltas que se acumulan en un cajón... Te lo decía antes, necesito dedicación exclusiva – Tomás coge otro cigarrillo del paquete y lo deja encima de la mesa.

- ¿Y en tú trabajo como van las cosas? ¿Te sientes realizado? ¿No has tenido nunca ganas de hacer la maleta y dejarlo todo?

- La verdad es que no me quejo, pero el periodismo se esta desvirtuando cada día más. No se reconoce nuestro trabajo por culpa de la tendencia que están adoptando muchos medios de comunicación. Las televisiones llenan sus contenidos con mucha basura y los periódicos, y todos los medios en general, están demasiado influenciados y politizados. Los medios clásicos, las radios y los periódicos, que no están tan sometidos a la vorágine del consumismo y la espectacularidad, se están convirtiendo cada día más en panfletos y propaganda de los partidos políticos y las empresas que los controlan mediante la publicidad, la subvención o las influencias. No hay ni un solo medio que intente ser objetivo. No digo que lo sea, digo que lo intente. Porque al final escuchas, lees o ves a unos y a otros hablar sobre un mismo tema y parece que estén hablando de cosas totalmente diferentes. Los medios están cada día más al servicio de unos intereses determinados, y no hablo de los intereses de la ciudadanía, que en general quieren estar informados. No. Hablo de los intereses que mueven dinero, aquellos que benefician a unos pocos y someten a muchísimos.

Así que el periodismo se esta desvirtuando. Lo bueno seria escuchar una radio o comprar un periódico por su estilo, por su modo de tratar la información o de presentarla, pero hoy en día quién compra un periódico o escucha una radio lo hace porque ese medio les dice lo que quieren escuchar. Y el periodismo no es eso.

Mi trabajo esta bien, pero tengo muy claro que si quiero conservarlo debo responder a determinados intereses. Desde el primer día sé qué partido político del ayuntamiento, directamente o través de sus empresas, invierte más en publicidad. Y eso quiere decir que si algún día este partido la caga deberé buscar la parte menos negativa de la noticia o directamente ponerme a escribir sobre cualquier tema mucho más banal. Entiendes, ¿no? – Eva afirma con la cabeza y hace un gesto de consternación.

- Los periodistas trabajamos mucho, no tenemos horario, cobramos poco y somos unos vendidos. Pero es lo que hay. O lo tomas o lo dejas. Espero algún día poder escribir algo bueno y poder dejar este mundillo –

Ahora Tomás se enciende el cigarrillo y respira profundamente con la primera calada. Eva le imita y se enciende otro cigarro.

- Te veo un poco pesimista con todo este tema – dice Eva.
- No es ser pesimista, es ser realista. Al fin y al cabo toda la sociedad va por el mismo camino. A veces creo que Lucía tenía razón con su visión de la sociedad. El mundo se esta volviendo demasiado hipócrita. Pero no pienso abandonar, siempre queda la esperanza de poder salir un día de este círculo y ser yo mismo el que tome las decisiones sobre qué y cómo hay que decir las cosas. Hay que ser más honesto, y más en una profesión en la que aquello que decimos y escribimos tiene una repercusión muy fuerte sobre la sociedad. Nosotros orientamos la opinión pública y podemos decidir muchas elecciones. Pero las elecciones hay que ganarlas con sinceridad, no con mentiras y manipulación. Al periodista hoy no se le deja interpretar las cosas bajo su prisma y su experiencia profesional. Los valores y los intereses de la empresa priman. Y muchos periodistas jóvenes, como yo, recién licenciados, somos el mineral en bruto que buscan los responsables de los medios de comunicación. Nos contratan por cuatro duros y nos intentan pulir a su gusto y semejanza. Hay que ser valiente y intentar afrontar la profesión con coraje si no queremos que el periodismo tal y como yo lo entiendo desaparezca. Es necesario actuar para dignificar nuestra profesión.
- Eres muy idealista, siempre lo has sido, ¿pero qué haces tú para cambiar las cosas? – dice Eva.
- Poco puedo hacer. Para empezar, intento ser sincero conmigo mismo y tener claro que muchas de las cosas que escribo y firmo no están en la línea de lo que pienso. Algunas veces me han querido cambiar un titular o una frase y he pedido que si era así no quería que se firmase mi artículo con mi nombre. Esto siempre supone una pelea con el editor o con el jefe de sección que muy pocas veces se gana y que normalmente se pierde. La juventud de hoy en día no se puede arriesgar a perder un buen trabajo por querer luchar contra determinados intereses. Creo que para llegar hasta dónde queremos muchas veces hay que dar nuestro brazo a torcer. – da otra calada a su cigarro.

Eva le imita y toma la palabra:

- Por lo tanto, Tomás, no eres totalmente dueño de tus decisiones.
- Sí lo soy. Yo decido seguir la corriente para no quedarme fuera. Otra cosa es que esté de acuerdo con la corriente que guía esta sociedad. Pero para poder salir un día de la corriente hay que entender bien como funciona ésta y cual es su vía de escape más segura. Yo decido qué como cada día, decido qué visto, decido qué leo y decido qué escribo para no perder mi trabajo y para poder seguir decidiendo qué como, qué visto y qué leo.
- Pero también puedes decidir salir de esta corriente, como lo llamas tú – Eva interrumpe a Tomás - Cómo Lucía. Me has contado que ella lo dejó todo y se fue a cuidar la granja de sus tíos en Francia. Seguramente en algunos aspectos estará ligada a la sociedad pero también se sentirá más libre por ser ella la que ha decidido irse, dejarlo todo y comenzar una nueva vida. Vivirá con sus vacas, con sus gallinas y con sus cerdos y pensará que en su trabajo nadie le dice como tiene que muñir a la vaca o cómo tiene que alimentar a los pollos. Y si un día tiene ganas de irse a la playa se irá y venderá menos huevos, menos leche o menos reses, pero nadie le exigirá más de lo que ella se pueda exigir a ella misma.
- Cierto – reconoce Tomás apuntando a Eva con el dedo – Ella ha elegido esta vida, y la vida que yo he elegido es la de hacer el trabajo que me gusta, que es el periodismo, e intentar ser sincero conmigo mismo para llegar a ser un día lo que siempre he querido. –
- ¿Y qué quieres ser, Tomás? – pregunta Eva desafiándole.

Tomás se queda callado unos instantes, pensativo. Y responde:

- Quiero ser reconocido por hacer bien mi trabajo. No quiero ser famoso, ni rico ni poderoso.

Quiero ir haciendo cada día mi camino y algún día mirarme al espejo y decirme a mi mismo: esto es lo que quería ser. Quiero poder ganarme la vida haciendo algo que me guste. Quiero ganar el dinero suficiente para pagar mi hipoteca, mi coche, para irme de vacaciones y para llegar a fin de mes sin apuros, nada más. Eso es lo que quiero, aunque pueda sonar a ideal romántico. Y tu, Eva, ¿Qué quieres ser? -

Eva se encoge de hombros y dice:

- No lo sé –

Y Tomás dibuja en su rostro una media sonrisa.

Deben ser las nueve de la noche, piensa Tomás. Mira hacia la puerta, al otro lado del pasillo que les separa de la entrada a ese lugar en el que Tomás y Eva se han reencontrado el uno al otro. El mismo lugar en el que hace cuatro años él la vio marchar si pensara que pasaría tanto tiempo sin verla y disfrutar de su compañía. Pero Tomás no sabe ahora si está gozando o está sufriendo. Más bien es la indiferencia la que domina sus sentimientos. Una indiferencia que por momentos, fugaces y eléctricos, le sacuden con un recuerdo o una visión que le estremecen, para luego volver a desaparecer y dejarle otra vez en un estado en el que el frío y el calor dejan paso a una sensación de aislamiento completo. La luz en la calle comienza a ser escasa y piensa que ya no hará tanto calor.

- ¿Quieres que salgamos a dar una vuelta? – pregunta Tomás.

- Sí por favor, necesito estirar un rato las piernas. – responde Eva.

Se levantan y van a pagar a la barra. Tomás paga sus dos cervezas y el café y la birra de Eva. Salen a la calle, donde una suave brisa les acaricia la piel y les anuncia el fresco del atardecer. Comienzan a caminar sin decir nada hasta que Tomás recobra la conversación.

- ¿Has vuelto a tener noticias de Giuliano?

- Sí – dice Eva mientras se recoge el pelo en una coleta que atrapa con una goma negra que sujeta un ramillete de cabellos rubios - Tres meses después de recibir mi carta apareció un día de visita en el apartamento del Trastevere. Dijo que venía a recoger algunas cosas que había dejado allí. Me contó que las cosas no le iban tan bien por Londres como él pensaba. Dickens se le estaba atragantando y Natalie jugaba con él. Decía estar perdiendo la razón por culpa de esa inglesa. Estaba un poco abatido y me alegré. Yo no quise entretenerme mucho escuchando su vida londinense, intenté echarle rápido pero él no dejaba de hablar. Intentó besarme y le dije que lo nuestro había terminado. ¿No había recibido mi carta? El tío se puso pesado y dijo que quería volver conmigo. Yo le dije que se fuese, que me dejase en paz y que volviese a Londres a perseguir fulanas. Esto no le sentó muy bien. Se enfadó y se fue dando un portazo.

El día siguiente volvió con un ramo de flores que le tiré a la cabeza y le dije que no le quería volver a ver. Desapareció y no he vuelto a verle. De vez en cuando intenta hablar conmigo a través del correo electrónico o me manda un mensaje al teléfono. Nunca respondo. ¿Qué se ha creído ese cabrón? – dice Eva enojada.

- Ya, ¿y nos has conocido a nadie más? – pregunta Tomás.

- He conocido a mucha gente, Tomás, pero ninguno con quien merezca la pena pasar más de una noche con él. Estoy más que harta de los hombres, sois todos iguales.

- Iguales, ¿cómo?

- Sois todos unos cabrones.

- Gracias por la parte que me toca... - dice Tomás con ironía - Me da la sensación de que estás un poco resentida...

- No estoy resentida, estoy harta – apunta Eva. Y ahora Tomás siente el impulso de responder. Se envalentona.

- Bueno...creo que yo me comporté bastante bien contigo –

- Sí Tomás. Tú no fuiste un cabrón conmigo pero siempre te faltó un poco de chispa. Un poco de sal. – dice Eva

- Ya... sal...-

- Siempre tuviste tu camino muy marcado. Siempre tenías claro que querías hacer, como lo

tenías que hacer y cuando lo tenías que hacer. No permitías margen para la improvisación, nada podía quedar al libre albedrío – Eva dice esto señalando a Tomás con el dedo - Incluso los momentos de diversión tenían que estar planificados al milímetro. Nunca pensaste en poder salirte del camino que te habías marcado –

- Tu lo ves así, Eva. Yo creo que simplemente he tenido muy claro siempre que quería hacer y me he esforzado para conseguirlo, aunque haya tenido que sacrificar otras cosas.

Tomás y Eva siguen caminando. Ninguno de los dos ha preguntado al otro a dónde van. Simplemente caminan. Tomás al lado de Eva. Eva al lado de Tomás. No se han marcado un trayecto ni un destino, pero los dos parecen conocer muy bien el camino que están tomando.

- Si no recuerdo mal – dice Tomás – siempre dijiste que serías capaz de perdonar una infidelidad. ¿Por qué no perdonaste a Giuliano?

- Lo de Giuliano no fue una infidelidad. Él me dijo que se había enamorado de esa tal Natalie. Eso no es una infidelidad, Tomás, eso es irse con otra. Una cosa es un resbalón de una noche y otra cosa es enamorarse de otra persona. Eso duele más que una simple infidelidad, porque significa que los sentimientos de tu pareja han dejado de pertenecerte. Es mucho peor. Hubiese preferido que se acostase con Natalie pero que me hubiese seguido queriendo. Ya sabes a que me refiero. – Tomás afirma con la cabeza abriendo mucho los ojos de forma inexpresiva y Eva prosigue – Supongo que lo peor es querer a una persona y ver que ella no te corresponde y que te dice que se ha enamorado de otra. Podía soportar la distancia física de Giuliano, podía soportar que estuviese en Londres haciendo quién sabe qué, pero no podía soportar que sus sentimientos estuviesen más lejos aun.

- Entiendo – dice Tomás.

- Sigo pensando que podría perdonar una infidelidad física de una noche. Ya conoces mi teoría. El hecho de que acostarse, y digo sólo acostarse, con otra o con otro esté mal visto es culpa de los cánones que marcan la doctrina moral y social de nuestro mundo. Una cosa es el amor y otra muy distinta el instinto. Todos los hombres, Tomás, por mucho que queráis a vuestra pareja deseáis a otras mujeres. Si pudieseis tener un encuentro con una amante pasajera y tuvieseis la certeza de que nunca nadie ni nada os delataría, lo haríais. Y las mujeres igual. El ser humano es infiel por naturaleza. El sexo es sólo un impulso. El amor es una forma de vida. El sexo es cómo un coche o un teléfono, los necesitamos para vivir pero no lo dejaríamos todo por ellos.

- ¿Y qué me dices del cargo de conciencia y los remordimientos? – pregunta Tomás.

- No son nada más que el peso que te impone la sociedad. Si estuviese bien visto acostarse con quién quieras, a pesar de amar a otra persona, no pasaría nada. Son los estigmas que nos marca la religión y la sociedad nacida de ella. Aunque cada día, afortunadamente, superemos y podamos dejar atrás más lastres impuestos por estas creencias que conforman nuestro modo de entender el mundo en el que vivimos. Pero estamos aún muy lejos de poder sentirnos totalmente libres. Estamos muy lejos de poder seguir nuestros deseos más naturales sin tener que pagar por ellos con el cargo de nuestra conciencia.

- Es un modo de entender las cosas, Eva. Pero yo entiendo que si realmente amas a una persona no te apetece irte a la cama con otra – dice Tomás convencido de sus palabras.

- Tomás, no puedes decir que nunca has sentido el deseo de acostarte con otra persona. Incluso de hacerlo sabiendo que esta mal. Y si realmente no lo piensas estoy segura de que te estás engañando a ti mismo para no defraudar el estereotipo de persona que quieres ser. Es lo que te decía antes. Tu siempre tan correcto. Siguiendo siempre el camino que marca la sociedad. Eres el hijo que toda madre querría tener.-

Él calla y se concentra en sus pensamientos. Estas palabras no son nuevas para Tomás. Le recuerdan a las charlas con Lucía y las mismas conversaciones que tuvo hace años con la propia Eva. En su mente algo le dice que hay parte de razón en las palabras que acaba de escuchar, pero el ruido inmenso de la moral y la responsabilidad dentro de su cabeza ahoga este pequeño ruidito que habla de liberación y de aire fresco.

Tomás y Eva divisan ya la playa al final de la calle que han tomado hace unos minutos. El sol comienza a estar muy bajo y el cielo esta prendido de un abanico de colores anaranjados que cubren el horizonte.

Llegan al paseo marítimo que se extiende vasto ante ellos. El mar turquesa y el cielo desangrándose sobre el horizonte dibujan un bonito fin de día. Tomás y Eva se sientan sobre el muro que separa el paseo peatonal de la arena de la playa y contemplan la puesta de sol. Ninguno de los dos dice nada pero los dos coinciden en sus pensamientos, aquellos que les evoca el cielo, el mar y la arena despidiendo en armonía la luz del día. Piensan en tiempos pasados y en cuánto han cambiado sus vidas desde entonces.

Eva alza su cabeza y dirige su mirada al cielo mientras apoya todo el peso de su cuerpo en sus manos, que actúan, unos centímetros detrás de su culo, como la base de dos soportes, sus brazos, que apuntalan una estructura que esta a punto de desvanecerse por su inclinación. La coleta pende ahora a plomo sin tocar su espalda. Cierra los ojos. Piensa en cuanto ha echado de menos el olor del mar de su ciudad y, inhalando profundamente, desea que ese pequeño instante, ese momento de tranquilidad no termine nunca. Y piensa en Tomás, en cuanto no ha cambiado y en cuanto sigue manteniendo en sus ojos la inocencia de alguien lleno de sueños por cumplir.

Tomás, en silencio, mira de reojo, sin querer hacer un movimiento brusco para no romper con este momento de sosiego y paz, cómo los pechos de Eva se hinchan y se deshinchán, alzados hacia el cielo, cada vez que ella inhala y exhala el aire de una brisa que ha erizado el bello de los brazos de Tomás. Finalmente él se enciende un cigarrillo y ofrece otro a Eva.

Después de unos minutos de silencio, fumando y mirando juntos el tímido oleaje que moja la orilla, Eva toma la iniciativa:

- Dime Tomás, ¿Por qué no me has llamado ni me has escrito una carta o un mensaje en todos estos años?
- Tampoco tú lo has hecho – recrimina Tomás con voz amable.
- Sí, lo sé. Tenía miedo de que estuvieses enfadado. Siempre he pensado que sería mejor dejar que las cosas se enfriasen y el tiempo las devolviese a su sitio.
- El tiempo no cura las cosas si nos las afrontas. Cuando te marchaste estaba bastante enfadado. Con el paso de los días comencé a pensar en otras cosas y todo quedó en un rinconcito de mi mente. Que ya no esté enfadado no quiere decir que lo haya comprendido todo o que lo haya olvidado.

Eva apura el cigarrillo, mira a Tomás de reojo y dice:

- ¿No te gustaría darte un baño? – pregunta ella.

Al terminar de pronunciar Eva la última sílaba un escalofrío de vergüenza recorre el cuerpo de Tomás de arriba abajo y rápidamente, tragando saliva, busca una excusa que suene convincente.

- No estaría mal, pero no llevo bañador - dice.
- Venga Tomás, ¡no seas ridículo! – Eva se pone de pie sobre el muro. Da un salto, cae de pie sobre la arena y comienza a correr hacia la orilla.

Tomás se queda sentado en el muro acomplejado por la actitud de Eva. ¿De verdad va a bañarse? Se pregunta. Aún perplejo, Tomás contempla como Eva llega a la orilla y se quita la falda y la camiseta de tirantes que llevaba puestas. Él da una última calada a su cigarro, aún a

medias, lo tira al suelo y se impulsa hasta la arena. Tomás comienza a caminar hacia el mar, lentamente, arrastrando un paso tras el otro, como si tuviese miedo de dar uno más, mientras Eva se mete en el agua dando saltitos. A medida que se aproxima al agua, a Tomás le invade un cosquilleo en la tripa que le hace temblar las piernas. De repente, siente como una inyección de locura le recorre las venas mientras se acerca al mar y se va quitando la camiseta. Cuando Tomás llega a la orilla ya esta en calzoncillos, tira toda la ropa al lado de la de Eva y se zambulle rápidamente en el agua, tomado por un estado de euforia que no recordaba desde hace tiempo.

Al ver a Tomás metiéndose en el agua, Eva comienza a nadar en dirección opuesta a la orilla. Tomás entiende el juego y bracea más rápido para alcanzarla.

- ¡Vamos Tomás! – grita Eva alzando los brazos mientras sus piernas, debajo del agua, pedalean para no sumergirse completamente.

Tomás sigue nadando y con cada brazada, con cada patada que suelta contra el agua, siente que el cosquilleo en la tripa se va convirtiendo en un ardor insoportable que le hace perder el sentido y la razón.

Cuando él la alcanza, Eva se abraza al él por el cuello y le besa. Tomás corresponde el beso pero el peso de Eva le sumerge y se da cuenta de que no hace pié. Tomás vuelve rápidamente a la superficie, toma aire y se encuentra a Eva riéndose a carcajadas.

- ¡Muy bien Tomás! Veo que ya has superado tu pánico a las profundidades... - dice Eva, que comienza a nadar de nuevo hacia la orilla.

A Tomás el corazón le palpita deprisa y la euforia sigue presente en él, aunque ahora buena parte de los latidos de más que presenta su corazón se deben al miedo que siente al tener la arena a más de un metro por debajo de sus pies. Nada hacía Eva, que se ha detenido a unos veinte metros de la orilla y le hace señales con los brazos abiertos que él no consigue entender. Ahora es Tomás el que besa a Eva cuando llega a su altura. Ella le abraza con una mano sujetando la nuca de Tomás y otra cogiéndole al final de la espalda. El corazón de Tomás se quiere salir de su pecho cuando Eva le abraza y le aprieta contra ella. Tomás siente la piel desnuda y mojada de Eva contra la suya. Siente sus pechos estrecharse contra él a través del sujetador y siente que una erección inadvertida hasta este momento esta también presionando contra el cuerpo de Eva.

Tomás se incomoda ante la alegría desbocada, piensa él, de su cuerpo. Suelta a Eva bruscamente y sale corriendo del agua para llegar a la orilla y ponerse los pantalones. Cae ridículamente a pocos metros de alcanzar la orilla. Se levanta avergonzado y sigue despavorido hasta la arena.

Eva vuelve ahora a reírse ruidosamente mientras Tomás se pone los pantalones de espaldas a ella, que permanece en el agua nadando y chapoteando un rato más. Como una niña pequeña, piensa Tomás, ya vestido y sentado sobre la arena abrazando sus rodillas empotradas contra el pecho.

Cuando Eva sale del agua se sienta al lado de Tomás. La luz del día agoniza contra una oscuridad que comienza a invadirlo todo.

- Eva, lo que ha pasado en el agua... - comienza Tomás sin permitir que el silencio cree confusiones.

- ¡No te preocupes! Veo que no has superado aun tu pánico a las profundidades. Por eso has salido corriendo, ¿verdad? – responde ella con tono de guasa.

- Sí, ha sido por eso – responde Tomás resignado y aliviado al mismo tiempo por no tener que

hablar del tema.

La luz de las farolas del paseo no alcanza a iluminar la orilla, dónde Tomás y Eva están sentados contemplando el pausado vaivén del mar. Ahora reina el silencio y Tomás nota el picor de la sal marina en su cuerpo. Su corazón late ya en su abanico natural de pulsaciones, la adrenalina se está esfumando, pero su cabeza sigue nublada con lo que ha sucedido en el agua hace unos minutos.

Unos nubarrones grises amenazan con tapar el azul marino casi negro del cielo.

- Parece que se aproxima una tormenta de verano. ¿Tienes hambre? – pregunta Tomás.
- La playa siempre me ha dado mucha hambre. Estoy famélica. – responde ella.

Eva se pone la falda y la camiseta de tirantes y los dos comienzan a caminar hacia el paseo. Poco a poco se aproximan a la zona de arena iluminada por la luz de las farolas y van dejando atrás la oscuridad en la que se ha convertido el mar y todo lo que ha sucedido en él.

- ¿Te apetece cenar italiano? – pregunta Tomás.
- Pues la verdad es que no. Estoy harta de pizza y pasta. Prácticamente no he comido otra cosa en estos cuatro años – responde ella.
- Si quieres podemos ir a un restaurante pequeñito pero en el que se come muy bien. En la carta hay de todo
- ¿Tienen paella?
- Puede ser. Podemos probar.
- Hecho. Me apetece comer paella.
- ¿Para cenar?
- ¿Por qué no?

Tomás marca el rumbo y camina en silencio al lado de Eva. Se escuchan unos truenos a lo lejos. A Tomás no se le ha ido de la cabeza lo sucedido en la playa hace un rato. Piensa en lo rápido que ha sucedido todo y en la reacción que ha tenido. Considera que ha hecho lo correcto, que haber continuado con el juego de Eva lo podría haberlo complicado todo aún más.

La excitación que ha sufrido besando a Eva es normal, piensa, pero ¿la desea?, se pregunta. La deseó, y la deseó mucho cuando estuvieron juntos años atrás. La deseó con pasión. Recuerda el día en que, después de hacer el amor, le dijo que podría estar haciendo el amor con ella toda la vida. Las veinticuatro horas del día los siete días de la semana. En ese momento, justo después de pronunciar esa frase con la respiración aun acelerada y con todos los poros del cuerpo sudando, miró el reloj, vio que era tarde y tuvo que irse rápidamente a trabajar al restaurante. Era verano, como ahora, piensa Tomás. Se vistió con el uniforme del restaurante y salió por la puerta dejando a Eva en la cama. Cuando volvió por la noche encontró un mensaje escrito en un papel encima de la almohada. *Mañana a las 16 en el Café París.*

Tomás, como siempre, se presentó puntual a la cita. Eva, como siempre, llegó más de quince minutos tarde. Fue la última vez que Tomás tuvo que esperar a Eva. Podría estar haciendo el amor con ella toda la vida, pero se ha ido. Eso es lo que pensó hace cuatro años.

Ahora Tomás se pregunta qué es lo que está buscando Eva. ¿Quiere pegar un polvo salvaje con él? ¿Quiere jugar? ¿O quiere retomar la historia en el punto en el que ella decidió terminarla hace poco más de cuatro años?

El día que Eva anunció su marcha Tomás sintió el peso de la rabia y la tristeza. No lloró, pero durante algunos meses sintió una carga, un peso del que se fue liberando poco a poco. Cuando por fin se sintió ligero y dejó de preguntarse porque se había ido Eva, llegó Lucía. Y la marcha de esta, sin decir nada, sólo una nota, volvió a cargar su alma de un peso insoportable. Dos notas, dos despedidas, dos mismas preguntas y dos pesos insoportables. Vive Kundera, piensa Tomás.

A Tomás le costó liberarse de la carga de Lucía, de la que ni si quiera se había podido despedir. Pero una vez más, el tiempo, los quehaceres de la vida diaria y un episodio dramático aligeraron su alma y su cuerpo. O quizás lo sumieron en otras penas, piensa. Unos meses después de la marcha de Lucía, Tomás había empezado a sentirse ligero como una pluma y no había permitido que ninguna otra carga le pudiese sumergir en el mar de la melancolía. Había mantenido muchas relaciones con muchas chicas, pero a ninguna le abrió la puerta de su alma. A ninguna le entregó la llave que daba acceso a su interior y así ninguna pudo ir cargándole poco a poco de experiencias y sentimientos que conformasen un peso que un día pudiese

desplomarlo a la profundidad del océano, dónde ni tan sólo llegan los rayos de luz. Y todos estos pensamientos centran el recuerdo de Tomás en el libro del autor checo. El libro que un día Lucía le regaló y que Tomás leyó cuando ella se había ido dejando una nota encima de la cama mientras él estaba en la universidad. La insoportable levedad del ser, el insoportable peso de nuestros sentimientos, piensa Tomás. Mejor vivir sin ese peso. De un Tomás, el de Kundera, a otro, él mismo. Mejor no cargar su interior con nada que pudiese atarle a nada ni a nadie.

Ahora Eva ha vuelto y Tomás no sabe aún que pretende ella, aunque tiene claro que no quiere darle la oportunidad que le abra, como si fuera un oso de peluche, y que lo rellene de un plomo ligero que se torna pesado con el paso del tiempo. Tomás no va a permitir que nadie baje su cremallera para rellenar su interior.

- ¿Qué estas pensando? – pregunta Eva interrumpiendo la fulgurante actividad de la materia gris de Tomás.
- Nada... - responde Tomás quitándole importancia a la pregunta.
- ¿Nada? ¿Cómo se puede pensar nada? –
- La dichosa pregunta de las mujeres – espeta él – ¿Por qué nunca os podéis creer que realmente no pensemos en nada?
- Pues porque supongo que eso es imposible. Siempre se piensa en algo.
- ¿Tu siempre piensas en algo?
- Supongo que sí.
- Supones, pero no estás segura.
- Estoy segura. Las mujeres siempre pensamos. Creo que ahí esta la diferencia entre vosotros y nosotras.

Se ríen.

- Puede ser, no dejáis descansar nunca vuestro cerebro y pensáis más de la cuenta. Por eso después os lo cuestionáis todos, hasta las cosas más evidentes y sencillas.
- Tomás, querido, no te pongas trascendental. Es bueno hacerse preguntas. ¿No me vas a decir en qué estabas pensando?
- Pues no lo sé. Supongo que estaba pensando que tengo hambre. Ya estamos llegando – dice Tomás mientras estalla un trueno - Rápido, me parece que va a diluviar.

Y en el tiempo que tardan en llegar al restaurante Eva piensa también en lo que ha pasado antes en la playa. Eva se ríe en su interior de la reacción que ha tenido Tomás, al que ahora se mira de reojo. Cree que lo ha asustado. Tomás no está dispuesto a saltarse sus normas de buen comportamiento, siempre pensando antes de actuar, nunca arriesgando un poco. Actúa guiado por la cabeza, por la razón, la más estúpida de las virtudes en algunos momentos, piensa ella. Y aunque se muestra sorprendida por que él la haya seguido y se haya metido en el agua tras ella, sabe que al final la razón de Tomás ha pesado más que su corazón. ¿Pero qué dice su corazón? Se pregunta Eva. Y cree que aunque él se haya sincerado con ella contándole la historia de Lucía, Tomás mantiene sus sentimientos bajo llave, cómo si tuviese miedo de ser descubierto. Tomás no quiere que su corazón se coma su razón, piensa ella.

- Es aquí – dice Tomás señalando el restaurante, situado en una pequeña callejuela sin salida del barrio pesquero de la ciudad.

Él le cede el paso a Eva. Cuando están a cubierto la tormenta se desata y comienza a llover cántaros. Un camarero se les acerca y les acompaña hasta una mesa situada en un rincón tranquilo del pequeño restaurante, que tiene todavía algunas mesas libres.

El camarero les ofrece la carta a Tomás y a Eva. La abren y la leen en silencio.

- ¿Pescado? ¿Como siempre? – pregunta Eva. Tomás se molesta por la pregunta de Eva. No le gusta que se anticipen a sus intenciones.

- ¿No querías paella? – responde Tomás.

- Sí...

- Pues la ración mínima es para dos personas. ¿De pescado va bien? – dice ahora Tomás respondiendo a la pregunta de antes.

- De acuerdo. Ya sabes que soy más de carne, pero así estamos empatados. ¿Una ensalada mientras esperamos la paella?

- Perfecto, elige la que te apetezca. Yo me encargo del vino.

Tomás le hace un gesto al camarero, que se acerca y toma nota. Ensalada catalana, paella y un merlot.

- El merlot combina bien con el embutido de la ensalada catalana y con el marisco de la paella. Es un tinto suave y fino sin dejar de ser afrutado. Te gustará. – dice Tomás cuando el camarero ya se ha ido.

- ¿Desde cuando entiendes tanto de vinos? – pregunta Eva sorprendida por los detalles técnicos que acaba de pronunciar Tomás.

Él le guiña un ojo y se da aires de importancia.

- El verano pasado me encargaron una serie de reportajes sobre variedades, propiedades y tipos de vino para el suplemento veraniego del periódico. Tuve que ponerme las pilas porque no tenía ni idea sobre el mundo del vino. Hablé con muchos expertos que me ayudaron a entender mejor el fascinante campo de la enología y al final aprendí unas cuantas cosas que me son muy útiles para vacilar un poco cuando voy a comer o cenar fuera.

Y vuelve a guiñar el ojo, ahora de forma más descarada.

- ¡Tomás, el enólogo! – exclama entre risas Eva.

- La verdad es que el mundo del periodismo sirve para conocer muchas cosas por las que, si no fuese por la profesión, nunca me habría interesado.

- Ya sabes que yo soy más de cerveza, pero nunca esta mal descubrir cosas nuevas.

- De cerveza y café. Pero como el café que hacen en Italia no hay ninguno – Eva cierra los ojos evocando el sabor del café italiano – Aquí no he encontrado en ningún sitio un café como el que hacen allí.

El camarero llega con una botella de Merlot Penedés. Lo abre y sirve un culo en la copa de Tomás, quién primero mete la nariz en la copa y después bebe.

- Perfecto.

El camarero rellena la copa de Tomás y después sirve en la de Eva.

- Dime, Tomás, a parte de vinos, supongo que trabajando en el periódico y cubriendo la información del Ayuntamiento, también debes estar muy puesto en política.

- Desgraciadamente sí – dice Tomás afirmando con la cabeza y con gesto compungido – No tengo más remedio.

- Ya... ¿Sigues manteniéndote al margen de la política?

- En la práctica no, hablo de ella cada día en mis artículos. En la teoría sí. Es decir, sigo sin posicionarme ni tomar partido a favor de nadie por sistema. Puedo apoyar decisiones puntuales, pero no me considero votante de unos o de otros. De hecho, sigo votando en blanco siempre que hay elecciones.

- ¿Y no crees que va siendo hora de tomar partido?

- Pero ¿Por qué hay que tomar partido?

- Porque en esta vida siempre hay que tomar partido.

- No creo que sea el caso de la política. De todos modos, ya sabes que no me gusta nunca posicionarme al lado de unos o de otros por simpatía o tradición. Creo que hay que ser más objetivo y entender que con el tiempo, las personas y los partidos cambian. También cambian las ideas y las necesidades de la gente, y unas veces estarán más preparados para gobernar unos, y otras veces serán otros los mejor preparados. Tomar partido no es lo mío. No me ayudaría mucho en mi trabajo.

- Ahí está el Tomás idealista.

- Simplemente creo que cuando eres periodista debes intentar ser lo más parcial posible. Tomar partido comporta elegir una opción, decidirte por unos y no por otros. Considero que eso puede terminar deformando tu perspectiva de las cosas como observador de la realidad.

- Eso es una tontería Tomás. Puedes tomar partido y mantenerte imparcial en tus artículos.

- Es posible, pero si ya es difícil ser parcial, creo que más debe serlo después de tomar partido. Sé que puede ser una tontería. Te puede parecer una manía estúpida, pero yo lo veo así. Y que quede claro que creo que la imparcialidad es una utopía. Todos, periodistas y demás mortales, estamos influenciados por nuestra propia perspectiva de las cosas. Es imposible ser ecuánime al cien por cien. Puedes estar muy cerca de la objetividad pero en lo que tú veas como imparcial, otro encontrará elementos para decir que esa información tiene elementos tendenciosos. Lo sé, Eva, suena absurdo, pero considero un principio periodístico el hecho de intentar tomar partido lo menos posible.

- Ya...Eres un romántico de tu profesión.

- Sí, pero la realidad el periodismo acabará aplastando este romanticismo.

El camarero llega con la ensalada catalana. Escarola, tomates, jamón, queso, butifarra y huevo duro. Eva la aliña con sal, aceite y vinagre. En ese orden.

- Entonces, en Italia bien, ¿verdad? – pregunta Tomás mientras se sirve un poco de ensalada en el plato.

- Sí, muy bien. Cuando dejé a Giuliano comencé a salir con otra gente del trabajo y a disfrutar de más tiempo para mí. Viajé mucho y conocí a fondo un país precioso y muy diverso. El sur es espectacular. Me sorprendió muchísimo Nápoles. Entrar en esa ciudad es como entrar en otro país. En la calle se respira un olor de inseguridad terrible. Los semáforos no existen para los coches, las casas del centro están desconchadas y descoloridas, en las faldas del Vesuvio se extienden miles de chabolas, ir por según qué calles a determinadas horas es muy peligroso... Eso sí, la ciudad tiene un toque de magia que la hace especial y la pizza es la mejor de toda Italia – Eva se lleva el tenedor con ensalada a la boca.

- ¿Realmente existe la mafia? – pregunta Tomás.

- La mafia no la ves, pero se siente en todas partes. Se respira. En Nápoles está la camorra. Dicen que salpica todos los estratos de la sociedad: policía, ayuntamiento, comercios y empresas. El gobierno italiano pega de vez en cuando algún golpe de cara a la galería con detenciones espectaculares, pero terminar con la camorra es imposible. Es una red que se extiende más allá de todo control. Es como una gota de aceite sobre una superficie curvada, lo pringa todo. Cuando estuve en Nápoles me alojé en casa de los padres de una compañera del periódico. Un día fui a comprar tabaco a un estanco cercano. Cuando salí a la calle y abrí la cajetilla ésta estaba rellena de paja. Volví al estanco para pedir explicaciones y me dijeron que no me habían visto nunca y que me fuera si no quería tener problemas. ¡Pero si acababa de salir! Con esto te puedes hacer una idea de cómo funcionan las cosas en Nápoles. Esa es mi experiencia personal, pero sobre esta ciudad puedes encontrar mil historias diversas y otras tantas opiniones diferentes.

- Joder, me parece increíble.

- Pero no te puedo hablar mal de Nápoles ni de Italia. Es todo maravilloso.

- Me alegro de que te lo hayas pasado tan bien.

- ¿Y tú has hecho algún viajecito interesante a algún sitio en todo este tiempo? – pregunta ahora Eva con curiosidad.

- La verdad es que nada demasiado excitante. – comenta Tomás con gesto de resignación - Hace unos meses me fui con unos antiguos compañeros de la facultad a hacer un recorrido por el norte, o eso pretendíamos. ¿Quieres escuchar una historia divertida?

- Claro que sí – responde Eva abriendo los ojos y llevándose el tenedor a la boca.

- Íbamos cuatro en mi coche viejo, que ya no estaba para demasiados trotes. A mitad de camino nos quedamos tirados. El coche dijo hasta que aquí he llegado y nos encontramos tirados en mitad del campo. Vino la grúa y el mecánico me dijo que le pasaba algo al motor y que intentaría solucionarlo lo más rápido posible, no recuerdo bien de que se trataba. Fuimos a pié hasta el pueblo más cercano porque no entrábamos los cuatro en la grúa. Cuando llegamos encontramos una pensión que ocupaba una antigua casa de tres plantas y que estaba regentada por una señora mayor con un moño canoso muy grande. La señora vivía en la planta baja, dónde estaba la recepción. Dejamos los trastos en la entrada, pagamos la mitad de la primera noche y nos fuimos directamente a buscar un sitio dónde cenar. La cosa se alargó, bebimos un poquito y volvimos a la pensión tarde y armando un poco de escándalo por el camino – Tomás hace una pausa para masticar y prosigue – Eran más o menos las tres de la madrugada. Teníamos las llaves y entramos en silencio en la casa. Al final de la estancia del recibidor, detrás del mostrador de recepción, había una habitación con la puerta abierta e iluminada por la luz de un televisor viejo y grande. Al acercarnos, entre risas, vimos el moño de

la señora que asomaba por encima de la butaca que estaba delante de la televisión, de espaldas a nosotros. Nos acercamos hasta el mostrador para ver más de cerca a la señora. –

- Pobre mujer... - interrumpe Eva, imaginando lo que le habrían hecho a la regenta del hostel.

- ¿Pobre mujer? – se pregunta Tomás con aires de desafío – Cuando llegamos a la altura del mostrador vimos que la televisión no emitía ningún canal. Solo niebla y un leve zumbido muy agudo. El moño de la señora seguía asomando por encima de la butaca. Nos miramos y nos reímos, imaginando que la pobre mujer, como dices tú, se habría quedado dormida viendo cualquier programa. De repente la butaca giró sobre sí misma y se nos apareció de frente la señora, desnuda y al contraluz de la claridad del televisor, y nos dijo con los ojos muy abierto y gesto inexpresivo: “Mis hijas llevan esperándoos en la habitación toda la noche, malditos cabrones”. Nos quedamos de piedra. La señora volvió a girar la butaca y se volvió a colocar de cara a la televisión. ¡Aún recuerdo el aspecto de la señora desnuda, con la piel pálida, arrugada y las tetas caídas como dos ristras de cebollas que le llegaban hasta los muslos! Recogimos las maletas, que las habíamos dejado en la recepción, y subimos rápidamente a la habitación acojonados por lo que acabábamos de ver. Al entrar en la estancia vimos que había dos literas. Encima de los cuatro colchones estaban sentadas de forma ordenada las decenas de hijas de la señora del moño. Había por lo menos cincuenta muñecas de porcelana. Pálidas todas ellas, con los ojos bien abiertos y peinadas con un moño. Las dejamos a todas en el suelo, cuidadosamente, y nos tumbamos en los colchones sin decirnos nada. Ninguno de nosotros consiguió pegar ojo en toda la noche. El día siguiente, a primera hora, bajamos a pagar el resto y nos fuimos con las maletas al taller. El mecánico nos dijo que le faltaba una pieza para poder arreglar el problema del motor y que llegaría en dos días. Así que nos fuimos a un camping, alquilamos un bungalow y ahí pasamos los cuatro días de excursión. Cuando nos devolvieron el coche arreglado tuvimos que volver a casa –

Eva se ríe a carcajadas y Tomás se contagia.

- Vaya – dice Eva – para una vez que sales de casa y no llegas dónde te habías propuesto.

- Pues sí, esto sólo me puede pasar a mí. – y siguen riéndose – El año pasado estuve diez días en Tenerife en casa de un compañero que estuvo un año de intercambio en mi universidad. Esta vez todo fue bien.

Eva termina la ensalada. Tomás rellena las copas de vino y ella alza la suya.

- ¡No hemos brindado, Tomás! – dice con la boca todavía llena.

- Pues brindemos – dice él alzando también su copa.

- ¡Por nosotros! –

- Por nosotros – dice Tomás preguntándose qué quiere decir ese “nosotros”.

- ¡Y por la vieja del moño! – añade Eva.

Y Tomás vuelve a brindar con la palabra “nosotros” retumbándole de un lado a otro de su cabeza. Y mira a Eva a los ojos y se pregunta que pasará por su cabeza.

Y ella le mira a él y se dice que está muy contenta de volver a verle aunque Tomás sigue como siempre. Con la sombra de una barba más espesa, quizás; con un cuerpo más musculado, eso parece; pero al fin y al cabo, piensa Eva, es el Tomás de siempre.

Cuando Tomás ve al camarero alejarse con los platos sucios y la fuente de la ensalada se da cuenta de que el vino se le está comenzando a subir a la cabeza.

- ¿Y qué tal la vida de soltero independizado, Tomás? ¿Cómo llevas eso de lavar, tender, limpiar el polvo, poner la lavadora...? – pregunta Eva con una mezcla de curiosidad y burla.
- Pues la verdad es que muy bien. Soy bastante organizado y tengo un calendario de tareas semanales para que no se me acumule todo el trabajo de la casa. Friego después de las comidas; limpio el polvo y barro los lunes; pongo una lavadora y tiendo el miércoles y recojo la ropa limpia el viernes.
- Tu siempre tan organizado, ¡eres el marido ideal! – ahora es Eva quién guiña un ojo - Y dime, ¿pagas mucho de alquiler? -
- Considero que es mucho dinero pero tal y como están las cosas no me puedo quejar. Quinientos euros por un apartamento de cuarenta metros cuadrados en el centro de la ciudad - dice Tomás – Es el precio de la libertad, el precio de vivir sólo.

El camarero vuelve con la paella. La deja en una mesa supletoria que ha colocado mientras Tomás y Eva charlaban y sirve dos platos. Eva es la primera en probar bocado.

- ¡Qué rica! – dice ella relamiéndose.
- Qué aproveche. Aquí hacen una paella muy buena. – Antes de probarla, Tomás pela los langostinos y vacía los mejillones.
- ¿No has pensado en comprar un piso en lugar de alquilarlo? – pregunta Eva con la boca medio llena y llevándose la servilleta a la los labios.
- Lo estuve pensando, pero esta la cosa muy mal. Hoy en día, para una persona soltera es una aventura demasiado arriesgada comprarse una casa. La hipoteca puede acabar comiéndose tus ingresos y tu vida entera. Pago un alquiler que sube muy poco cada año y si un día, por el motivo que sea, no lo puedo pagar me busco otra cosa o me vuelvo a casa de mis padres. Esperemos que eso no pase.
- ¿Tan mal está el tema?
- Fatal
- ¡Joder! Pues yo estaba pensando en buscarme también un apartamento.
- Es complicado. Se han estancado los precios, pero no bajan, o bajan una miseria.
- Recuerdo – dice Eva – cuando mi madre se compró el piso en el que vive hace unos quince años. Entonces le costó diez millones de pesetas. Y es un piso de casi cien metros cuadrados. La vecina de abajo vendió el piso, que es igual que el de mi madre, hace un par de años por más de cincuenta millones.
- Por lo tanto – apunta Tomás – lo vendió por un precio cinco veces superior al valor que tenía hace quince años.
- Exacto.
- Pues imagínate Eva, en quince años el precio de ese piso se ha multiplicado por cinco. ¿Y los sueldos? ¿El sueldo de tu madre se ha multiplicado por cinco?
- No, seguro que no. No creo que haya llegado si quiera a doblarse.

Una pausa que aprovechan para comer y beber.

- Así veo complicado poder irme a vivir sola... -

Eva deja la frase colgada en el aire y Tomás espera no escuchar la pregunta que le está pasando por la cabeza. Aunque tiene la respuesta muy clara. No. Tomás decide retomar la palabra para no dar lugar a la pregunta.

- Supongo que es lo que nos merecemos por dejar que la burbuja haya llegado tan lejos. Hemos vivido por encima de nuestras posibilidades y hemos permitido que cuatro especuladores se cargasen el futuro de los jóvenes, que somos los que ahora nos encontramos con la soga al cuello. Es bastante injusto.

- Pero la vida es así Tomás. Esta llena de injusticias y poco puedes hacer para combatirlas si tú también sigues el juego.

- ¿Y qué se supone que tienes que hacer para no seguir el juego? ¿Irte a vivir debajo de un puente y convertirte en un marginado?

- No – dice Eva – hay formas mucho más activas para intentar cambiar la sociedad. Si tan preocupado estás por el futuro de este país, métete a político o apúntate a una ONG o escribe todo esto que me estás diciendo ahora, intenta influir en la opinión pública. Escribiendo las crónicas del ayuntamiento para el periódico y viendo pasar el mundo sentado en el sofá de tu casa no conseguirás cambiar nada.

A Tomás no le gustan las palabras de Eva pero reconoce que hay mucha verdad en ellas. Él también le dijo cosas parecidas a Lucía cuando ésta renegaba del capitalismo y la sociedad consumista. Ella siempre respondía diciendo que ella actuaba activamente en esta lucha contra las grandes multinacionales y contra los intereses del gobierno con pequeños gestos como no tener un teléfono móvil o como no conducir (aunque tenía el carné). Pero a Tomás siempre le pareció que la grandilocuencia del discurso de Lucía no se correspondía con una acción de suficiente magnitud en relación a sus palabras. Al final, piensa Tomás, Lucía eligió huir de esta sociedad que ella tanto criticaba y lo hizo desapareciendo de ella.

- No es tan fácil como tú lo pintas – responde finalmente Tomás después de permanecer unos segundos masticando de mas para disimular su enojo.

- ¿Y porqué no? Reconocerás que para cambiar las cosas se requiere acción, ¿no? Me parece muy bien todo lo que tú dices, pero yo no me quejo. Lo asumo y no me quejo.

- Ese es el problema Eva, el conformismo. Si todos aceptamos que nos mangoneen sin protestar, el expolio será cada día mayor. ¿Qué puede hacer una persona para cambiar el mundo que le rodea?

- Tomás, no seas extremista. No es una persona sola ¿O crees que eres el único que piensa todo esto? No. Hay mucha gente que piensa así y que está dispuesta a actuar. Hay mucha gente que se asocia y que lucha por cambiar las cosas. Para eso están los partidos políticos, las asociaciones, las organizaciones. Ya lo sabes tú, no te hagas la víctima.

Tomás asume su derrota. El discurso ha sido todo un éxito, pero después no ha sabido defenderlo adecuadamente para ganarse un tanto. Él, como dice Eva, es el pragmático, pero esta vez el raciocinio de ella ha ido más allá de sus argumentos y le ha vencido con una premisa tan básica como cierta: mucha palabra y poca acción.

Ahora Tomás apura los últimos granos de arroz. Termina la copa de vino, rellana la de Eva y la suya y alza la copa proponiendo un brindis.

- ¡Por la sociedad! – dice Tomás buscando la copa de Eva y dedicándole una tímida sonrisa del

que se sabe derrotado.
- ¡Por la sociedad, gruñón!

12

El camarero retira los platos y la paella y vuelve enseguida para preguntar si quieren postre. Tomás y Eva pasan directamente a los cafés. Un cortado para ella y un café con hielo para él.

- Así que ahora buscarás un trabajo. ¿Algo temporal o algo fijo? – pregunta Tomás.
- Me gustaría encontrar algo serio, algo que me guste y que me permita comenzar a poner rumbo a mi vida. Después de vivir cuatro años sola en Roma siento la necesidad de salir de casa de mi madre. ¡Acuérdate de preguntar en el periódico si necesitan una fotógrafa!
- Sí, lo preguntaré. Les diré que conozco a la futura Annie Leibovitz.
- No es una mala carta de presentación.

Tomás y Eva se ríen con complicidad.

- Me conformo con empezar desde abajo. Ya te mandaré un currículum.- dice ahora Eva.
- ¿Y no tienes pensado volver a escaparte?
- Pues de momento no. Tengo los bolsillos vacíos y creo que ya he tenido bastante. Pero está claro que no le cierro las puertas a nada. Supongo que en el futuro me gustaría volver a hacer una escapadita. ¡Hay que aprovechar ahora que somos jóvenes, Tomás! –
Eva comienza a sentirse embriagada con el vino, del que apura su último trago antes de que lleguen los cafés.

- No tengo ninguna duda. Yo también he querido siempre hacer alguna escapadita. Pero ahora tengo una buena oportunidad en el trabajo.

- ¡Tomás! Has tenido mucho tiempo para hacerlo. Aún eres joven. En la vida pasan muchos trenes. No tienes el trabajo de tu vida. Aún puedes hacerlo.

- Puedo hacerlo, pero creo que hay que ser constante si quieres conseguir tu propósito. Si ahora tengo una oportunidad, no quiero dejarla escapar. Siempre he pensado que quien trabaja duro día a día termina consiguiendo su recompensa. Al final tiene lo que quiere.

- ¿Y qué quieres tú? – pregunta Eva justo cuando el camarero trae los cafés.

Tomás echa un poco de azúcar en el café. Lo remueve y después vierte el contenido de la taza en la copa con hielo.

- Ya te lo he dicho. Quiero ser honesto en mi profesión y poder ser yo el que algún día tenga el poder de decidir que hacer. Estoy esperando la inspiración y la fuerza para escribir el libro y poder dejar de obedecer órdenes.

- ¿Entonces no te quieres dedicar al periodismo? – pregunta ella mientras vierte al azúcar y remueve el cortado.

- Sí, claro que sí. Si un día consigo publicar un buen libro y éste es reconocido podré elegir en qué periódico escribir o colaborar. Entonces, cuando me haya labrado un nombre en este mundo, podré escribir lo que quiera.

- Así que lo que persigues es el éxito.

- No – dice Tomás tajantemente – No busco el éxito y el reconocimiento como objetivo de mi trabajo. Busco el reconocimiento como herramienta para poder trabajar en lo que me gusta de forma digna.

- Pero está claro que tu profesión está muy ligada al éxito y la fama – apunta Eva.

- Sí, pero todo es cuestión de plantearte una escala de valores. ¿Qué quieres tú en la vida y como lo puedes conseguir? Yo no busco ser una persona famosa. Quiero ser reconocido por

hacer bien mi trabajo. Y ser reconocido no quiere decir que salga a la calle y vengán a pedirte autógrafos. Yo me conformo con ser reconocido por mis jefes, por mis compañeros de trabajo y por mis lectores. Pero está claro que a veces hay que ir un poco más allá del reconocimiento para aspirar a algo más.

- Pero a nadie le amarga un dulce, Tomás. Quiero decir que si eres bueno en tu trabajo y acabas siendo una persona conocida tampoco te lamentarás. Eso te abrirá muchas puertas.

- Sí, pero hay que diferenciar el éxito por el mérito del éxito por el mérito. Es decir, hay que distinguir entre el éxito como vía, que es lo que busco yo, del éxito como finalidad.

- Pero el éxito significa que has hecho bien las cosas.

- O no – interrumpe Tomás – El éxito puede llegarte también por un golpe de suerte o por casualidad.

- No entiendo a qué te refieres.

- Estoy hablando de una escala de valores. En este mundo hay cuatro metas que a medida que las vas alcanzando te pervierten más.

Eva intenta prestar atención a lo que Tomás está contando. Piensa que se le viene encima una de las lecciones magistrales de Tomás y ahora mismo su cabeza está suspendida en una nube. Intenta poner su mejor cara de concentración y seriedad, aunque una sonrisa intenta aflorar porque a Eva le divierte sobremanera la seriedad que adquiere Tomás en según qué momentos.

- Primero – prosigue Tomás – las personas buscan la satisfacción en aquello que hacen. O al menos lo intentan hasta que ven que hay más. Una vez hallan esta satisfacción o creen haberla conseguido van a por el siguiente nivel: el reconocimiento. Que su trabajo sea valorado y reconocido no sólo por su círculo más íntimo, sino por el mayor grupo de personas posible. Las personas tienden a pensar que con el reconocimiento llegarán al éxito. Pero si llegan a este reconocimiento social, llámalo fama en su sector, llámalo éxito, entonces ya ven satisfechas buena parte de sus aspiraciones. – Eva asiente con la cabeza – Cuando tienes satisfacción y reconocimiento, lo siguiente que quieres es dinero. Y una cosa suele ir muy ligada a la otra. Así que asumido el segundo nivel, el paso al siguiente es relativamente fácil porque el éxito te lleva al dinero. Y me refiero al dinero de verdad, al que te permite pasearte con tu Mercedes y comprar una casa en la playa y otra en la montaña. ¿Y entonces qué? Tienes dinero, tienes reconocimiento y aparentemente ya no te falta nada. Tienes una vida plena. Pues no. Aquí llega el paso más peligroso, el más ambicioso una vez asoma a tu puerta: el poder.

Antes de seguir Tomás coge la cajetilla de cigarrillos. Toma los dos últimos. Le da uno a Eva y él se lleva el otro a los labios. Le da fuego a Eva y después se enciende el suyo. Aspira profundamente y comienza a soltar el humo por la nariz con las primeras palabras de la continuación de su discurso.

- El poder es el más peligroso de todos los retos que te puedes proponer en tu vida. Es el último y más alto estado. Y cuando ya lo tienes todo y sólo ansías el poder, eres capaz de pisar a cualquiera para llegar donde te has propuesto. Da igual el dinero, da igual el reconocimiento. Lo que quieres es poder. Quieres sentirte poderoso y trabajarás por ello más que por cualquiera de las otras metas. ¿Conoces algún político sin reconocimiento y sin dinero? ¿Algún alto directivo de empresa? No. Ya tienen reconocimiento en su ámbito y mucho dinero. Lo que quieren ahora es poder. Y por el camino te vas dejando muchas cosas, entre ellas, muchas veces, la dignidad. La búsqueda del poder puede manchar mucho el camino recorrido hasta el momento. Puede dejar en la cuneta amigos, familiares y los valores que siempre has defendido. El poder es la ambición más peligrosa que puede poseer un hombre. Desgraciadamente en la

sociedad de hoy en día hay demasiada gente con demasiado poder.

- ¿Y qué me quieres decir con todo esto? – Eva se alegra porqué el discurso, aunque ha sido intenso, no ha sido tan largo como se temía.

- Lo que te quiero decir, Eva, es que yo no quiero seguir esta escala de valores. Yo quiero el éxito, sí, pero como un instrumento para conseguir una dignidad que me permita trabajar en lo que yo quiera y como me guste. ¿Entiendes?

- Entiendo. Yo no me planteo las cosas de un modo tan metafísico. Con conseguir un trabajo en el que me paguen lo necesario para pagar un alquiler e irme algún fin semana a esquiar y quince días de vacaciones en verano ya tengo bastante – dice Eva.

- Estoy de acuerdo contigo. Con eso ya tenemos bastante para ser felices, quizás más felices que otra persona que tiene mucho dinero, reconocimiento y poder. Pero yo quiero algo más, y espero tener un día la fuerza para luchar por conseguirlo.

- Seguro que sí – Eva cree que ha llegado el momento de cambiar de tema y animar un poco la noche - ¿Supongo que mañana no trabajas, verdad?

- No, este fin de semana tengo fiesta.

- ¿Pedimos la cuenta y nos vamos a dar una vuelta? Necesito bajar un poco la cena. – Aunque lo que Eva piensa realmente es que necesita oxigenar un poco su cerebro. El ambiente está viciado de humo y su estómago lleno de paella.

Tomás le hace un gesto al camarero para que traiga la cuenta.

- ¿Dónde quieres ir? – pregunta él.

- No lo sé. Caminemos un poco, a ver dónde llegamos.

Cuando el camarero trae la cuenta Tomás se hace con ésta rápidamente y se la devuelve con la tarjeta de crédito. Eva le recrimina el gesto y le pide que le deje pagar su mitad. Tomás se niega rotundamente.

- Cuando tengas trabajo me invitas a cenar -

Eva cede porque sabe que no merece la pena insistir y tampoco se siente obligada. Se siente en confianza con Tomás, una sensación que le aflora en este momento y que le hace pensar en tiempos pasados.

- Al menos déjame que después te invite a una copa.

- Hecho – responde Tomás guiñándole un ojo.

El camarero vuelve con la cuenta. Tomás paga y deja dos euros de propina.

- ¿Nos vamos? – pregunta él amablemente.

Los dos se levantan a la vez y Tomás le cede el paso a Eva. Sin saber cómo ni porqué, cuando ella pasa delante suyo la agarra por la cintura con su brazo derecho y así la acompaña hasta la puerta. “¿Qué estoy haciendo?” Se pregunta Tomás, que no sabe qué impulsos han guiado su mano hasta la delgada cintura de Eva. Cuando llega a la puerta, su mano, ahora sí de forma voluntaria, se despega del cuerpo de Eva.

Al salir a la calle una bofetada de bochorno les golpea con intensidad. El suelo está mojado pero ya ha dejado de llover. La humedad es insoportable. Eva se gira, se acerca a Tomás y le da un

beso en la mejilla.

- Muchas gracias por la cena, Tomás. Te debo una.

Y Tomás le sonríe tiernamente sin decir nada.

Tomás y Eva comienzan a caminar sin rumbo fijo, guiados por la tranquilidad de las calles a esta hora de la noche.

- Estoy lleno de sal – dice Tomás.
- Es lo que tiene bañarse en el mar, querido.
- Odio esta sensación de sal en la piel. Con el calor que hace se me pega la ropa al cuerpo y aún se nota más la sal.
- Pues tienes dos opciones. Pegarte una ducha o aguantarte y no quejarte – apunta ella con un tono burlesco.
- ¿Qué prefieres? – pregunta ella.

Y piensa que es una buena oportunidad para que Tomás la invite a ir a su apartamento. Siente curiosidad por saber cómo es la casa de Tomás. Cómo está decorada, qué hay en ella, si está limpia o está sucia. Aunque ya se imagina la mitad de las respuestas a estas preguntas.

Tomás duda. Analiza fugazmente las opciones y termina por decidirse.

- ¿No te importa si pasamos un momento por mi casa y me ducho? -

Eva suspira.

- Claro que no... - responde ella con resignación fingida

Tomás se ríe.

- Si quieres, tú también puedes pegarte una ducha.
- Muchas gracias, pero no hace falta. A mi me gusta este olor y la sensación de la sal en mi cuerpo. – Y esto lo dice con un tono un tanto lascivo, mirando a Tomás con picardía y lanzándole un guiño.

Ahora se ríen los dos.

Tomás piensa que se lo está pasando muy bien. Se divierte. Eva le hace reír. Puede llegar a incomodarle, pero al final ella siempre actúa con una naturalidad ante cualquier situación que termina por confundir sus reacciones. No sabe a qué está jugando Eva y tampoco sabe si le gusta el juego.

- ¿Vives muy lejos de aquí?
- Diez minutos a pié. ¿Tienes prisa?
- No, no tengo prisa. Sufro por ti, no vaya a ser que con tanta sal te conviertas en un bacalao.

Ahora Tomás no entiende la broma de Eva y se limita a esbozar una leve sonrisa. Se adentran por las callejuelas del casco antiguo.

- ¿Quieres que compremos unas cervezas de camino a tu casa? – pregunta Eva.
- No hace falta. Tengo cerveza en casa. Pero tenemos que parar un momento en algún sitio a comprar tabaco.

- Por cierto Tomás, ¿tus padres siguen sin saber que fumas? –

Él carraspea, agacha la cabeza y dibuja una medio sonrisa en su cara. Es más una sonrisa de vergüenza que de otra cosa.

- Pues sí. Siguen sin saberlo -

- ¿Pero que edad tienes Tomás? – pregunta Eva riéndose de él.

- Ya lo sé, ya lo sé – se excusa ahora Tomás – Pero bueno... ya sabes, no tienen porqué saberlo. Así fumo menos.

- ¿Cómo que así fumas menos? Esta excusa la aceptaba hace cuatro años, cuando vivías con tus padres. Pero ahora que vives sólo, Tomás. Ahora haces lo que quieres y fumas cuando quieres. ¿No crees que ha llegado ya el momento de decírselo? ¡No te van a matar!

- Lo sé – dice Tomás arrastrando cada una de las letras que sale por su boca.

- ¿Entonces?

- No quiero darles un disgusto. Piensan que soy un tío sano. ¿Qué hay de malo en ello?

- ¡El hombre perfecto! – apunta Eva - Tomás, no pasa nada por fumar. De alguna cosa nos tenemos que morir. Te aseguro que eres una gran persona, pero no eres perfecto. Nadie lo es. No hace falta que pretendas dar esa imagen. Tu madre no va a dejar de invitarte a comer los domingos porque fumes.

- Ya lo se, pero no quiero decepcionarles.

- ¡Tomás! No puedes pretender ser el hijo que no ha roto nunca un plato. Quizás se sienten un poco disgustados el primer día. Pero después no habrá ningún problema. En fin... haz lo que quieras.

- He pensado muchas veces en decírselo pero creo que a veces me falta un poco de valor – Y ahora Tomás piensa que vuelve a mostrarse un poco vulnerable. Se esta abriendo más de la cuenta.

- Hoy en día los hijos hacen cosas mucho peores que fumar, Tomás. Hoy con quince años se juntan con los amigos para hacer botellones. Se emborrachan cada fin de semana, toman drogas, hacen campana y después ponen cara de angelito en casa y sus padres tan orgullosos de sus hijos. Tú no eres es así. Tus padres tienen motivos para estar orgullosos de ti. Creo que deberías decírselo.

- Entendido. Ya veremos... - ahora Tomás pretende volver a mostrarse duro e impenetrable. – Ya estamos llegando, es allí.

Antes de llegar al portal, entran en el bar de la esquina y compran tabaco. Salen del bar y en diez segundos llegan a casa de Tomás. Él abre la puerta del portal y le cede el paso a Eva, que se queda un poco sorprendida al ver la oscuridad y la suciedad que se intuye en el recibidor del edificio. Tomás enciende la luz, y una tenue iluminación confirma sus presentimientos. Sucio y viejo.

- Hay que subir a pié. Es lo que tienen los edificios antiguos.

- Así hacemos un poco de deporte. ¿Qué piso es?

- El último, pero son sólo tres pisos.

Comienzan a subir y Eva empieza a cambiar la idea que tenía sobre el piso de Tomás. Después de ver el portal se teme lo peor. Un agujero de treinta metros cuadrados, oscuro, húmedo y pestilente. Para terminar de alinear el cuadro que esta pintando en su cabeza añade un par de ratas correteando por el suelo del apartamento.

Una vez en el tercer piso, Tomás le da al interruptor de la escalera para encender la luz y a Eva

el rellano le resulta más agradable. Una luz blanca ilumina una puerta algo antigua pero robusta. Tomás mete una llave en una cerradura. Dos vueltas a la derecha. Otra llave en una segunda cerradura unos cincuenta centímetros más abajo. Dos vueltas más a la derecha. Empuja y se abre una puerta hacia la oscuridad y el silencio del apartamento de Tomás.

- Bienvenida a mi casa – dice Tomás mientras enciende la luz.

Tomás entra primero y otea rápidamente los treinta y cinco metros cuadrados de apartamento para asegurarse que todo está en su sitio.

“Estas en tu casa”. Eso es lo que iba a decir Tomás pero prefiere ahorrarse esa frase. No quiere que Eva se lo tome al pie de la letra.

- ¿Quieres que te lo enseñe o prefieres darte un paseo por tu cuenta mientras cojo unas cervezas?
- Ve a coger las cervezas, ya me encargo yo de la visita.

Antes de pasar por la cocina, y mientras Eva observa detenidamente el pequeño recibidor, Tomás va rápidamente a su habitación. Coge un paquete de preservativos que tiene sobre la mesilla de noche y antes de meterlos en el último cajón, se da cuenta de que la caja está sesgada. Qué difícil es abrir a veces estas cajas, piensa él fugazmente.

Ahora sí, cierra la puerta de la habitación, cruza el salón, entra en la cocina y se encuentra a Eva.

- Sírvete tú misma, que en esta cocina no cabemos dos. Ya has visto que aquí todo es tamaño mini.
- Este piso es perfecto Tomás. Pequeño, pero está muy bien para una persona soltera. – apunta Eva.

Y lo piensa de verdad. El apartamento no tiene nada que ver con el portal y la escalera. Parece reformado. Incluso se sorprende al ver el suelo de parquet. Electrodomésticos nuevos, ventanas de PVC y un mobiliario que parece recién salido de la tienda.

- La verdad es que sí. Alquilé la casa con los electrodomésticos y lo demás lo he puesto yo. IKEA es un gran aliado para los emancipados.
- Está muy bien, de verdad.
- Voy a darte una ducha. Termina tu visita y tomate la cerveza tranquilamente.

Tomás coge ropa limpia y se mete en el baño. Mientras tanto, Eva termina de dar una vuelta por el apartamento. Deja atrás el recibidor, la cocina y el baño. Cruza el salón y entra en la habitación de Tomás. Curioseará un rato y vuelve al salón.

Tomás se desnuda dentro del baño y mete toda la ropa sucia en el cesto correspondiente. Una vez despojado de todas las prendas, Tomás se mira al espejo. Primero se mira a los ojos fijamente y le pregunta a su reflejo qué está pasando. Su cabeza parece flotar en el ambiente y la botella de vino viene a la memoria de Tomás. ¿Cómo ha llegado hasta aquí? Está en su casa con Eva, a la que no ve desde hace cuatro años. Hace unas horas ha estado bañándose con ella en el mar. Se han abrazado y se han besado y él ha tenido una erección. Sabe que ella se ha dado cuenta. La imagen de Tomás se muestra impertérrita. Impasible. ¿Qué quiere Eva? No hay respuesta. Pero ¿y tú? ¿Tú que quieres, Tomás? Después de cuatro años Eva ha vuelto a aparecer en tu vida. Cuatro años sin saber nada de ella. Cuatro años de preguntas olvidadas sin respuesta. Y ahora ella ha vuelto. Y tú, Tomás, piensa él, estás ahora desnudo en tu casa y ella está al otro lado de la puerta. Tomás sigue mirando fijamente a sus ojos, a los que están al otro lado del espejo. Y siente un escalofrío que le recorre el cuerpo. De arriba a abajo. Y cuando

recorre con la mirada su cuerpo desnudo se encuentra con su sexo erecto y siente una tremenda excitación.

Tomás entra en la ducha. Abre el grifo del agua fría y el del agua caliente hasta que encuentra un punto templado que le satisface. Escucha música de fondo pero no consigue averiguar de qué tema se trata. Se sienta en el plato de ducha mientras el agua le cae encima y le va mojando todas las partes del cuerpo. Tomás se agarra el pene con la mano derecha y comienza a masturbarse. Y piensa en la escena de la playa. Piensa en Eva. Pero también piensa en Lucía, y en Sofía, y en María, y en Ana, y en Laura, y en Inés, y en las decenas de chicas que han pasado por su cama en los últimos meses. Parecen años, piensa. Tomás se olvida de su polla y se concentra en sus pensamientos mientras su mano derecha trabaja cada vez a una velocidad mayor. Las chicas van pasando por su mente pero Tomás descubre que todas comparten algo que las convierte en la misma persona. Tomás se masturba, con los ojos cerrados y el agua cayéndole sobre todo el cuerpo tenso. Y ve las caras de Lucía, y de Sofía, y de María, y de Ana, y de Laura, y de Inés y todas las chicas que han pasado por su cama en los últimos meses. Y sus caras jadeantes se van superponiendo. Una deja paso a la otra y así sucesivamente repitiendo un bucle infinito. Parecen años, piensa. Y todas estas caras se ríen. Se ríen a carcajadas como se reía Eva en la playa hace unas horas al descubrir que Tomás estaba excitado y salía corriendo camino de la orilla. Todas son Eva. Sus músculos tensos y duros y Tomás que aprieta más fuerte los ojos y se sacude la polla con más intensidad hasta que una explosión de placer le recorre de abajo a arriba la espina dorsal y le nubla el pensamiento. Tiembla. Siente un escalofrío y a continuación un latigazo le tensa el cuerpo y después la nada. Tomás relaja todos sus músculos y se apoya contra la pared mientras el esperma que acaba de sacudir se arremolina entorno al tragadero del plato de ducha y desaparece arrastrado por el agua que cae de la alcachofa.

Eva esta en el salón. De pié repasa la colección de discos compactos de Tomás sobre la estantería mientras suena un recopilatorio de música norteamericana de los años setenta que ella misma ha elegido.

De la colección de discos Eva pasa a la extensa biblioteca que Tomás dispone en una librería. Descubre que los libros están ordenados alfabéticamente según el primer apellido de los autores y no puede reprimir una sonrisa que acompaña con un gesto de negación de su cabeza. Después, movida por la curiosidad, busca señales de algo en el apartamento que pueda representar un recuerdo de alguien o alguna cosa a Tomás. Pero no encuentra nada. No hay fotos. No hay mensajes. No hay nada que pueda invocar la imagen de nadie. Sólo un par de posters enmarcados dan un poco de vida a las paredes del apartamento. En el salón hay un dibujo de la silueta de una persona con sombrero paseando por una calle empedrada y un cielo amarillo lleno de letras extrañas. Franz Kafka dice arriba. Prague, dice abajo. En el dormitorio, encima de la cama, hay un póster de un cuadro de Edward Hopper. En él se ve el interior de una cafetería con grandes ventanales acristalados. El punto de mira es externo, desde la calle. Parece una ciudad de los Estados Unidos de los años treinta, piensa Eva. Es de noche y hay cuatro personas dentro de la cafetería. Un hombre sentado en un taburete de espaldas al punto de vista del artista, con sombrero y apoyado en la barra. Ya de cara, a la izquierda del señor que está de espaldas, hay una pareja de perfil también apoyada en la barra. Él, también con sombrero de gángster, sostiene un cigarrillo entre sus dedos con gesto duro. A su lado, una guapa rubia ataviada con un vestido rojo mirando un billete que sostiene en su mano izquierda. Detrás de la barra, de pié, hay un camarero inclinado que parece estar hablando con el hombre del cigarrillo. A Eva le atraen los tonos verdosos del dibujo y el aura que destila el cuadro. Toda obra de arte es totalmente interpretable de una forma subjetiva, piensa Eva, y a ella este cuadro le evoca un encuentro furtivo en un bar solitario a las cuatro de la madrugada. Y piensa que a Tomás le gustaría ser el chico malo del cuadro (aunque por mucho que se esfuerce nunca

conseguirá ser tan malo, o al menos parecerlo), el que esta acompañado por una guapa rubia. Y a ella le gustaría ser la rubia.

Vuelve al recibidor y encuentra algo más en la pared. Es un corcho lleno de postales de diferentes ciudades del mundo. París, Roma, Viena, Moscú, Tokio, Nueva York, México DF, El Cairo y algunas más. Eva agacha la cabeza y se inclina debajo del corcho. Alza algunas postales intentando no hacer saltar las chinchetas y comprueba que todas ellas están en blanco. No hay ni matasellos, ni letra, ni dirección. Nada.

Eva escucha que el agua de la ducha ha dejado de emanar. Vuelve al salón, coge una revista de cine que hay encima de la mesa y se sienta en el sofá mientras apura los últimos tragos de la lata de cerveza.

Dentro del baño Tomás vuelve a colocarse delante del espejo. Limpia con la mano el vaho de la parte del espejo que refleja su cara y allí se encuentra de nuevo con su otro yo. Su reflejo. Con el pelo peinado hacia atrás y los ojos verdes que contrastan con el moreno del verano. ¿Y ahora qué, Tomás? Ahora hay que ser fuertes, le responde su reflejo mientras ladea su labio mostrando una sonrisa chulesca. Se pasa un dedo por la cicatriz de la frente mientras sigue contemplando los ojos de su reflejo.

Tomás termina de secarse bien. Calzoncillos limpios, unos bermudas marrón claro y una camisa azul de manga corta. Se pone un poco de gel fijador en el pelo y sale del baño.

- ¡Qué guapo, Tomás! – dice Eva con voz sugerente cuando le ve.

-¿Seguro que no te quieres dar una ducha? – pregunta él pasando del halago.

- No, seguro. Estoy bien. Me lavaré un poco la cara y las manos y ya está.

Mientras Eva se asea en el baño, Tomás comprueba que todo esté en su sitio y que no haya dejado nada comprometedor a la vista. Todo está en orden. Coge una cerveza del frigorífico y se deja caer en el sofá. Dos sorbos y Eva sale del baño con el pelo húmedo y recogido en una coleta.

- Estoy lista, ¿nos vamos?

- Vámonos.

Al salir del edificio las campanas de una iglesia cercana anuncian la una de la madrugada.

- ¿Dónde siempre? – pregunta Eva.

- De acuerdo – responde Tomás, aunque él preferiría no volver otra vez “dónde siempre”, piensa. Hay mil lugares y ellos siempre terminan en el mismo lugar. “Dónde siempre”. La liturgia de ese café quedó atrás hace mucho tiempo, pero parece que Eva se empeña en volver al lugar dónde se vieron por última vez antes de su marcha y dónde se han reencontrado hace unas horas. Tomás no quiere llevarle la contraria a Eva. No quiere que ella piense que huye de viejos fantasmas o de tiempos pasados. No es así, y no quiere darle motivos para pensarlo.

Caminan y Tomás comparte su lata de cerveza con Eva.

- Entre el vino y tanta cerveza voy a terminar piripi y vas a tener que aguantarme borracha.

Tomás sonríe y recuerda las borracheras de Eva, o más bien la “felicidad” de Eva, como a ella le gusta llamar a su falta de moderación cuando bebe.

- Es mejor que te controles, no quiero terminar como la última vez que agarraste un pedal. ¿Te acuerdas?

- Como no me voy a acordar, Tomás. Pero yo no agarro pedales ni borracheras, ya lo sabes, simplemente el alcohol me produce tal estado de felicidad que a veces no es posible soportar tanto bienestar y alegría en el cuerpo y termino loca de felicidad.

- Sí, ya lo se. Felicidad... - dice Tomás – Yo me preocuparía, porque si lo que te da el alcohol es felicidad, puedes terminar siendo adicta a la felicidad.

- Tomás, ya sabes que no bebo mucho, por eso cuando lo hago me siento tan feliz. De las cosas buenas no hay que abusar. De lo bueno, si poco...

- ...dos veces bueno – concluye Tomás – Lo sé.

- La cerveza y el vino han despertado mi felicidad dormida. Bueno, y tú. Hace mucho que no te veía y la verdad es que me siento muy feliz de volver a verte.

- Yo también me alegro de verte – dice él con sinceridad – Pero mi felicidad no ha despertado aún del todo. Tendré que beber un poco más. De todos modos estoy contento de que estés aquí.

Y se miran fugazmente, como si aguantarse la mirada les quemase, y sonríen.

Siguen caminando en silencio, alumbrados por la tenue luz de las farolas que flanquean las aceras y se sienten acompañados por la tranquilidad de unas calles desiertas y una brisa marina que suaviza el asfixiante calor del verano. De vez en cuando, el murmullo que se escapa del interior de algún bar rompe el silencio de la noche, mientras Eva y Tomás, Tomás y Eva, caminan compartiendo una lata de cerveza y una felicidad dormida que cada vez se hace más presente en sus cabezas. Y aunque ella lo reconoce abiertamente, a Tomás le cuesta más reconocer que él también se siente feliz. Dice estar contento, pero aunque se lo quiera negar a él mismo, sabe que lo que siente es un principio de felicidad que hace tiempo que no experimentaba.

- Dime, Tomás – comienza Eva haciéndose la loca - ¿Quién te ha mandado todas las postales que tienes en el recibidor?

Él carraspea.

- La verdad es que nadie. Son lugares que me gustaría visitar algún día.
- Pues tienes mucho trabajo por delante – dice Eva descolocada ante la respuesta de Tomás.

Cómo eres, Tomas. Piensa Eva.

- Sí, lo sé. Mucho trabajo y mucho ahorro. Ahora mismo no esta la cosa para viajar mucho. Entre el alquiler y el gasto básico apenas tengo dinero para ahorrar. Vivo bien, pero no me puedo permitir grandísimos lujos. Es el precio de la libertad.
- Tengo que reconocer que me ha gustado mucho tu casa.
- Creo que cuando has visto el portal y las escaleras te imaginabas algo mucho peor, ¿verdad?
- Pues sí, no te voy a engañar, pensaba que vivías en una pocilga.

Y se ríen lo dos. Eva busca en su bolso. Saca la cajetilla de cigarrillos, la abre y le ofrece uno a Tomás.

Siguen caminando degustando las primeras caladas del tabaco.

- ¿Y te sientes libre viviendo solo? Quiero decir, ¿es lo que te esperabas? – pregunta Eva.
- Tú también has vivido sola en Roma estos años.
- Sí, pero supongo que es diferente. Yo sabía que aquello era temporal. Aunque es cierto que la experiencia ha sido muy buena. Salir de casa de mi madre me ayudó a conocerme mejor a mi misma. He vivido más tranquila, haciendo lo que he querido, cuándo y cómo he querido. Sin tener que dar explicaciones a nadie.
- Pues mira, tú sola te has respondido la pregunta – dice Tomás pasándole la lata de cerveza a Eva – Termínala.
- Y la verdad es que ahora que vuelvo a vivir con mi madre echo de menos vivir sola. No me puedo quejar de nada. Incluso podría decir que vivo mejor. No gasto en la compra y no tengo que limpiar la casa. Tengo compañía y muchos caprichos que no me podría permitir viviendo sola. Pero es verdad que hay algo que me falta.
- Y ese algo muchas veces no se puede describir fácilmente. Ese algo es la libertad – Ella asiente con la cabeza - Aunque tú madre te de toda la libertad del mundo para entrar y salir cuando quieras o para hacer y deshacer a tu gusto, no puedes encontrar nunca ese algo de forma completa. Ese algo es la intimidad total, es el refugio personal, es tu espacio – Una larga calada al cigarrillo – Es la libertad completa.
- Así es – Eva tira la lata de cerveza vacía a una papelera – Después de ver tu casa siento un poco de envidia.
- Espero que sea sana.
- Es sana, es sana. Ahora tengo todavía más ganas de encontrar un trabajo y poder independizarme yo también. ¿Me ayudarás a buscar piso?

Tomás se ríe.

- No corras tanto. Primero encuentra trabajo, ahorra un poco para la fianza y para comprar lo que necesites y entonces ya buscarás piso. Si quieres, cuando estés lista te ayudaré.
- Sí papa... - dice Eva con tono remolón y quejoso - ¿Puedo beber otra cerveza?

Tomás vuelve a reír.

- Sí, puedes. Pero no muchas más – responde él con severidad fingida – De hecho – y ahora cambia el tono – ya hemos llegado. Puedes beber todo lo que quieras, pero después no quiero

tener que cargar contigo.

Entran en el café. Una oscuridad cavernaria les da la bienvenida. Al entrar, la larga barra y al fondo las mesitas iluminadas cada una de ellas con una pequeña lámpara encima que parece suspenderse en el aire, a escasos centímetros del techo negro. El local esta ahora mucho más concurrido que por la tarde.

Tomás le indica a Eva una mesa libre en el fondo del café y le cede, una vez más, el paso a su acompañante.

- Otra vez aquí – dice Tomás en el punto álgido de un suspiro.
- Otra vez aquí, querido. ¿Te aburre éste lugar?
- Para nada.
- ¿Entonces por qué suspiras? ¿De qué te quejas?
- No me quejo. Ha sido un suspiro...no sé...¿de alivio?
- ¿Lo afirmas o me lo preguntas?
- No sé.
- ¿No sabes por qué has supirado?
- Lo afirmo.
- ¿Alivio por qué?
- ¡Caray! Esto parece un tercer grado.
- ¿Entonces?
- No lo sé Eva. Suspiro porqué ya hemos llegado y porqué así podremos beber un poco más. Estoy sediento. Era un suspiro de satisfacción por haber llegado.
- ¡Entonces perfecto! ¿Qué quieres beber? A esta ronda invito yo.

Y ahora se ríen los dos a carcajadas.

- Creo que beberé un gintónic.
- ¿Un gintónic? ¡Vaya! Qué sofisticado. Aunque no sabría decir si eres sofisticado o un borracho de barra.
- ¿Qué tiene de malo el gintónic?
- Nada hombre. Sólo bromeaba.
- ¿Y tú que vas a beber?
- Yo pediré un mojito.
- ¡Qué original! – ahora Tomás se toma la revancha.
- ¿Por qué?
- No lo sé. Es que pedirse un mojito suena muy “cool”. Ya sabes, yo soy más clásico.

El camarero se acerca y les pregunta que van a tomar. Mojito para Eva y gintónic para Tomás. Él observa que la camarera que les ha atendido horas antes está ahora detrás de la barra y piensa que el camarero que les acaba de atender trabaja de refuerzo por la noche, cuando hay más gente en el café.

- Así que pedir un mojito es guay... - dice Eva
- Sí, ¿no? La palabra que he utilizado yo es “cool”, pero al fin y al cabo es lo mismo.
- ¿Y qué determina aquello que es “cool”, como dices tú, de lo que no lo es?
- Pues supongo que las tendencias. Ahora la moda es tomar cócteles exóticos. Mojitos, daikiris, caipirinhas... Todo lo exótico, en el ámbito de la comida y la bebida, es ahora la moda.

- Se llama globalización, Tomás – apunta Eva.
- Sí, y no tengo nada en contra de la globalización. Pero creo que a veces la misma globalización, esta palabra que nos remite a la posibilidad de poder acercarse entre sí las culturas, de poder viajar cada día más lejos y saber más sin movernos del sofá, nos hace a todos más iguales y no deja con menos campo de acción en nuestras decisiones.
- Pero a ti nadie te obliga a tomar un mojito.
- Cierto, y no lo tomo. Y reconozco que no está mal, pero ahora no me apetece.
- Pues a mí sí – le interrumpe Eva con un gesto exagerado.
- Sí, seguro. Pero hablo en general.

Llega el camarero con el mojito de la discordia y el gintonic. Comparten unos instantes de silencio. Tomás los aprovecha para contemplar embobado a Eva. La mira a sus ojos verdes, que se distraen jugando con la pajita del mojito, y piensa en todas las conversaciones perdidas durante estos cuatro años. En todas las discusiones que ya no se pueden recuperar. En todas las experiencias que ya no podrán vivir juntos. Piensa en cómo sus caminos se dispararon un día en trayectorias opuestas. De la noche a la mañana, piensa Tomás.

Eva sigue mirando en silencio su mojito sintiendo, eso sí, que Tomás la contempla. Ella observa como el hielo picado y las hojas de menta se funden en un color verdoso al remover el cocktail con la pajita. Y sabe que el silencio de Tomás anticipa una pregunta comprometida. Algo más serio. Él piensa en cómo decirlo, se dice Eva. Y siente como los nervios, ausentes durante todo su encuentro con Tomás, comienzan a florecer en su estómago.

- ¿Por qué te fuiste, Eva? – pregunta finalmente Tomás.

Eva Toma aire. Coge un cigarrillo, se lo lleva a los labios y lo enciende. Inhala profundamente y mira a Tomás a los ojos intentando esbozar una sonrisa que se queda en un gesto de pasajera amargura.

- Tomás, ya te lo dije hace cuatro años en este mismo sitio.
- Pero ¿por qué? ¿Por qué tomaste la decisión tan rápido? ¿Por qué no me dijiste algo antes? ¿Por qué no me pediste que me fuera contigo?
- ¿Realmente crees que hubieras aceptado venir conmigo? - pregunta ella en un tono que a Tomás le parece exagerado.
- No lo sé, lo podría haber pensado – miente Tomás.
- Tomás, no hubieras venido conmigo. Decírtelo antes no hubiese hecho más que alargar el sufrimiento. Sabes que no me gustan las despedidas.
- Pero estábamos bien juntos. Nos divertíamos – implora Tomás con un tono del que se arrepiente tras pronunciar la última letra.
- Tomás – dice Eva, y a él le incomoda que ella comience ahora todas sus frases pronunciando su nombre, le parece un gesto recriminatorio, le suena a aquello de “ya te lo he contado mil veces”, y no es así – éramos muy jóvenes, tú estabas estudiando en la universidad, estabas entusiasmado con tus estudios. Yo apenas había hecho un curso de fotografía y lo máximo a lo que aspiraba era a trabajar en el Zara como dependienta. Necesitaba un cambio en mi vida. Tenía que salir de esta ciudad un tiempo, conocer mundo y vivir algo que me hiciera pensar que yo también podía hacer algo en mi vida. Necesitaba demostrarme a mi misma que yo también podía hacer mi camino, ser dueña de mi futuro. Necesitaba una experiencia que marcara un punto de inflexión en mi vida, una frontera vital entre la adolescencia y la madurez. Para ti ese punto de inflexión fue la universidad pero para mi no había nada que marcara un antes y un después.
- ¿Y por qué no me dijiste esto antes de irte?
- Por qué no lo habrías entendido. Ahora has terminado de estudiar y vives tu vida. Ha habido en ti un cambio fruto de los últimos años. Yo también he cambiado, no tengo más estudios, no tengo un trabajo, pero tengo una experiencia que me ha hecho conocerme a mi misma y que me ha marcado mucho. Creo que esto lo puedes entender ahora con la perspectiva de los años. ¿Pero lo hubieras entendido hace cuatro años?
- No lo sé – responde Tomás al mismo tiempo que expulsa el humo de la primera calada de un nuevo cigarrillo con gesto serio.
- Pues yo sí, Tomás. ¿Sabes? Yo hace cuatro años estaba acomplejada. Tú eras el chico modélico, el hijo perfecto. Viviendo en tu casa con tu padre y con tu madre, estudiando en la universidad, trabajando los veranos. Se veía que tenías futuro. ¿Y yo? Yo era la hija de una familia desestructurada, que tenía que trabajar para ayudar en casa y que no tenía más que el título de Bachillerato y un curso de fotografía. ¿Qué futuro me esperaba a mí?
- Sabes que yo nunca pensé así. Siempre fuiste muy independiente y capaz de hacer lo que te planteases.
- Pero yo no lo veía así. Necesitaba una experiencia como la que he vivido estos años en Italia para darme cuenta de ello. Para madurar y para conocerme. Ahora sé que puedo llegar a hacer lo que me proponga. Tengo proyectos en la cabeza, sólo necesito un poco de dinero y una pizca de suerte. Pero hace cuatro años no veía ningún futuro en mi vida.

Tomás asiente con la cabeza mientras sigue fumando y mirando a Eva a los ojos con cara de

comprensión.

- Sé que no fue justo para ti que me marchase como me marché – prosigue Eva – Sé que te hice daño. Pero repito, éramos muy jóvenes, teníamos y tenemos toda la vida por delante. Ninguna decisión en este momento de nuestra vida es definitiva. Siempre se puede rectificar y hacer marcha atrás. Afortunadamente, las cosas en mi casa han cambiado, mi madre ha salido de los apuros económicos de los últimos años. Ha encontrado a alguien con quién es feliz. Cuando me fui también estaba huyendo de mi casa. No soportaba más la presión y la tristeza de vivir en una casa dónde la tristeza era el plato que se servía cada día a la hora de cenar. Creo que mi madre y yo necesitábamos desligarnos un poco la una de la otra para encontrar nuestro verdadero camino.

- Me alegro de que las cosas en tu casa estén bien. Perdona por no haber preguntado antes.

- No te preocupes, Tomás – dice Eva con los ojos llorosos – Parece que estos cuatro años hayan sido toda una vida. Ahora soy feliz, Tomás.

- Me alegro mucho, de verdad.

- Mira, no te voy a pedir perdón por haberme ido. Me sabe mal cómo hice las cosas. Sé que las podría haber hecho mejor, pero creo que hice bien. Las cosas al final han salido bien y ahora soy una persona nueva. He limpiado mucha mierda en estos años. Quizás lo que peor me sabe es que no hayamos tenido ningún contacto en estos años.

Tomás baja la cabeza y clava su mirada en el interior del vaso ancho que sostiene entre las manos, encima de la mesa. Eva, que siente un nudo en la garganta y ante el silencio de Tomás, le lanza una patada por debajo de la mesa que impacta en la espinilla de él.

- Ya... Cuando te fuiste me sentí furioso por cómo había sucedido todo y traté de olvidarte. Tampoco tú diste ninguna señal de vida – responde por fin alzando la mirada.

- Tenía miedo de cómo podías reaccionar. Prefería no saber nada de ti antes que recibir una carta o un mensaje que me pudiese herir. Yo también traté de romper con todo lo pasado – Eva hace una pausa y termina con el cigarrillo - ¿Conseguiste olvidarme?

- En algún momento llegué a pensar que sí.

- ¿Pero?

- Pero supongo que estas cosas nunca pueden olvidarse, ¿no?

- Claro que no.

El café esta ahora lleno de gente. No hay una mesa libre y el sonido de las decenas de conversaciones cruzadas y la música de fondo cargan el ambiente. Pero ni Tomás ni Eva escuchan nada más allá de las palabras de la persona que tienen en frente. Su mundo se cierra ahora en el espacio que ocupan ellos dos. No hay nada más a su alrededor que pueda desviar su atención de la presencia y las palabras del otro. Como tantas veces tiempo atrás, una mesa del Café París es su único mundo en este momento. Todo lo demás no importa y parece que jamás haya existido. Están dentro de una burbuja.

Tomás dirige una mirada penetrante a los ojos llorosos de Eva, que no hace nada por disimular su emoción.

- ¿Sientes que la vida pasa demasiado deprisa? – pregunta él.

Eva piensa antes de responder y sorbe a través de su pajita un poco de mojito.

- Creo que la vida va cada vez más rápido. Lo pases mal o lo pases bien todo termina siendo muy fugaz. Tengo la sensación de que a medida que nos hacemos mayores las semanas, los meses y los años pasan siempre más deprisa. Miro atrás y me parece que fue ayer cuando terminé el bachillerato.

- A mi me pasa lo mismo – dice Tomás – Pero lo peor es que cada vez veo el futuro más cercano.

- ¿Qué quieres decir?

- Hasta hace unos años pensábamos en el futuro como algo muy lejano. Ya sé que es un concepto abstracto – puntualiza él – Nunca podremos estar en el futuro. Cuando eres un niño o un adolescente crees que nunca va a llegar el momento de tener que sentarte a pensar cinco minutos antes de tomar una decisión. Pero ahora parece que el tiempo se precipita. Veo el momento de tomar decisiones importantes cada vez más cercano. Siento que cada día estoy más cerca de un momento de mi vida en el que voy a echar mucho de menos el ser joven.

- Tampoco es para tanto, ¿no? Aún nos quedan unos buenos años de juventud. Quizás los mejores.

- ¿Te das cuenta de que siempre nos decimos que lo mejor esta por llegar? Creo que cuando llegas a una determinada edad lo mejor ya ha pasado. Ya no sirve esta máxima.

- Eso es muy relativo, Tomás. Ahora puedes disfrutar al máximo de la vida. Supongo que es cuestión del momento en el que te encuentres. Pero me imagino que cuando encuentras a la persona con la que quieres compartir el resto de tu vida, cuando construyes un hogar o cuando tienes hijos y los ves crecer también te sientes muy afortunado. No lo sé, la vida esta llena de etapas que hay que ir quemando y que en parte nos van llenando poquito a poco.

- Sí, supongo que tienes razón. Pero es ahora cuando somos plenamente independientes y propietarios de nuestra vida. No digo que no sea bonito tener hijos, ni mucho menos, pero entonces tu vida ya no te pertenece al cien por cien. Hay otras personas que dependen de ti y tienes que sacrificar muchas cosas.

- Pero es que, quizás, cuando tengas hijos – dice Eva – no tengas ganas de hacer muchas de las cosas que haces ahora. Seguro que querrás hacer muchas cosas que no podrás hacer, pero siempre en esta vida hay que sacrificar algo. Lo importante, mi imagino, es acertar en el momento de dar estos pasos tan cruciales.

- Tienes razón. Y a lo que me refería es que siento que cada vez estamos más cerca de la frontera que marca la etapa en la que hay que tomar decisiones importantes.

- Claro, pero eso bueno, ¿no? Lo preocupante sería no ir quemando etapas.

Tomás siente que Eva se ha recuperado ya de la última conversación. Ha recuperado la vitalidad de su expresión.

- ¿Tienes miedo al compromiso, Tomás?

- No – dice él tajantemente.

- ¿Entonces qué es lo que te preocupa tanto?

- Nada. No tengo miedo al compromiso y no tengo a nadie con quién adquirir un compromiso importante. Simplemente no tengo ganas de adquirir compromisos que puedan marcar mi vida o mis planes a largo plazo.

- Pues aprovecha ahora que eres libre, querido – dice ella alegremente y alzando su cocktail - ¡Por cierto! No hemos brindado

- Y ya tenemos los vasos casi vacíos.

- Da igual. Brindemos con lo que nos queda.

Eva vuelve a alzar su vaso e invita con su mirada a Tomás para que la imite. Él alza también su vaso casi vacío.

- ¡Por nuestra ausencia de compromiso! – exclama una jocosa Eva.

- ¡Por nuestra libertad! –

Brindan y Tomás termina su combinado de un trago y Eva apura con la pajita la bebida que queda entre el hielo picado y la menta.

- ¿Otro?

- Otro.

- Aprovecha que invito yo – dice Eva.

Tomás vuelve por un momento al mundo exterior del interior del bar y pide otra ronda alzándole la mano al camarero y haciendo el gesto de repetición. El camarero, desde la distancia, le levanta dos dedos a Tomás y arquea las cejas. Tomás hace un gesto de afirmación con la cabeza y vuelve a aislarse de todo y a centrar toda su atención en Eva.

Cuando Tomás devuelve su atención a Eva, ésta le sonrío con ojos pícaros mientras se fuma un nuevo cigarrillo. Él devuelve la sonrisa y comienza a mosquearse cuando ella repite el gesto otra vez. Una sonrisa de oreja a oreja que intenta evitar una carcajada y unos ojos achinados que esconden alguna travesura, piensa Tomás, que reconoce esa expresión en la cara de Eva. Él se enciende otro cigarrillo y pregunta:

- ¿Qué?
- Nada – dice ella sin dejar de sonreír exageradamente.
- Eva, ¿Qué pasa? ¿Qué tienes en la cabeza? Me das miedo

Y ahora ella suelta una carcajada. El camarero llega con un nuevo mojito y con otro gintónico. Los deja y se lleva los vasos vacíos.

- Venga va, que te conozco. ¿Qué tramas?
- Nada.
- Eva... - dice Tomás alargando la letra a y rogándole que suelte de una vez por todas lo que tiene en mente.

Ella le mira otra vez con esos ojos gatunos llenos de picardía que tienen atemorizado a Tomás. Remueve el mojito y da un largo sorbo antes de hablar.

- Antes me hablabas de compromiso y libertad.
- ¿Y? – pregunta él sin adivinar por dónde van los tiros.
- ¿Y tú eres muy libre, Tomás?

Él sigue perdido.

- ¿A qué te refieres?
- A eso, ¿a si te sientes muy libre?
- No entiendo por dónde vas...

Le vuelve a mirar, esta vez con más picardía que nunca, pero también con un leve gesto que denota vergüenza.

- Tomás, me vas a tener que perdonar, ya sabes cómo soy. No he podido evitarlo...

Él no dice nada mientras Eva rebusca en su bolso. Al final parece encontrar lo que está buscando. Alza la cabeza con un mano dentro del bolso y le mira otra vez con esos ojos verdes que tienen totalmente perdido a Tomás. Y antes de desvelar al misterio:

- Lo siento mucho Tomás, de verdad, no te enfades... Tenías mucha prisa la última vez, ¿verdad? – y suelta una risa nerviosa y burlona y pega dos tiros a su cigarro de forma compulsiva en un gesto que a Tomás no le parece nada femenino.

Eva saca algo del bolso que Tomás no acierta a ver de primeras y lo deja encima de la mesa. Él la sigue mirando a los ojos sin terminar de creer lo que ella acaba de dejar delante suyo. Una bofetada de calor surge del estómago de Tomás y se extiende rápidamente por todo su

cuerpo. Tomás ha reconocido la caja de condones sesgada que había dejado en el último cajón de su mesilla de noche cuando ha llegado a su apartamento con Eva.

- No me lo puedo creer. ¿Has estado mirando en mis cajones? – el tono es de sincera sorpresa e indignación. Duro pero contenido, sin alzar demasiado la voz.
- Lo siento – dice ella con la boca pequeña y un expresión infantil – Ya sabes como soy. La curiosidad me pierde.
- Vuelve a meter eso en el bolso, por favor – Tomás, imperativo y serio.

Eva obedece sin rechistar. A continuación él mira alrededor cómo cerciorándose de que nadie ha visto la escena. Todo parece en su sitio, piensa. Mira a los ojos de Eva y ella advierte en su mirada un atisbo de cólera.

- ¿Crees que puedes entrar en mi casa y ponerte a curiosear en mis cajones y encima llevarte algo que no es tuyo? – las palabras de Tomás suenan duras y recriminatorias.
- Tomás, lo siento mucho. Yo... -
- Ni yo ni hostias – le interrumpe él – Eva, no puedes hacer siempre lo que te salga de los cojones. ¿Quién te crees que eres?

Inmediatamente Tomás se da cuenta de la dureza de sus palabras y su tono. Ya es tarde. Eva, cabizbaja, esta sorbiéndose los mocos.

- ¿Y tú, Tomás? ¿Quién te crees que eres? ¿Mi padre? ¿Cómo puedes hablarme así? – dice ella levantando la cabeza y dedicándole una dura mirada llena de lágrimas.

Esto reaviva un poco la ira de Tomás pero intenta responder con mayor empatía.

- No, Eva. No soy tu padre. Pero no me gusta que nadie abra los cajones en mi casa y curioseee en mi intimidad.
- Ya sé que lo que he hecho está mal. Pero te he pedido perdón. Al menos te lo he dicho. Hubiese sido peor que no te hubiese dicho nada – el cabreo sigue presente en su cara y en las gotas de agua salada que derraman sus ojos.
- Faltaría más. ¡Qué mires en mis cajones y encima me dejes sin condones!- y sonrío intentando suavizar la situación.

Pero Eva no cede a la sonrisa y sigue sollozando y cabizbaja apurando los últimos milímetros de cigarrillo.

- No sigas por ahí, Tomás. No seas grosero.
- Lo siento mucho, de verdad. No debería haberte hablado así de mal. No tengo el derecho de hacerlo.
- No tienes el derecho. Y yo tampoco tengo el derecho de husmear en tus cosas, es verdad.
- Mejor lo olvidamos ¿Te parece?
- Sí, olvidémoslo.

Tomás y Eva se abandonan al silencio y liberan por un momento sus pensamientos. Recapacitan sobre lo que acaba de suceder y cada uno intenta justificar en su interior su comportamiento.

Tomás sigue pensando que es inaceptable que ella haya abierto sus cajones y que haya cogido la caja de preservativos. Pero no le gusta ver llorar a Eva. Ella piensa en la reacción desmesurada de Tomás y en su propia torpeza. Trata de justificarse pero no termina de encontrar ningún argumento que la convenza. De todos modos Tomás se ha pasado, piensa.

El café se va despejando poco a poco. Las mesas comienzan a quedarse vacías y el camarero las va limpiando una a una y dándolas por cerradas poniendo las sillas encima de ellas. Tomás mira el reloj. Las dos y media de la madrugada.

Eva ha recuperado todo el aliento. Vuelve a sonreír, ahora forzando la expresión, y rompe el silencio del último par de minutos.

- Estoy contenta de haber vuelto a casa, Tomás.
- Me alegro. Al fin y al cabo ésta es tu casa.
- Sí, lo es. Pero tampoco siento que sea la única. Italia también es ahora mi casa y seé que puedo volver cuando quiera.
- Entiendo. Pero aquí has crecido, aquí has pasado la mayor parte de tu vida. En esta ciudad, en este país. Es tu patria.
- ¿Mi patria? – pregunta Eva abriendo los ojos después de beber un trago – No, querido. Mi patria no es ningún país. Además, estos años me he dado cuenta de que estés dónde estés, siempre puedes sentirte como en casa. Unas veces será más complicado que otras, pero todos tenemos, al menos yo, una gran capacidad para adaptarnos a todo lo nuevo. Es sólo cuestión de estar abierto a aprender y tener predisposición.
- Puede ser, pero no puedes negar tus orígenes.
- Y no lo hago. He crecido en esta ciudad y la amo. Pero te digo que podría vivir en cualquier parte del mundo y ser feliz. ¿Por qué me hablas de patria?
- No lo sé, me ha salido esta palabra – dice Tomás.
- No creo en la patria. ¿Qué entiendes tú por patria?
- Pues... – dice él pensativo y dándose unos segundos para encontrar la respuesta en su cabeza – Tus orígenes. Tu país, tu lengua, tu cultura, tu gente...
- Para mí eso no es la patria, Tomás – Eva da otro sorbo antes de continuar y él la mira atentamente – Para mí la patria es tu vida. Es un concepto mucho más individual que colectivo. Mi patria son mis recuerdos, mis vivencias, la gente a la que quiero. Los sitios en los que he estado, mi educación y mi formación. Mis experiencias, buenas y malas, y lo que he aprendido de ellas. Eso es para mí la patria. Mi patria – añade Eva.

Tomás se queda en silencio. Piensa en el sentido de lo que ha dicho Eva y cree que son el fruto de un buen razonamiento. Y piensa que sus palabras denotan madurez y reflexión. Tomás no ha menospreciado nunca la forma de pensar de Eva, pero ahora se enciende una luz en su interior que le hace recapacitar en pocas milésimas de segundo. Se siente impresionado por lo que acaba de decir Eva. Quizás te escuchas demasiado a ti mismo, se dice. Y entiende, y este es un error en el que ha caído muchas otras veces, y es consciente de ello, que lo demás también tienen mucho que decir.

Eva le despierta de su fugaz reflexión.

- ¿Entiendes lo que te quiero decir?
- Sí, lo entiendo perfectamente. Nunca había pensado en ello de esta forma- reconoce Tomás.
- No creo que las personas debamos diferenciarnos por nuestro origen o por nuestra bandera. Soy de dónde nací y estoy orgullosa de ello. Pero eso no quiere decir que vaya a darlo todo por este país. No daría la vida por él. Me considero, antes de nada, una persona. Y daría la vida por otras personas a las que quiero, incluso por mis principios, no lo sé. Pero no me jugaría el cuello por una bandera. Creo que el concepto de patria ha estado siempre muy ligado a los colores, las banderas y los himnos. Pero eso no nos hace más personas.
- Entiendo, tiene mucho sentido lo que dices.
- Si mañana este país entrase en guerra con otro y te llamaran al ejército, ¿irías a defender tu

patria?

- Seguro que no. Preferiría pasarme unos meses en la cárcel por insumiso.

- ¿Y por alguien a quién quieras irías a la guerra si de ello dependiese su vida? – pregunta ahora Eva.

- Supongo que sí – dice Tomás, aunque no consigue pensar en esa situación de un modo realista.

- Pues ahí tienes la respuesta. Ahí tienes mi concepto de patria.

- Es interesante, lo reconozco. Me has dejado impresionado.

- Muchas gracias – dice Eva haciendo el gesto de quitarse el sombrero.

- De hecho – empieza ahora Tomás – los valores están cambiando, ¿no? Un claro ejemplo es lo que tú acabas de decir. Algo que creo que representa muy bien la tendencia de la forma de pensar y actuar de la gente de nuestra generación.

- Sí, creo que sí.

- Me refiero a que muchas veces sí que me siento orgulloso de pertenecer a este país. Pero en general no me siento especialmente orgulloso del mundo en el que vivimos. Si lo miramos con una perspectiva amplia creo que no nos podemos quejar. Vivimos en un país rico. Gozamos de un régimen democrático y si lo pensamos bien, somos afortunados de vivir cómo vivimos, por mucho que a veces nos guste quejarnos por cosas de las que en otros países ni siquiera disponen. Nos quejamos por vicio.

Eva asiente con la cabeza y espera a que Tomás reprenda su discurso mientras él da un trago y enciende un cigarrillo.

- Pero es cierto que cada día existe un mayor alejamiento de los ciudadanos y del concepto de nación, de sus naciones. Cada día nos preocupamos más de nosotros como individuos. Superado el asentamiento del estado de bienestar y ahora que todos podemos disponer de una vida más o menos cómoda, nos centramos más en nosotros y en nuestro sentimiento como individuos dentro de una sociedad. Vivimos en la era del postmodernismo.

- ¿Postmodernismo? – pregunta Eva.

- Sí. Lo que te decía es un poco un resumen de este movimiento o teoría. La sociedad se centra en el individuo, y tanto sociedad como individuo cambian su propia naturaleza.

Eva asiente expectante antes las palabras de Tomás.

- Por un lado esta la sociedad. Pasamos de un sistema económico capitalista a un sistema consumista. La ideología es sustituida por la imagen, que cobra más importancia que el propio mensaje. Los líderes públicos, sobretodo los políticos, son cada día más cuestionados y quedan desmitificados. Las grandes figuras carismáticas son sustituidas por pequeños ídolos que desaparecen cuando surgen otros más novedosos. Por un lado se da una importancia bestial a la naturaleza y por otro se enlata y se incita al consumismo.

Y después tenemos al individuo, que se encuentra desencantado con el mundo en el que vive. Huye de las utopías y se centra en el presente, huyendo del pasado y del futuro. Sólo quiere vivir el presente sin preocuparse en lo que vendrá después. Hay un culto al cuerpo y a la liberación personal. El individuo rinde culto a la tecnología, uno de los grandes ejes de todos estos cambios por el papel que ejerce sobre la comunicación y las relaciones entre las personas. Paulatinamente, va desapareciendo el valor del esfuerzo como medio para conseguir nuestras metas.

- Creo que has hecho una radiografía bastante acertada sobre nuestro tiempo. Pero ¿tenías este discurso preparado? – pregunta Eva mientras suelta una carcajada.

- No lo tenía preparado. Bueno, miento. Un poco sí. Hice un trabajo sobre este tema en la facultad. Como es un tema que me interesa lo tengo aún muy fresco – responde Tomás con una sonrisa, consciente de lo pedante que puede haber resultado el monólogo.

- Pues sí. Es cierto que los valores están cambiando y que las nuevas tecnologías están jugando un papel muy importante en este cambio. Tanto el móvil como Internet están cambiando nuestra forma de relacionarnos y de ver el mundo.

- Sí, pero la cuestión es mucho más compleja. La sociedad comienza a estructurarse alrededor de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación y dota a los ciudadanos de una herramienta que nos permite formarnos una identidad mucho más individualizada. Un Internet libre nos aleja del pensamiento único, de la manipulación y de la mentira. Todos estos conceptos están muy presentes en la red, por eso Internet es un arma de doble filo. Podemos encontrar lo que queramos, pero hemos de tener antes las herramientas teóricas y prácticas necesarias para saber seleccionar y llegar a lo que estamos buscando.

- Al fin y al cabo – dice Eva – creo que Internet nos hace más libres porque es un espacio en el que todo el mundo se puede encontrar y expresarse.

- Sí, por eso también puede ser peligroso. Mira todos los casos de pornografía infantil encontrados, timos y ataques a determinados portales que se dan cada día en la red. Eso por hablar del aspecto más técnico. Pero después está el de toda la información que puede confundir nuestros pasos a la hora de buscar determinadas cosas, la desinformación.

De todos modos, lo que te quería decir es que sí, Internet nos hace más libres. Además ha sido el engranaje perfecto de este postmodernismo del que te hablaba. Podemos comprar en la otra punta del mundo, crear nuestro blog, comunicarnos con millones de personas, publicar lo que pensamos, debatir, informarnos. Y todo eso va creando nuestra identidad. Una identidad que hoy tiene muchísimos más inputs que la moldeen, infinitamente más que hace quince años.

- Bueno, yo me quedo con lo positivo. Es cierto que ahora con el correo electrónico y los teléfonos móviles estas siempre localizable, y eso puede llegar a estresar algunas veces, pero creo que Internet es uno de los mejores inventos creados jamás.

- A veces tengo la sensación – dice Tomás – que todos los grandes inventos de la historia no han sido más que pequeños elementos necesarios para llegar a esto. Dejando de lado los avances médicos. La rueda, la luz, el teléfono, los procesadores... todos parecen pequeños engranajes para crear Internet. Y a partir de ahora, todos los avances tecnológicos parecen surgir alrededor de la red y de la libertad del intercambio de información que esta nos proporciona. A veces tengo la sensación de que Internet es Dios, el verdadero Dios. Esta en todas partes y todo esta en él.

- Eso, Tomás, me parece un poco exagerado – dice Eva, que esta fumando otro cigarrillo – Internet no lo es todo. Internet no es amor, no es muerte. No hay sentimientos en la red. No puedes decir que es Dios.

- Según como lo mires – responde Tomás rápidamente – en la red puedes encontrar pareja. De hecho cada día existen más redes sociales con este propósito. Puedes encontrar amor. También puedes encontrar muerte. Videos macabros y relatos que hablan de la muerte. Incluso recuerdo el caso de una secta que tenía a sus miembros desperdigados por todo el mundo y que quedaron a través de la red para suicidarse todos el mismo día y a la misma hora. Eso es la muerte.

Eva responde con un gesto de resignación y la última palabra pronunciada por Tomás le recuerda algo. Algo que le lleva rondando desde hace rato por la cabeza y que no se ha atrevido a tocar hasta ahora. Se decide.

- Tomás, supe lo del accidente. No sabes cuanto lo siento – Suelta de golpe Eva.

Tomás responde con un movimiento afirmativo de cabeza sin despegar la mirada de la mesa.

- Se que tuvo que ser muy duro. Supe que a ti no te había pasado nada y preferí no hurgar en la herida. Conociéndote, pensé que no querrías hablar del tema y pensé que sería mejor no decirte nada. A veces creo que me equivoque.

- No te preocupes.

Y Tomás vuelve a recordar la tragedia de hace un par de años. En toda la tarde y toda la noche no había pensado en ello de forma intensa. Era el primer día en los últimos meses en el que no recordaba el coche saliendo disparado de la cuneta. Ahora la imagen vuelve a su cabeza y sus entrañas se revuelven. Recuerda los momentos previos a coger el coche, después de que la verbena de la fiesta mayor del pueblo a la que había ido con sus amigos terminase. Recuerda cómo Julián jugaba con las llaves del desvencijado Ford Fiesta rojo del 98 mientras se tambaleaba y comentaba, quejándose, como una chica le había rechazado minutos antes de que terminase la orquesta de la Plaza Mayor del pueblo. “Me ha dicho que era un borracho”. Recuerda a Felipe diciéndole que no es que fuese borracho. “El problema es que no sabes vocalizar y te habrá tomado por un baboso pervertido”. Tomás recuerda como le pidió a Julián que le dejase conducir a él, que no había bebido tanto como ellos. “¡Voy bien, Tomás!”, decía Julián mientras intentaba caminar en línea recta. “No te preocupes, papá”. Felipe le reía las gracias. Recuerda como subieron al coche. Recuerda como Julián no acertaba a meter la primera. “¡Maldito saco de chatarra!”. Felipe, en el asiento del copiloto, le ayudaba a intentar meter la primera mientras decía: “¡Aprieta el embrague gilipollas!”. Recuerda como, desde el asiento de atrás, Tomás sentía una preocupación más bien fugaz. No era la primera vez que cogían el coche borrachos. Julián consiguió poner el coche en marcha. Salieron del pueblo entre la gente que volvía a sus casas o a recoger sus coches en las estrellas callejuelas. La carretera que llevaba a la ciudad estaba totalmente oscura. Los focos del Ford Fiesta iluminaban tímidamente los árboles del bosque que atravesaba la vía. Tomás recuerda a Noel Gallagher cantando “Wonderwall” en la radio del coche. Julián iba tarareando el estribillo de la canción de Oasis mientras Felipe se estaba quedando dormido con la cabeza apoyada en la ventana. Tomás, en el asiento trasero, se acomodaba con una media sonrisa en los labios. Recuerda un repentino sonido de explosión y cómo la voz de Julián, que cantaba, se transformó en un grito cuando perdió el control del coche, que iba a unos 80 kilómetros por hora. El Ford Fiesta perdió la estabilidad. Estos momentos pasan a slow motion. Recuerda como invadió el carril contrario mientras la parte trasera del vehículo derrapaba. El coche empezó a trazar, a gran velocidad, un giro de 360 grados. Se iban al bosque. Tomás vio acercarse, iluminado fugazmente por los faros del coche, un árbol por la ventanilla de la derecha. El árbol estuvo después detrás, luego a su izquierda, mientras giraban como una peonza sobre las cuatro descontroladas ruedas del coche, y finalmente se detuvo cuando la puerta del conductor se estampó seca y duramente contra el tronco del árbol. Tomás recuerda como despertó, aturdido, unos minutos después. Todo en silencio. Se palpó la cabeza y comprobó que estaba llena de sangre. Una brecha en su frente no dejaba de sangrar, pero Tomás no sentía dolor. Se incorporó de forma instintiva y vio, desde la parte trasera del coche, la cabeza de Felipe asomando por el lado izquierdo del reposacabezas. “¿Felipe? ¿Julián?”, preguntó Tomás con la voz quebrada. Tomás salió del vehículo por la puerta de la derecha, se asomó a la ventanilla del copiloto y entendió rápidamente que sus dos amigos habían muerto. Felipe tenía la cabeza en una posición antinatural, mirando en el sentido contrario a su cuerpo. La cabeza miraba a la izquierda y el tronco apuntaba a la derecha. Más allá, Julián yacía con la cabeza fuera de la ventanilla, aplastada contra el tronco del árbol. El estribillo de “Wonderwall” seguía sonando

en la radio, superponiéndose al silencio inicial que había percibido. *“Because maybe, you’re gonna be the one who saves me...”*. Tomás comenzó a gritar, rodeando el árbol y el coche empotrado entre la oscuridad hasta que un coche se paró y el conductor llamó a una ambulancia.

No ha pasado un día desde entonces en el que Tomás no haya vuelto a escuchar los gritos de Julián. No ha pasado un día en que Tomás no se haya preguntado lo que habría sucedido si él hubiese insistido un poco más para coger el coche.

Más tarde, un perito de la policía determinó que una rueda del vehículo había reventado y eso había provocado que Julián perdiese el control del Ford Fiesta.

- ¿Tomás?

- Estoy bien – responde él alzando la cabeza, como si la voz de Eva le despertase de una pesadilla.

- Sé que erais prácticamente inseparables. ¿Sabes?, yo también quería mucho a Julián y a Felipe.

- Lo sé.

- Tú y yo nos conocimos gracias a Felipe.

Tomás no responde.

- Se que tuvo que ser muy duro para ti. Eran tus mejores amigos, Tomás. Pero la vida sigue y veo que lo has sabido llevar muy bien.

Otro silencio por respuesta.

- Tomás, siento haberte hablado de esto, pero me siento mal por no haberte dicho nada cuando todo sucedió.

- No te preocupes – Tomás rompe su mutismo – No pasa nada. Pero ahora preferiría no hablar de ello.

El camarero se acerca a la mesa. Les dice que tienen que cerrar. Tomás y Eva miran a su alrededor y se dan cuenta de que son los únicos que quedan en el café. Terminan de un sorbo lo poco que queda en sus vasos. Se levantan y se acercan a la barra a pagar.

Tomás saca la cartera pero Eva le dedica una mirada amenazadora que hace atrás a Tomás.

- Esto lo pago yo – dice ella tajantemente.

- Como quieras.

Mientras Eva paga Tomás sale a la calle. Una brisa fresca le acaricia y el bello de sus brazos se eriza. Tomás respira profundamente y nota una ligera embriaguez que aliña con la última calada del cigarrillo que tiene entre los dedos.

Eva sale del Café París metiendo la cartera en el bolso.

- ¡Qué fresquito!
- Sí. Ahora es cuando mejor se está en la calle.
- ¿Qué quieres que hagamos ahora?
- No lo sé, como quieras. Tú eres la que acaba de volver a la ciudad.
- ¿Vamos a mover el esqueleto?
- ¿Quieres ir a bailar?
- Sí, ¿por qué no?

Tomás suspira y piensa que no es lo que más le apetece ahora.

- Ya sabes que no soy mucho de bailar – dice. Aunque lo que realmente piensa es que no le apetece ir a ninguna de los locales musicales que hay en la zona. Ya los pisa bastante el resto del año cuando los fines de semana. No tiene ganas de encontrarse a nadie conocido.
- Tomas – dice Eva quejándose – no has cambiado nada. Sigues siendo chico de barra, ¿verdad?
- Pues sí. Y apoyados en la barra no podríamos hablar. La música esta demasiado alta – dice Tomás con un tono práctico.
- Está bien. No vamos a bailar. ¿Tienes sueño? ¿Estás cansado?
- Para nada. Estoy a tope.
- De acuerdo. Divirtámonos. Yo ya estoy un poco tocada con tanto vino y tanto mojito, pero creo que aún podemos beber un poco más.
- Cómo quieras, pero a estas horas está todo cerrado.
- Espera un momento.

Eva se vuelve hacia la puerta del bar, que tiene la reja medio bajada. Se agacha y vuelve a entrar en el Café París. Tomás queda a la espera temiéndose lo que va a hacer Eva. Mientras espera en medio de la calle, desierta y silenciosa, piensa que se acerca el momento en el que se van a precipitar los acontecimientos. Ve a Eva muy juguetona y no sabe si él esta por seguirle el juego. Y aunque antes, delante del espejo, se ha prometido ser fuerte, siente que sus fuerzas empiezan a flaquear. Es más vulnerable y el alcohol que corre por su sangre no le ayuda a ser firme en sus decisiones. Un pequeño peso se descubre en el estómago de Tomás. Se siente vulnerable.

Eva sale del café con una botella debajo del brazo dándole las gracias al camarero, del que Tomás sólo llega a ver sus pies al otro lado de la reja medio bajada. O medio abierta, piensa Tomás.

- ¡Lambrusco! – dice Eva enseñándole la botella a Tomás.
- Perfecto – responde él con una mueca de alegría en su cara.

La botella fría de lambrusco en la mano de Eva le produce una sensación de frescor en todo el cuerpo que entra en contraste con el bochorno de la noche. La sensación actúa como un alivio.

Eva y Tomás caminan dejando atrás el Café París en silencio, mirando el suelo, contemplando sus sombras que mutan sin cesar a medida que van pasando bajo el haz de luz de las farolas que van dejando atrás. Sombras que revolotean a su alrededor, que juegan a acercarse y a alejarse y que tan pronto se tocan como se separan para volver al punto inicial de la mutación.

- Entonces, Tomás, ¿qué me propones? – Eva rompe el silencio.
- Se me ha ocurrido algo. No abras aún la botella.
- ¿Qué?
- Sorpresa.
- Una sorpresa... - dice ella con tono enigmático - ¡Me encantan las sorpresas!

Tomás guía a Eva callejeando en dirección al casco viejo de la ciudad. Las oscuras calles empedradas y el silencio de la noche presiden la escena. Eva siente su cabeza en una nube. La siente pesada y ligera a la vez y se pregunta si es el momento oportuno para dar un paso adelante. Su corazón se lo pide a gritos pero aun le queda un mínimo de raciocinio para entender que no es el momento para jugar con Tomás. Quizás deba dejar pasar un poco más de tiempo.

- Siento mucho haber cotilleado en tus cajones. No era mi intención que te enfadases.
- No te preocupes Eva, olvídale – asegura Tomás con tono comprensivo y cariñoso.
- Lo siento mucho, de verdad. No debería haberlo hecho.
- No estoy enfadado ni te guardo rencor – y mientras le dice esto Tomás le acaricia el brazo a Eva. Ella le devuelve el gesto con una mirada de admiración y siente un temblor que le recorre la tripa.

El mutismo se vuelve a apoderar de la situación. Tomás también siente que el alcohol le está haciendo efecto pero piensa que nunca, por mucho que beba, será capaz de perder el control de la situación. Nunca, incluso habiendo llegado al punto de vomitar, piensa Tomás, ha perdido la consciencia de lo que estaba haciendo. Siempre ha mantenido el punto de cordura que se presupone perdido en la gente que ha bebido demasiado.

De la ventana de una casa una luz intermitente se proyecta en el exterior y acompaña la voz de una chica gritando auxilio sobre una música de terror. La música se vuelve más violenta a medida que la chica aumenta sus alaridos y el parpadeo de la luz que sale de la ventana es cada vez más veloz y claro. El parpadeo es cada vez más intenso. De repente, silencio.

- Ya la han matado – le dice Tomás a Eva con una sonrisa en la boca.
- Te siguen encantando las películas de terror, ¿verdad?
- Sí, siempre me han gustado.
- Y eso que eres un medica.

Tomás mira a Eva arqueando las cejas de forma exagerada y dibujando una media sonrisa en su

rostro.

- Por favor, no empieces... - suplica él con tono de guasa.
- Va Tomás, siempre lo has sido y siempre lo serás – responde ella divertida.
- Pero si a ti te dan miedo las películas de terror.
- No me dan miedo, es que no me gustan los sustos.
- Matas un perro y te llaman mataperros. Sólo porqué me dan miedo las serpientes no me puedes acusar de miedica. No le tengo miedo a nada más.
- Sí, ya lo sé, eres como Indiana Jones.
- Hablando de Indiana Jones... ¿preparada para la aventura?
- A ver, ¿que me tienes preparado?

Tomás se mete una mano en el bolsillo y saca unas llaves. Alza un brazo, pulsa el botón más grande de la llave más y un destello de intermitentes, acompañado por un bip bip, anuncia que un coche ha sido abierto.

- ¿Vamos a dar una vuelta?
- ¿Y este coche? – pregunta Eva al llegar a la altura de un Mini Cooper gris metalizado.
- Me lo compré hace un año. El coche que tenía antes ya no aguantaba más. Ya te he contado que nos dejó tirados en el viaje que hicimos por el norte. Vamos, sube.

Eva obedece y entra en el coche. Tomás mete la llave en el contacto, la gira noventa grados y el motor se enciende. Enciende las luces, gira el volante totalmente a la derecha, aprieta el embrague y mete la marcha atrás mientras mira a Eva.

- Ponte el cinturón – dice Tomás mientras empieza la maniobra de salida.
- ¿A dónde vamos?
- Aún no ha terminado la sorpresa.

Tomás conduce sigilosamente mientras pone rumbo a las afueras de la ciudad.

- ¿Estás seguro de estar en condiciones de conducir? ¿No has bebido demasiado? – doble pregunta de Eva.
- ¿Ahora te vas a poner paternalista?
- Me fío de ti Tomás, pero como te pille la policía se te puede caer el pelo.
- En esta vida hay que arriesgar. ¿No querías un poco de emoción?
- Tú sabrás – dice ella resignada – Si nos para la policía yo no te conozco.

Tomás sonríe mientras manipula el control del climatizador. El coche recorre las calles desiertas de la ciudad y Tomás acelera intentando pasar los semáforos en verde.

Eva siente el frío que sale de los conductos de aire del coche.

- Tomás, ¿no podemos abrir las ventanas? No me gusta para nada el aire acondicionado – pregunta Eva con cara de niña buena e inocente.
- Climatizador – corrige Tomás mientras lo apaga y baja las ventanillas – ¿Mejor así?
- Mucho mejor.

El vehículo se aleja de la ciudad en sentido sur y atraviesa ahora uno de los múltiples polígonos industriales que se amontonan en el extrarradio. Eva se inclina sobre la ventanilla y saca la cabeza fuera. El aire hace que su melena se convierta en un amasijo de llamaradas rubias incontroladas, encendidas fugazmente por los destellos de las farolas que Tomás va dejando atrás al volante del Mini. Eva cierra los ojos y siente como el aire le acaricia la cara. La sensación de velocidad, combinada con el estado de embriaguez, convierte su cabeza en un vaivén de pensamientos inconexos que se pisan unos a otros. Siente un leve mareo que, sin embargo, le hace sentir una inmensa felicidad y bienestar.

Tomás la contempla de reojo y, girando levemente la cabeza, baja su mirada hasta sus piernas, que se han quedado prácticamente descubiertas del todo por la postura en la que se encuentra Eva. La falda se le ha subido hasta la mitad de los muslos y Tomás observa la tez morena y tersa de una piel de cuyo tacto tiene el recuerdo muy vivo. Cree estar sintiéndolo.

- Eva – dice Tomás alzando la voz para que ella pueda escucharlo – En la guantera hay un iPod conectado con la radio. Pon un poco de música.
- ¿Qué quieres que ponga? – pregunta ella reincorporándose totalmente dentro del coche.
- No lo sé. Si quieres ponlo en aleatorio.

“Somewhere only we know” de Keane empieza a sonar como una melodía que acompaña los flashes de luz que la carretera va dejando como estela. Es la banda sonora de la noche, piensa Tomás. Es la guinda del pastel.

- Con este coche tienes que ligar un montón.
- No te creas, prefiero recurrir a la estrategia de siempre. La de mis encantos personales.

Eva suelta una sonora carcajada.

- Pero si siempre has sido muy tímido y muy calladito – apunta Eva jocosamente y entre risas.

- Es cierto, pero el encanto personal es indiscutible – Tomás también se ríe al decir esto.
- Eso no te lo negaré. Pero realmente me pregunto como lo haces para ligar. Eres un tío muy atractivo y está claro, después de lo que he encontrado, que no te diviertes solo. Pero no te imagino entrándole a una chica, Tomás.
- A ti te entré yo.
- Tomás, por favor... Me invitaste a salir como diez veces y no te atreviste a dar nunca un paso en firme. Si al final no te llego a entrar yo tú nunca te habrías atrevido.
- Eso habría que verlo. Tenía una estrategia muy bien definida.
- ¿Ah sí? ¿Y se puede saber cual era?
- Muy fácil, esperar a que tú te lanzaras.

Tomás y Eva se ríen a gusto mientras él mantiene atenta su mirada en la carretera.

- ¿Y eso es lo que haces con el resto de chicas?
- Más o menos.
- ¿De verdad?
- Te lo aseguro. No sé cómo lo hago pero siempre son ellas las que me entran. Yo me limito a dejarme llevar, si me gustan, y a seguirles el juego.
- Pues qué suerte tienes.
- No me quejo.
- Ahora que lo dices, siempre has tenido un aspecto de chico serio con misterio que a las chicas las vuelve locas.
- Será eso – dice él sin poder evitar reír.
- Ya te imagino. Sales con los amigos. Llegas a un bar, te apoyas en la barra, te fumas un cigarro y pones la cara de chico malo.
- Me comporto como soy, simplemente no finjo ni me pongo a perseguir muchachas como un poseso. Si alguien quiere algo ya se acercará.
- Vaya morro tienes.
- Te aseguro que es así.
- Te creo – dice Eva – El caso es que estas muy guapo, se te va más maduro.
- ¿Y eso os gusta?
- No estoy diciendo que se te vea viejo, Tomás. Pero los chicos, cuando normalmente llegan a la edad que tenemos, adquirís un punto de madurez física que es el secreto de vuestro éxito. Dime una cosa. ¿A que atraes por igual a las de treinta y tantos como a las de veinte años?
- Es posible – Dice Tomás a la vez que se felicita a sí mismo en sus adentros por haber usado precisamente esta expresión para responder y no por haber soltado un simple “sí”. Hubiese sonado demasiado arrogante, piensa.
- Eso es porqué con tu edad tienes un punto de madurez en unas facciones de niño que representan el anhelo de la juventud en las de treinta y tantos y el deseo del chico maduro en las más jovencitas. Es decir, no eres ni demasiado mayor para las chiquillas ni demasiado joven para las más mayores.
- Buena teoría...me gusta. ¿A ti te sucede lo mismo?
- Yo te conozco perfectamente Tomás. Cuando te miro veo a Tomás, no al corrompedor de jovencitas y maduritas.

Tomás vuelve a reírse airadamente y se siente alagado por lo que le dice Eva mientras el coche serpentea por una carretera estrecha de curvas que se interna en un paisaje que sólo queda iluminado por los faros del coche. Eva puede ver el borroso dibujo de árboles pasar al otro lado de la ventanilla. De repente, por los altavoces del Mini empieza a sonar el “Wonderwall” de

Oasis. A tomás se le eriza todo el bello del cuerpo.

- Eva, ¿puedes cambiar de canción por favor?
- ¿Porqué? Esta me gusta mucho.
- Por favor, cambia la canción – espeta Tomás secamente.

Eva toca el iPod y ahora suena “Imaginary friends” de Nada Surf. El reloj digital del coche marca las tres menos diez de la madrugada y Tomás mantiene fija la mirada en la línea continua de la carretera que va iluminándose a medida que el coche avanza. Mientras, un pensamiento le pasa como un relámpago por su cabeza. En milésimas de segundo la imagen del accidente sufrido hace dos años vuelve a pasar por su mente. Tan rápido como aparece, se va. Pero Tomás piensa que, una vez más, y hacía mucho que no actuaba así, ha vuelto a coger el coche bebido. Un escalofrío recorre su cuerpo de arriba abajo.

El Mini toma ahora un desvío que se interna en un pueblecito débilmente iluminado por las farolas que cuelgan en las fachadas blancas de las casitas. Eva se pregunta dónde estarán y un intenso olor a mar le penetra en la nariz. Saca la cabeza por la ventana, inhala profundamente y vuelve a refugiarse dentro del coche.

- No sabes cuanto he echado de menos éste olor a mar. ¿Dónde estamos?
- Ya hemos llegado.

El coche deja atrás las casitas del pueblo y se interna en una carretera recta cuyo oscuro horizonte no permite que Eva sepa dónde se dirigen. Aunque se lo imagina.

Unos metros más adelante la oscuridad de la noche se hace más presente y Eva advierte una lucecitas en el horizonte que parecen flotar en el cielo más lejano de la noche, arras de suelo.

- Son barcos – aclara Tomás.

El coche se acerca al arcén y Tomás para el motor. Saca las llaves y dirigiéndose a Eva dice:

- En el maletero tengo toallas. Voy a por ellas, tú coge el vino.
- Así que ésta es la sorpresa...me traes a la playa a estas horas. ¿No querrás aprovecharte de una joven indefensa?

Tomás sonríe mientras baja del coche. Abre el maletero y saca dos toallas de una bolsa. Cierra el portón trasero y adivina la silueta de Eva, agarrada a su bolso, que ya está llegando a la arena, unos metros por delante del coche.

Cuando Tomás alcanza a Eva sus ojos aún no se han adaptado del todo a la oscuridad. Sin decir nada, los dos caminan un poco a tientas hacia la orilla. Cuando ya están los suficientemente cerca del mar Tomás le da una de las dos toallas a Eva y las extienden sobre la fría arena. Se quitan los zapatos y se sientan sobre las toallas.

- No me dirás que no se está bien aquí – dice Tomás.
- Me encanta. La brisa marina se agradece con este bochorno. Y este frescor en los pies... - comenta ella aliviada mientras entierra sus pies en la arena.
- Ahora es un buen momento para abrir la botella, ¿no?
- El mejor momento.

No sin dificultades, Eva consigue descorchar la botella, que todavía mantiene el frescor necesario para poder disfrutar de ella entre sus manos.

- ¿Tenemos vasos?
- No. Podemos beber a morro, yo no tengo manías.
- Yo tampoco, y menos contigo – dice Eva mientras se lleva la botella a la boca. La inclina demasiado y un poco de vino se escurre por sus mejillas hasta ir a parar al cuello. Después se la pasa a Tomás.

Tomás da un largo trago que le refresca de inmediato y después le devuelve la botella a su compañera. Saca la cajetilla de cigarrillos de su bolsillo y le ofrece uno a Eva. Ella coge uno.

- Gracias.

Tomás le da fuego y acto seguido se enciende uno para él. Inhala profundamente con la mirada clavada en las luces de los barcos que parecen flotar en el horizonte. La sensación de embriaguez y el suave ruido del vaivén de la olas producen un inmenso estado de bienestar en el interior de Tomás.

- Me alegro mucho de estar aquí contigo – dice Tomás.

Eva permanece en silencio unos segundos mientras siente el frescor de la botella en su mano y saborea una calada del cigarrillo. Piensa que Tomás está ahora más relajado y se sorprende al recibir una muestra de sinceridad emocional que hasta ahora sólo había podido intuir en sus ojos, pero no en sus palabras. Ladea la cabeza y mira a Tomás a los ojos. Ya están perfectamente adaptados a la oscuridad, como dos gatos dentro de una caja cerrada.

- Yo también Tomás. Esta velada está siendo un auténtico placer. Tu compañía es siempre todo un gustazo.

- La verdad es que no me sentía tan bien con alguien como contigo en estos momentos desde hace mucho tiempo.

Y en el momento en que Tomás termina de pronunciar esta frase se arrepiente por unas milésimas de segundo por estar dejándose llevar. Pero este pensamiento se desvanece rápidamente y la necesidad de dejarse ir y decir lo que realmente piensa, aunque no sea plenamente consciente de ello, apaga cualquier atisbo de remordimiento. Ahora él vuelve a tener la botella en su mano y alterna dos tragos con una calada al cigarrillo.

- Tengo la sensación de que no te sueltas del todo. Como siempre, eres demasiado racional.

- Puede ser.

- No es nada malo, pero quizás de vez en cuando deberías dejarte ir y disfrutar. La vida son dos días, Tomás.

- Tienes razón. Parece que fue ayer cuando cumplimos quince años. El tiempo pasa tan deprisa que a veces las semanas parecen esfumarse sin darme cuenta. Nos hacemos mayores.

- Aún somos muy jóvenes.

- Cada día menos.

- ¡No seas apocalíptico! Estamos en el mejor momento de nuestra vida. El momento en el que podemos decidir por nuestra cuenta y hacer lo que queramos sin tener que dar explicaciones a nadie. Ya lo hemos hablado.

- Eso es verdad.

- Disfrutemos Tomás. Dejémonos llevar. Ya tendremos mucho tiempo en el futuro para calcular con más detenimiento nuestras decisiones.

Tomás apaga el cigarrillo en la arena y le devuelve la botella a Eva. Se tumba sobre la toalla e inmediatamente siente como la cabeza le da vueltas al clavar su mirada en el manto de estrellas que parece desvanecerse sobre sus cabezas. Tomás piensa que nunca ha sido capaz de diferenciar a la Osa Mayor de la Osa Menor. De hecho, piensa, ni siquiera es capaz de identificar ninguna estrella en el firmamento.

- ¿Te das cuenta de lo pequeños e insignificantes que somos? – pregunta Tomás con aire melancólico sin dejar de mirar al cielo.

Eva da un último trago antes de imitar la posición de Tomás. Se acomoda, pasa sus brazos detrás de la cabeza y responde.

- Depende de la perspectiva con qué lo mires.

- Me refiero a que no somos nada si nos comparamos con lo que puede haber allí fuera. Ya somos insignificante en éste planeta. Imagínate si nos medimos con la inmensidad del universo. Ni siquiera somos capaces de entender e imaginar todo lo que nos rodea más allá de nuestro planeta. No somos nada.

- No lo sé. Sólo sé que somos lo suficientemente importantes como para luchar por muchas cosas.

- ¿Por ejemplo?

- Pues por todo lo que nos rodea y nos importa, por la gente que nos quiere, por nosotros mismos. Por nuestros objetivos y por nuestra felicidad.

- Sí, eso está claro. Pero cuando todos nosotros desaparezcamos el universo seguirá su curso. Nadie nos echará de menos. Mira allí arriba – dice Tomás señalando el cielo – No sabemos que hay. La ciencia cada día descubre planetas, constelaciones, sistemas diversos al nuestro. Pero eso no cambia nada. No sabemos si hay vida en otros planetas. No sabemos cuales son los límites del universo. No sabemos nada. La verdad está ahí fuera – Sentencia Tomás con voz de misterio.

- ¿Qué?

- Nada, olvídalo – responde decepcionado.

- ¿Todo este tema realmente condiciona tu día a día, Tomás? – pregunta Eva con los ojos bien abiertos y fingiend un tono de asunto de suma importancia.

Tomás mira ahora a Eva. Permanecen en silencio dos segundos mirándose con seriedad a los ojos, hasta que los dos explotan en sonoras carcajadas que hace que se revuelvan sobre las toallas.

- ¡Qué trascendente te pones cuando bebes! – exclama sin dejar de reír.

Tomás responde con unas carcajadas cada vez más sonoras. La tripa comienza a dolerle de tanto retorcerse.

- Eres una insensible, Eva. No se puede hablar de nada serio contigo.

Los dos van calmando sus risas hasta que, extasiados, se quedan tumbados sobre sus toallas intentando recobrar la respiración. Cuando han recuperado el aliento vuelven a explotar de nuevo en una sucesión de risas y silencios que se alterna durante un par de veces más. Tomás siente que va a partirse por la mitad de tanto reírse mientras Eva no hace nada por intentar poner un punto de cordura a la situación, que se ha convertido en la típica risa contagiosa y estúpida que nadie puede parar.

Y así tenemos a Tomás y Eva. Riéndose como dos niños que van al circo en medio de una playa desierta. En la cálida oscuridad de una noche de verano y bajo la tenue luz del cielo estrellado. Eva y Tomás. Embriagados por algo más que el alcohol y disfrutando la noche de su reencuentro como si no fueran a verse nunca más. Apartados de todo y de todos. Sólo ellos dos. Como si el tiempo se hubiese detenido. Como si el sol no fuese a salir nunca más.

Tomás y Eva recobran el aliento y permanecen tumbados en la toalla. Él con los ojos cerrados y con la mente en blanco y ella intentando adivinar, como en tantas otras ocasiones, lo que pasa por la cabeza de Tomás.

- Sabes, Tomas, no es malo que te acuestes con algunas chicas.

Tomás gira la cabeza en la dirección de Eva y la mira con los ojos abiertos, como preguntándole a que viene eso ahora.

- Quiero decir que es normal. Eres joven y no debes avergonzarte de disfrutar del sexo con total libertad.

- No es sólo sexo – apunta Tomás. No hay recriminación en sus palabras.

- ¿Quieres decir que quieres a todas las chicas con las que te acuestas?

- No, yo no diría que las quiero. No estoy enamorado de ellas, ni mucho menos – puntualiza él – Pero es cierto que todas las chicas con las que estoy...es decir, con las que haya estado o pueda estar, tienen algo que me atrae, que me gusta.

- Eso ya me lo imagino.

- Me refiero a que cada una de ellas dejan algo en mi que valoro. Ninguna es la mujer de mi vida. No es eso lo que busco, pero sí dejan en mi algo de huella.

Eva se detiene un momento a reflexionar en lo que dice Tomás. Siente cómo a medida que intenta concentrarse sus pensamientos se vuelven más psicodélicos. La bebida no la permite tomarse la conversación con toda la seriedad que le gustaría. Tomás la devuelve a la realidad.

- ¿Entiendes lo que quiero decir?

- Claro que sí. Siempre tiene que haber un mínimo de atracción. Tú eres un chico inteligente. Me imagino que no te acuestas con la primera que pasa.

- Pues eso. No te engañaré, el físico importa mucho en este tipo de relaciones, pero siempre tiene que haber algo más a parte de un cuerpo y una cara bonita.

- Haces bien, Tomás. Creo que cuando eres más joven eres también más ingenuo. Los primeros amores de juventud acaban siempre siendo una utopía. Recuerdo un día muy parecido a este. Estaba en una playa cercana a Génova. Había ido a pasar un fin de semana con Giuliano. Estábamos los dos en la playa, de noche, como ahora estamos tú y yo. Recuerdo perfectamente como Giuliano me dijo que me amaría siempre y que nunca me abandonaría. Yo le creí. Qué ingenua... Tan pronto se fue a Inglaterra se lió con la primera inglesa que encontró.

- Supongo que esas cosas siempre se dicen.

- Sí, pero llega un momento en que ya no las crees. Porqué sabes que las cosas no duran para siempre. ¡Hay que ser realistas! ¿Cómo puedes decir con veintitrés años que amarás a una persona para toda la vida?

- Hay cosas que se dicen sin pensar fríamente las vueltas que puede dar la vida.

- Lo sé. Supongo que siempre puedes guardar estima y afecto por una persona. Pero de eso al amor eterno, como se dice, hay una gran diferencia.

- Así es.

- Por lo tanto, Tomás, haces muy bien en aprovechar la juventud para pasártelo bien y aprovechar todas las oportunidades que tienes. Ya nos llegará el momento de tener que sentar la cabeza.

- Exacto – Tomás sigue parco en palabras.

- De todos modos – insiste ella en el tema – ¿Crees que se puede ser fiel a una persona toda la vida?
- Hay gente que no es capaz de ser fiel ni siquiera unos meses. Supongo que depende mucho de la persona, de su fuerza de voluntad.
- Yo no creo que sea una cuestión de fuerza de voluntad. Desde el momento en que tienes y sientes el deseo, ¿qué sentido tiene reprimirte?
- Tiene el sentido de no herir a la otra persona. Aunque supongo que hay gente que lo lleva muy bien, no tiene remordimientos y es capaz de quedarse calladito sin decir nada.
- ¿Y crees que estas personas hacen mal?
- Yo creo que haces mal cuando no vives tranquilo con lo que has hecho. Si ser infiel una y otra vez, o una sola vez, no te comportan ningún peso, ninguna carga, supongo que no puedes recriminarte nada. Es una cuestión de valores de la sociedad. Tú lo decías antes. – ahora Tomás se suelta – Ser infiel está mal visto. Relación y sexo, o sexo y amor, van muy unidos en los valores de nuestra sociedad. En el momento en que el sexo se disocia del amor, el peso de la inmoralidad recae sobre ti.
- Estoy de acuerdo contigo.
- Otra cosa es que ya no quieras a tu pareja y que la engañes reiteradamente sin sentir nada por ella. Entonces tu vida se convierte en una mentira. Yo nunca he sido infiel a nadie y no creo que pudiese serlo.
- Pero te acuestas con diversas chicas.
- Pero no mantengo ningún tipo de relación sentimental con ninguna de ellas.
- Ya...eres complicado. No sé si actúas en consecuencia con lo que dices.

Tomás arquea las cejas.

Yo creo que amor y deseo sexual son conceptos totalmente diferentes que deberían también ser vistos por la sociedad como valores diferenciados – apunta Eva.

- Eso me parece difícil.
- Lo es. Quizás el tiempo lo consiga. Quizás un día estará felizmente casado con tu mujer o con tu marido y te iras a echar un polvo con una amiga cómo quien se va a tomar una cerveza.
- Pero en ese caso, hay una relación de afectividad.
- También la hay con la amiga o el amigo con el que vas a tomar una cerveza. Y eso no significa que estés enamorado de él.
- Es un modo de ver las cosas.

Vuelven a permanecer callados. La brisa acaricia sus cuerpos y Tomás inhala profundamente una bocanada de aire que expulsa con suavidad mientras su vientre se va deshinchando. Eva, con su brazo derecho extendido, hace círculos en la arena con el dedo índice mientras mantiene la mirada perdida en el cielo estrellado. Ni una sola nube. La luna creciente dibuja con su reflejo una línea sesgada sobre el mar que se proyecta desde el horizonte hasta la orilla.

El silencio se ve interrumpido por el sonido metálico de un doble bip. Tomás se incorpora lentamente y mete la mano izquierda en su bolsillo, de dónde saca el teléfono móvil. “Mensaje recibido”, se puede leer en la pantalla. Tomás abre el mensaje. “Dnd stas. Nos vemos? Julia”. Se mete el teléfono en el bolsillo del pantalón y coge la botella de Lambrusco.

Ver a Tomás con el móvil hace pensar en algo a Eva, que busca su teléfono en la bolsa. Cuando lo encuentra escribe un mensaje de texto y después pregunta:

- ¿Quién era?

- Nadie – responde Tomás después de dar un trago – Eva, me perdonarás pero tengo que ir a hacer pis.

- De acuerdo. No me muevo de aquí.

Tomás se aleja de las toallas en dirección opuesta al mar. Pasa de largo el coche, se para y mea la mitad de todo lo que ha bebido durante la noche en el arcén. Más aliviado, Tomás retoma el camino hacia la playa. Siente un ligero petardeo en la tripa que denota una sensación de nervios que no padecía desde hace tiempo. Tampoco hace tanto tiempo, piensa Tomás, esta misma tarde ha sentido también nervios, aunque eran de otro tipo.

Se siente desinhibido pero no sabe como puede terminar la noche. De hecho, no sabe como le gustaría que terminase. Mientras camina, saca el móvil del bolsillo, abre la tapa y lo apaga.

Al ir acercándose a las toallas, el corazón de Tomás da un brinco y las piernas comienzan a temblarle. Un poco más. El petardeo de la tripa se ha convertido en una hoguera y siente como la cabeza comienza a arderle. La Eva que dejó en la toalla estaba vestida y la que se encuentra después de hacer pis tan sólo lleva las bragas puestas. Sentada sobre la toalla y abrazándose las piernas con los brazos, Eva contempla, con una sonrisa en los labios, a Tomás, que se ha detenido a un par de metros de su posición.

- ¡Vamos Tomás! ¿No has visto nunca una chica desnuda?

Tomás no responde y traga saliva con los ojos abiertos mientras mira fijamente a Eva. Tomás no responde en ninguno de los sentidos: ni habla, ni se mueve. Ni siquiera piensa, aunque la boca se le está abriendo tan lentamente que el movimiento resulta imperceptible. Parece una estatua de ceniza que espera un soplo de brisa para desintegrarse y desaparecer. Tomás contempla los pechos de Eva, de perfil y escondidos entre la oscuridad de la noche y los brazos de Eva. Y de repente recuerda el sabor de esos pechos calientes y su suave tacto. Esos pechos, piensa Tomás en lo más profundo de su cabeza, como un grito que se ahoga, que apenas podía coger con las dos manos. Pesados y firmes.

- Cierra la boca y ven aquí. No te voy a comer. Sólo he pensado que podíamos darnos un baño para refrescarnos un poco.

Las palabras de Eva actúan como un bofetón en Tomás, que de repente despierta y retoma consciencia del entorno y la situación. Estás en la playa, hace calor y has bebido. Es normal darse un baño. Se dice Tomás. Refrescarnos. Sí, mejor Tomás

- Pues claro – dice ahora Tomás, que ha vuelto al mundo de los vivos – para eso hemos venido aquí, ¿no?

Eva sonríe incrédula ante la reacción de Tomás. Hace leves gestos negativos con la cabeza mientras dirige la mirada a la toalla, entre sus piernas, sigue sonriendo y piensa que este chico nunca cambiará. Tan paradito como siempre, aunque nadie lo diría a tenor de la caja de condones que ha encontrado en su casa y de la conversación que han tenido hace unos minutos, piensa Eva.

Tomás, invadido por un súbito ataque de demostración de valor, coraje y determinación, se abalanza sobre la toalla, tropieza y cae de espalda. Eva hace ver que no se ha dado cuenta mientras intenta reprimir las carcajadas. Él intenta quitarse los pantalones sin desabrocharse antes los botones. Entonces se quita la camisa y después vuelve a por los pantalones, esta vez con más éxito, pues primero desabrocha los botones. Tomás deja la ropa tirada de cualquier modo sobre la toalla y se pone de pié.

- ¿Vamos?

- ¿Y los calzoncillos? – pregunta Eva.

Mierda, piensa Tomás.

- ¿Y las bragas?

Entonces Eva, mirando fijamente a los ojos de Tomás, apoya su espalda sobre la toalla. Alza las caderas y, sin dejar de mirarlo, se quita lentamente las bragas moviendo de un lado a otro su cuerpo.

A Tomás una bomba atómica lo arrasa por dentro e instintivamente se lleva las manos a la goma de los calzoncillos. Alza una pierna mientras empieza a quitarse la única prenda de ropa que lleva puesta. Pierde el equilibrio y vuelve a caerse, ésta vez sobre la arena. Mierda, pareces un gilipollas. Tomás aprovecha la situación para acabar de quitarse los calzoncillos ahora que esta tumbado y así evita posibles nuevos incidentes. Al recuperar la verticalidad advierte que Eva ya se encuentra en la orilla. Otra vez ha vuelto a adelantarse, como la tarde pasada, piensa Tomás, que sin pensarlo dos veces comienza a correr hacia el agua. Adelanta a Eva, da cinco grandes zancadas al entrar en contacto con el agua y acaba zambulléndose de cabeza en el mar violeta de la noche.

Tomás, después de unos segundos de buceo, saca la cabeza del agua y contempla a Eva adentrándose en el mar. Poco a poco, su silueta lejana va hundiéndose un poco más en el agua a medida que sus pasos, lentos y pausados avanzan hacia la posición de Tomás. Éste, suavemente, y sintiendo que el mar comienza a arder, se adentra más remando con los brazos pero sin perder de vista a Eva. Los pies ya le quedan a muchos centímetros del suelo.

De repente, Eva se sumerge y comienza a bucear dando fuertes brazadas. Los rayos de la luna creciente, que brilla intensamente sobre el mar, penetran en el mar y permiten a Eva adivinar la posición de Tomás, que se ha quedado quieto al perderla de vista. Aumenta la intensidad de su braceo mientras el aire empieza a faltarle en el cerebro. Cuando Eva vuelve a la superficie toma una intensa bocanada que le llena los pulmones de aire y le aclara la mente. Lentamente, y mirando fijamente a los ojos de Tomás, iluminados por el reflejo de la luz de luna, se acerca a la posición de la persona a la que hace años tanto amó. ¿Es amor lo que siente ahora? ¿Es deseo? Eva no sabe responder a esas preguntas que le cruzan fugazmente el cerebro. Sólo siente un inmenso calor en el bajo vientre que la guía hacia la persona que se encuentra a escasos metros, moviendo los brazos para no hundirse.

Tomás cede a los cantos de sirena que le obnubilan. Algo incontrolable le atrae hacia un destino inevitable. Contempla en una fracción de segundo la costa y ve una lucecitas entre la oscuridad. Civilización, piensa Tomás, que a estas alturas se siente totalmente abandonado al deseo. Tierra, esa tierra que le mantiene con los pies pegados al suelo. Tierra firme que ahora está tan lejos. Esas luces que son casas dónde habrá gente durmiendo, reposando. Y él con los pies flotando. Y con la mente flotando. No podría escapar, si quisiera escapar.

Cuando Eva se encuentra a un metro de Tomás, las dos figuras actúan como un metal y un imán. Dos materiales que se atraen inevitablemente y que por mucho que lo intenten, no pueden evitar la fuerza que sus propiedades les tiene preparada. Eva y Tomás se funden en un abrazo brutal del que se desprende todo lo que han evitado las últimas horas y los últimos años. Al juntar sus labios, sienten como se hunden bajo el agua como dos sacos de arena. Lejos de soltarse, Tomás y Eva aprietan aún más sus cuerpos desnudos, uno contra el otro, mientras el poco aire que consiguen retener se escapa de sus bocas. A los pocos segundos se separan y vuelven a la superficie.

- Volvamos a la orilla – susurra Eva mientras muerde tiernamente la oreja de Tomás.

Eva se adelanta y Tomás la sigue nadando. Su mente está vacía. Nada más, excepto Eva, ocupa ahora sus pensamientos. Y mientras Eva nada Tomás la observa y sigue los movimientos de la sirena que le guía hacia la arena. Cuando Eva se pone erguida el agua le llega por las rodillas y Tomás observa esa silueta perfecta que mueve sus caderas al ritmo de una música imaginaria que él escucha en su cabeza.

Al llegar a la orilla Eva se gira y espera a Tomás, que al llegar a su posición la abraza y la besa. Y siente el sabor de la sal en la lengua caliente de Eva. Los largos cabellos de ella que se pegan a las mejillas Tomás, como una medusa atrapando a su presa. Y nota como ella le abraza fuerte por las caderas y se va inclinando poco a poco, tirando de él hasta que Tomás se encuentra de rodillas entre las piernas de Eva, que le mira fijamente a los ojos desde la arena. En los ojos de ella Tomás ve también los ojos de Sofía y de Lucía y de María y de Ana y de Laura y de Inés.

Pero mientras todos esos ojos que ahora parecen sólo dos se van desvaneciendo, descubre que el verde y el marrón de los ojos de Eva son una miel irresistible, que le llaman, que le atraen sin que él pueda hacer nada para impedirlo. Y mientras Tomás se recosta sobre Eva, una suave ola les baña hasta los muslos y ella emite una especie de gemido y se encoje y se retuerce y Tomás pierde por completo la razón.

Han pasado cuarenta minutos y los dos yacen sobre la arena mojada. Desnudos. Eva apoya la cabeza sobre el pecho de Tomás que, aún jadeante, va recuperando el ritmo cardíaco. Con la mano le acaricia la cicatriz que baja por su frente. Una leve brisa se cuela por todos los rincones de sus cuerpos pegados y los dos sienten un escalofrío que les recorre todo el esqueleto. El bello de sus cuerpos se pone de punta.

- Al final ha sido bueno que cogiese los condones – dice Eva con voz cálida y dedicándole una sonrisa a Tomás, a quién mira a los ojos.

Tomás no sabe descifrar el tono de voz de Eva. ¿Amor? ¿Agradecimiento? ¿Simple simpatía?

- Sí, no hay mal que por bien no venga. ¿No me digas que lo tenías todo planeado?

- No, Tomás. No me gusta planear nada. Lo que ha pasado ha pasado porque así tenía que ser.

- Ya... el destino, supongo - responde él con dejadez.

Tomás y Eva se abandonan unos minutos más al silencio. Él pensando en lo que acaba de suceder. Ella pensando en lo que sucederá ahora. Escuchan el sonido del motor de un ciclomotor a lo lejos pasando de largo. Sonido en Dolby Surround, de izquierda a derecha de sus cabezas.

Tomás cierra fuerte los ojos, se muerde el labio inferior y vuelve a abrir los ojos. Todo sigue igual. A Eva, el movimiento del pecho de Tomás, ahora constante y pausado, la relaja. Abre los ojos y ve el mar más allá del abdomen y los pies de Tomás, que es lo que su mirada ha decidido desenfocar para centrarse en un mar cada vez más azul marino. Las estrellas empiezan a apagarse.

- ¿Quieres que vayamos a desayunar? Aquí nos vamos a quedar fríos – pregunta y apunta Tomás.

- Sí, vamos ¡Me muero de hambre!

Antes de levantarse, Eva le da un beso a Tomás que éste devuelve con menos pasión de la que pone ella. Al despegar sus labios, los dos se levantan y se dirigen a la toalla.

- Habrá que quitarse toda la arena que llevamos pegada al cuerpo – dice Tomás señalando una ducha que se encuentra a unos metros de ellos, cerca del paseo de tablas que sirve de acceso a la playa.

Él espera a que Eva se duche primero y evita mirar el cuerpo desnudo de Eva, cuya piel se eriza al entrar en contacto con el agua de la ducha. Ahora sólo se escucha el sonido del agua caer del cuerpo de Eva a las tablas. Una fina lluvia que lo moja todo, piensa Tomás. Cuando Tomás deja de escuchar el sonido del agua le tiende una toalla a Eva evitando cruzar miradas. Ahora es Tomás el que se frota el cuerpo con las manos quitándose la arena que se le ha pegado por todas partes. Termina rápido y se seca, dejando a Eva sin nada que la cubra.

Vuelven a la toalla que queda sobre la arena y se visten. Recogen la botella, las colillas y todos sus bártulos y emprenden la marcha hacia el coche con las zapatillas en las manos.

Al llegar al Mini, Tomás abre el maletero y saca una botella de agua que le ofrece a Eva.

- Mejor nos limpiamos los pies, ¿no?
- No esperaba menos de ti – dice ella tiernamente.

Eva se apoya en Tomás. Se lava un pié, manteniéndolo en el aire, lo calza y después repite el proceso con el otro pié. Le pasa la botella a Tomás, que se sienta en el hueco del maletero y se aclara los pies. Cuando termina con el ritual, los dos entran en el coche.

Tomás enciende el motor y el reloj, que se ilumina como un chispazo, marca las seis menos diez de la mañana. Mira el horizonte, al otro lado del cristal, y ve asomar las primeras luces del día. Más allá de la línea vertical del mar, dónde un día Tomás, de pequeño, creyó que había una cascada infinita que representaba el fin del mundo, que se llevaba consigo a todo lo que se acercase. El amarillo, el naranja y el rojo parecen tener una batalla a muerte por ser el primero en recibir al astro rey. Al final, piensa Tomás, el sol saldrá.

Con un par de maniobras Tomás cambia de sentido el coche y retoma el camino hacia el pueblo.

- No conozco el pueblo y creo que a estas horas será difícil encontrar algún sitio abierto. Tendremos que volver a la ciudad.
- Creo que mi estómago aguantará – dice Eva.
- Eso espero.

Tomás acelera y el coche empieza a alejarse poco a poco de la playa mientras la oscuridad va dando paso a la luz y a un nuevo día de verano. El cielo amarillento, aún adormecido y triste, despide una noche que centra los pensamientos de Eva y de Tomás.

Campos de olivos y algarrobas pasan veloces al otro lado de la ventanilla. Eva apoya su cabeza en el cristal y pierde su mirada en el horizonte iluminado por un sol que lucha por dejar atrás a la luna y a las estrellas. Tomás se siente cansado. Los párpados le pesan y le apetece más que nunca fumarse un cigarrillo. Reprime la ansiedad.

La carretera serpentea y Tomás decide apagar la climatización y bajar la ventanilla para que el aire le acaricie la cara, manteniéndolo despierto en todo momento. Saca un brazo por la ventanilla y recuerda un viejo anuncio de televisión. El aparato de música del Mini está apagado y sólo el sonido del aire que acaricia veloz la ventanilla de Tomás se hace oír. Hasta que Eva despeja la sien del cristal y, mirando a Tomás, rompe el hielo.

- Tomás, ¿por qué estás tan callado?
- Creía que dormías.
- ¿Estás arrepentido de lo que ha sucedido en la playa?
- No, ¿debería estarlo? – pregunta Tomás mirando un instante a Eva y regalándole una sonrisa impostada.
- No, pero te veo un poco preocupado – Eva, fija ahora la mirada en la carretera antes de seguir
- Lo que ha pasado no quiere decir nada, ¿entiendes? No tiene por que ser el principio de nada.

“No tiene por que ser” repite Tomás en su cabeza. Eso quiere decir que puede ser. Pero puede no ser. ¿Hay que elegir?

- ¿Qué quieres decir? – pregunta al final.
- Quiero decir que lo que ha sucedido ha sido que hemos hecho el amor porque los dos teníamos ganas y punto. ¿No hablábamos antes del sexo y de lo que éste significa para ti?
- Lo sé... pero supongo que no es lo mismo – dice Tomás, sabedor de que con esta frase reconoce preocupación.
- Expíciate. Antes parecía que lo tenías muy claro.
- Quiero decir, Eva, que tú no eres como las otras chicas. No eres cualquiera.
- ¿Eso es un halago?
- Por supuesto.
- Entonces, ¿qué es lo que te preocupa?
- Eva, no sé si lo que ha sucedido está bien, precisamente porque eres quién eres. Te tengo una estima especial. Cuando te marchaste lo pasé muy mal – dice Tomás sin quitar la vista de la carretera – pero ahora tengo un tipo de vida que me gusta tal y cómo es y no me la quiero complicar.
- ¿Quieres decir que en tu vida no hay sitio para mí?

Tomás se siente contra las cuerdas. No ha tenido nunca muchos problemas para dejar claro a una chica, si ha hecho falta, que más allá del sexo esporádico no quiere nada más. La mayoría de las veces no ha sido necesario dar explicaciones. Pero con Eva la argumentación se le antoja más difícil. Más que la explicación, lo que realmente asusta a Tomás es la posible reacción de Eva. Piensa, con su mente cansada y pesada, que eso quiere decir, al fin y al cabo, que lo que siente por Eva, el respeto que le tiene, a pesar de todo, piensa, no es comparable con el que siente por cualquiera de sus otras amigas. Todo esto lo piensa en milésimas de segundo. Un poco más tarda en llegar la respuesta a las palabras de Eva, y sabe que el tiempo apremia porque cinco segundos de silencio ya serían suficiente argumento para Eva. Tomás suspira.

- No, quiero decir que contigo no podría tener una relación basada en que nos acostemos de vez en cuando.
- Entiendo, Tomás. Y me lo tomo como un halago.

Unos segundos de silencio.

- ¿Pongo un poco de música? – pregunta ella.
- Sí, dale... - responde Tomás, mientras siente una ganas terribles de tocar a Eva. De sentir el tacto de su piel, su calor. De acariciarle el muslo con la palma de la mano o de acariciarle el pelo. Pero Tomás mantiene las manos firmes en el volante. Tiene ganas de ofrecerle un gesto que le diga a Eva que él está ahí. Una caricia que demuestre la alegría que siente por volver a verla. Nada.

En los altavoces del vehículo suena Fix You, de Coldplay. Y mientras la canción avanza progresivamente en el drama de su historia, a medida que los instrumentos se van incorporando, uno tras otro, a la voz de Chris Martin, que dice que las luces te guiarán a casa, y justo cuando la guitarra y la batería se incorporan a la melodía, Tomás va recordando, primero, todo lo que ha sucedido en las últimas horas para pasar, después, y retrocediendo en el tiempo, a recordar los momentos que ha vivido al lado de Eva. La cabeza de Tomás se llena de preguntas, de pensamientos, de posibilidades que le aturden. Y un peso inmenso se apodera de su cuerpo. Siente como la gravedad le empuja hacia abajo. Su culo pegado al asiento y el asiento pegado a la base del coche y el coche pegado a la carretera. La voz de Eva le libera.

- ¿Dónde vamos a desayunar?
- No lo sé. ¿Alguna sugerencia?
- ¿Al Café París? Creo que abre temprano.
- Mejor a otro sitio, ¿no? – responde Tomás, que se da cuenta de que no quiere volver al Café París con Eva. Porque allí pasó y ha pasado tantas horas con ella. Porque allí comenzó todo y todo terminó. Todo volvió a comenzar y no quiere que todo vuelva a terminar.
- Cómo quieras.

El Mini enfile la entrada a la ciudad. Son las seis y cuarto de la mañana. Las farolas de las calles se van apagando a medida que el Mini las atraviesa en el silencio de unos edificios que aún retienen a sus vecinos en la cama. Los despertadores no sonarán hoy para la mayoría de personas. Los niños no irán a la escuela, las fábricas no encenderán los motores, las oficinas no abrirán las ventanas para combatir el calor y sólo algunos comercios levantarán la reja.

Tomás encuentra aparcamiento fácilmente a pocos metros de la cafetería elegida, una de las pocas que abren tan temprano en toda la ciudad. Aparca con una sola maniobra y apaga el motor. Una luz blanca ilumina las calles. La luz de las primeras horas de la mañana, la más virgen y inocente de las luces. La noche es ya historia.

- Aquí hacen los mejores croissants de la ciudad.
- Me muero de hambre...

Al entrar en la cafetería, Tomás y Eva perciben el olor de la bollería recién salida del horno. Magdalenas, croissants y bizcochos adornan la vitrina que dejan a la derecha. Las cafeteras trabajan a destajo y la atmósfera del local devuelve a Tomás y Eva a la vida mientras sus estómagos piden a gritos ser alimentados. La cafetería está adornada con grandes paneles de madera. En ellas, unas pizarras incrustadas informan con una letra elegante escrita con tiza de las especialidades de la casa. Las paredes están pintadas con tonos de color crema y el suelo está entarimado. La ambientación general del sitio sorprende a Eva, que no conocía el café, y le hace pensar en un local del Trastevere que se parecía mucho.

Los dos se dejan caer en unas sillas de madera. Cada uno a un extremo de la mesa, también de madera, ésta más gastada. Tomás observa a las personas que se encuentran sentadas al resto de mesas. Un par de hombres de avanzada edad discuten acaloradamente sobre el último fichaje del equipo de fútbol de la ciudad con el periódico abierto por la sección de deportes encima de la mesa. Un par de copas con un licor que Tomás no acierta a adivinar acompaña a los dos viejos. El resto de personas, dos chicos y una chica en una mesa, y dos chicos en otra, son jóvenes que están de bajón después de una larga noche de fiesta. Se les ve en la cara, piensa Tomás. A dos de los chicos les tiembla la mandíbula y tienen una botella de agua pegada a la mano.

- Yo quiero un croissant de jamón y queso y un capuccino – dice Eva sin apartar la mirada de una de las pizarras de la pared.
- Buena elección, yo quiero un croissant de frankfurt y queso y un café con hielo.

Tomás mete la mano en el bolsillo del pantalón y saca el paquete de tabaco, aplastado y lleno de arena. Rescata un par de cigarrillos y le ofrece uno a Eva, que lo acepta sin dudar. Le pasa el mechero, y cuando éste vuelve enciende el suyo y aspira profundamente mientras cierra los ojos. Siente el humo descender por su garganta y llegar hasta sus pulmones. Lo mantiene un rato dentro y después lo suelta lentamente por la nariz, sin abrir los ojos y inclinándose levemente la cabeza hacia atrás.

Cuando abre los ojos, Tomás se encuentra con la camarera, que le observa con la complicidad de Eva.

- Buenos días – dice la camarera con acento sudamericano y adoptando la expresión de alguien que ve resucitar a un muerto - ¿Qué tomarán?

Tomás, un poco avergonzado, mira a Eva, que le sonríe y, después, ella misma pide el desayuno.

- Habías entrado en trance.

- Tenía muchas ganas de fumarme un cigarrillo.
- Me ha gustado mucho tu coche nuevo – dice Eva intentando romper el silencio que reina entre ellos dos desde hace rato. Busca sacar a Tomás de su ensimismamiento.
- El viejo ya no estaba para muchos trotes. Necesito moverme mucho por temas de trabajo. Que si una rueda de prensa aquí, que si una entrevista allí – explica él frotándose los ojos. El cansancio empieza a hacer mella en Tomás, que necesita un café urgentemente – Me permití un capricho comprándome el Mini. La verdad es que estoy muy satisfecho con él.
- Tienes tu vida muy bien encarrilada aquí. Trabajo estable, vives solo, tienes un coche nuevo...

Tomás la mira intentando abrir mucho los ojos esperando a qué formule la pregunta. Eva no se queda nunca a medias.

- ¿No te falta nada?
- ¿A qué te refieres?
- No lo sé. ¿No te gustaría viajar un poco, descubrir mundo? Eres muy joven y tendrás mucho tiempo para llegar a ser un reconocido periodista.

Tomás suspira.

- Sí, claro que me gustaría viajar y conocer otras cosas. Pero el momento para hacer eso sin cargar con una responsabilidad ya ha pasado para mi – dice Tomás – Además, siempre quedarán las vacaciones para hacer eso – añade sarcásticamente mientras apaga su cigarrillo en el cenicero.

Antes de que Eva pueda responder, la camarera llega con los dos croissants, el capuccino y el café con hielo. Los deja encima de la mesa, junto a la cuenta, y se marcha.

- Ya me entiendes, Tomás. No me refiero a eso. Me refiero a viajar de verdad. Salir de la ciudad en la que has vivido siempre. Instalarte en otro sitio y conocer gente nueva y nuevas culturas.
- No es tan fácil como tú lo pintas. Claro que me gustaría olvidarme de todas mis obligaciones y marcharme lejos un tiempo. Pero tengo un trabajo estable, ya te lo he dicho antes. Ahora tengo un alquiler que pagar cada mes, la letra del coche y diversos gastos fijos.
- Tomás, son gastos fijos porqué estás aquí. Si te fueras dejarías de pagar todo esto. No hay nada que te ate.
- Sí, mi trabajo – espeta Tomás.
- ¡Por favor Tomás! Eres joven y tienes toda la vida para trabajar. También podrías trabajar de periodista en el extranjero. Y si no es posible puedes encontrar un trabajo de cualquier cosa. Lo importante es la experiencia.
- Ahora no puedo dejarlo todo, Eva. He estado muchos años estudiando y trabajando para tener el tipo de vida que tengo. Me gustaría mejorar, llegar más lejos, trabajar para un medio más importante. Encontrar el momento para ponerme a escribir. Por todo eso no puedo dejarlo todo ahora. ¿Entiendes?

La pregunta queda en el aire. Eva entiende ahora que no todas las personas están hechas de la misma pasta. Todo el mundo tiene sus prioridades y sus inquietudes. Para Tomás es su carrera profesional. Para ella, al menos hasta ahora, ha sido disfrutar la vida, aprender, conocer y experimentar. Tomás, piensa, camina sobre seguro. Y ahora que comienza a tener aquello por lo que ha peleado toda su vida, no quiere dejarlo escapar. Ella en cambio, y a pesar de todo lo vivido, nunca ha sabido lo que quiere. Y sigue sin saberlo. Ahora que ella ha vuelto, piensa,

tampoco le gustaría que Tomás se fuera. No le gustaría perderlo ahora.

- Te entiendo – Eva toma un sorbo de su café mientras Tomás la contempla – Es cierto. Tienes lo que siempre has deseado. Lo reconozco y me alegro mucho por ti. Pero, ¿no te falta nada más?

Otra pregunta que queda en el aire unos segundos. Tomás advierte el camino que está tomando Eva. Mastica un bocado de croissant mientras da tiempo a su cerebro para que encuentre una respuesta. Lo mejor, se dice, es contraatacar con otra pregunta. Que sea ella quién se moje.

- ¿A qué te refieres?

- No lo sé, Tomás... Te veo encerrado en tu mundo. Mucho más que nunca.

Vaya, piensa él, esto es una guerra para ver quién se lanza primero a la piscina. Eva es una contrincante de altura. Siempre lo ha sido. Testaruda como él. Tomás no piensa dar su brazo a torcer tan rápido.

- ¿Qué quieres decir? –

- ¡Tomás! Ya sabes lo que quiero decir. Pareces distante de todo. Vives encerrado en ti mismo sin dejar que nadie entre en tu mundo. Has levantado cuatro muros a tu alrededor que no permiten que nadie se acerque demasiado a ti.

- ¿Tu crees? – Tomás empieza a sentirse ridículo.

- No seas cínico – dice ahora ella con visible molestia.

Tomás baja la mirada. Un largo sorbo de café le recorre la garganta refrescándole el cuerpo y las ideas. Es como un chute de adrenalina para afrontar el tira y afloja verbal que está disputando.

- Antes, Tomás – prosigue Eva ante el mutismo de él – eras mucho más abierto. Reconozco que siempre has tenido problemas para sincerarte del todo y siempre has mantenido un halo de misterio a tu alrededor. Pero te mostrabas más vulnerable ante la vida y las personas que te rodean. Ahora parece que todo te importa más bien poco mientras cada día salga el sol, vayas a trabajar y te acuestes con alguna de tus amiguitas.

Si en lugar de “amiguitas” Eva hubiese utilizado la palabra “amigas”, Tomás no hubiese percibido celos en sus palabras. Ya está toda la carne en el asador, piensa él. Ahora ya no hay escapatoria, aunque ya sabe claramente por dónde van los tiros. Mejor que tirarse a la piscina sin agua.

- Eva, no puedes acusarme de hermetismo. Tú no puedes. Creo que hoy...bueno, ayer...es decir, ayer y hoy... - Tomás consigue arrancar una sonrisa sincera de Eva, cosa que le halaga y le sube la autoestima – he sido del todo sincero contigo. Hay cosas que me cuesta más expresar, está claro, pero creo que no te he escondido nada.

- Eres una persona llena de secretos y misterios. Al menos eso es lo que me parece a mí.

- Todo el mundo tiene sus secretos. Su intimidad. Yo soy bastante receloso de mi intimidad. Pero te puedo asegurar que tú sabes más de mí que nadie. Y eso que hace cuatro años que no nos vemos.

- Creo saber mucho del Tomás de hace cuatro años y muy poco del Tomás de ahora.

- Las personas cambian. Es inevitable.
- Supongo que tienes razón. No puedo marcharme y volver cuatro años después pretendiendo ser tu mejor amiga.
- Eva, estás exagerando un poco. No convirtamos esto en una tragedia griega – ahora Tomás adopta un tono más amable y comprensivo, más dulce – ¿Sabes una cosa? Cuando me llamaste hace un par de días para decirme que habías vuelto no sabía como reaccionaría al verte. Ni siquiera sabía si quería verte – Ahora Tomás clava su mirada en los ojos de Eva, de los cuales, sólo pronunciar él la última frase, empieza a brotar instantáneamente una lágrima que desciende por una de las sonrosadas mejillas de Eva – Pero cuando te vi entrar en el Café París, cuando te vi cruzar la puerta y acercarte a mi, me pareció que hacía sólo unas pocas horas que te había visto por última vez.

Eres capaz de lo mejor y de lo peor, piensa Tomás al finalizar su conciliador discurso.

Le pasa una servilleta de papel a Eva, que se enjuaga las lágrimas.

- Es por eso que me he quedado un poco parado después de lo que ha sucedido en la playa. No quiero estropear la amistad que hay entre nosotros por un polvo de una noche.

Y otra vez se dibuja un gesto de amargura en la cara de Eva y ahora las lágrimas empiezan a brotar de sus ojos en tropel.

- ¿Un polvo de una noche? ¿Eso es lo que ha sido para ti, Tomás? ¿Un puto polvo de una noche? – dice Eva entrecortando sus palabras por el llanto silencioso.
- Eva, no ha sido un polvo de una noche, perdona por la expresión. Pero es que no quiero que se convierta precisamente en eso. Lo que quiero decir es que no me gustaría estropear nuestra amistad, todo lo que nos une, a pesar del tiempo, por acostarnos una noche. No quiero que te conviertas en eso. ¿Entiendes?

Eva asiente con la cabeza mientras, con la mirada perdida en la mesa, agota las servilletas de papel secándose las lágrimas.

- Mira, Eva, me hace una ilusión enorme que hayas vuelto, de verdad. Pero después de tanto tiempo las cosas cambian. Las situaciones cambian y las personas cambian. Siento un aprecio muy grande por ti y me lo estoy pasando genial contigo. Con nadie más siento la complicidad que siento contigo. No te enfades y sonrío, que me gustas más feliz y contenta.

- Yo también estaba un poco nerviosa – dice ahora Eva con las fuerzas recuperadas – No sabía como ibas a reaccionar después de mi marcha, sobretodo por como actué. Entiendo que te hice daño y que ahora las cosas han cambiado. Aquí me queda poca gente. He perdido los pocos contactos que tenía cuando me marché. Algunos se han ido y con otros perdí el contacto hace tiempo. No sólo me aislé de ti. Siento que tú eres lo mejor que tengo aquí y tampoco querría que nos distanciáramos más de lo que lo hemos hecho estos años.

- Eso no va a pasar – interrumpe Tomás.
- Lo sé. Es sólo que te he visto un poco distante, pero supongo que es normal. Ha pasado mucho tiempo.
- Eva, estoy aquí y soy el de siempre.

Ahora los dos terminan sus cafés y pasean sus miradas por diferentes partes de la cafetería.

Hasta que, unos instantes después, Eva vuelve a hablar.

- ¿Sabes, Tomás? Cuando nos hemos encontrado también a mi me ha parecido que habían pasado sólo unas horas desde la última vez. Y he vuelto a sentir muchas cosas que hacía tiempo que no sentía. He tenido sensaciones encontradas que no han hecho más que pasearse por mi cabeza durante todo el día.

- Es normal, ha pasado mucho tiempo – dice Tomás, apesumbrado porqué la conversación ha llegado al punto que pretendía evitar – Lo importante es que estás aquí.

- No me arrepiento de haberme marchado. Lo único que lamento es haberlo hecho cómo lo hice. Haberme ido sin darte explicaciones.

- Eso ya ha pasado, no tienes que darle más vueltas.

- Creo que éramos muy jóvenes, Tomás. No hubiésemos llegado a ninguna parte. Pero ahora nuestras vidas han cambiado y quizás todo puede volver a empezar.

Tomás traga saliva. Ya está. El momento de tomar decisiones, si más no, de dar explicaciones, ya ha llegado. Él también siente un enorme lío en su cabeza, mezclado con un terrible cansancio que le enreda aún más los pensamientos y los sentimientos. Siente la cabeza llena de cemento. Está contra la espada y la pared.

- Eso, Eva, sólo el tiempo lo puede decidir – y Tomás siente un alivio al encontrar la fórmula para no tener que tomar una decisión. Al mismo tiempo siente una leve tristeza por no corresponder a Eva como ella querría. La quiere, lo sabe. La ama y la respeta, pero Tomás siente una inseguridad que le corroe por dentro y no quiere dar un paso en falso que le pueda precipitar al vacío otra vez.

- Supongo que sí, el tiempo todo lo decide – responde Eva con melancolía en sus ojos y una ración de tristeza en sus palabras.

Algo dentro de Tomás, a quien Eva mira fijamente sin desprenderse de la melancolía, le grita que se levante de la mesa y abrace con fuerza a Eva. Que la abrace y que le susurre al oído que sí, que todo puede volver a empezar, que es el momento. Pero otra fuerza surgida de su interior le remite a la incertidumbre que puede desprenderse de sus actos, le dice que mantenga la cabeza fría y que no actúe impulsado por sus emociones. Y esta segunda fuerza le mantiene rígido, pegado a la silla. Tomás piensa que lleva demasiado tiempo haciendo caso a su razón. Lleva demasiado tiempo obedeciendo a la voz de la moderación y la responsabilidad. Lleva demasiado tiempo atendiendo a las llamadas del piénsatelo dos veces antes de actuar. Y siente la tentación de mandar a la mierda a esta voz interior. Pero sigue rígido en su silla sin moverse, sin mostrar debilidad, mientras la guerra de voces en su cabeza se va apaciguando a medida que pasan los segundos, a medida que él decide no hacer nada.

Eva mira a Tomás, que parece estar sufriendo una jaqueca terrible. Y sabe que Tomás, al menos de momento, no va a dar su brazo a torcer. Sabe reconocer en los ojos de Tomás cuanto la aprecia. Incluso, a lo largo de algunos momentos en las últimas horas, ha llegado a percibir en la mirada de Tomás un poco de amor. Un amor que ha estado se ha estado debatiendo durante horas por aparecer, pero que al final él mismo ha conseguido apaciguar y dejar bien encerrado en su interior. Eva tampoco acaba de comprender bien que es lo que ella siente, aunque cada gesto de cariño que Tomás le ha regalado ha producido en su interior una felicidad muy intensa.

Él, piensa Eva, también esta sufriendo. Sigue sufriendo y nunca ha dejado de hacerlo, aunque se haya puesto una armadura impenetrable. Eva decide que, llegado este momento, es el

momento de terminar el juego, de momento, y liberar un poco a Tomás de la angustia que está padeciendo ante su comportamiento.

- Te veo cansado. Yo también estoy bastante agotada. ¿Nos vamos a descansar?
- Es una buena idea. Estoy muerto.

Se levantan a la vez. Se acercan a la barra con la cuenta y Tomás paga sin dar tiempo a que Eva busque el monedero en la bolsa.

Salen y un sol mucho más intenso del que hacía cuando han entrado en la cafetería les ciega los ojos. Tras unos instantes de adaptación al medio, emprenden la marcha hacia el coche.

- ¿Has desayunado bien?
- El croissant estaba buenísimo. El café bien, pero no tanto como en Italia.

Y los dos sonríen, aunque dentro de ellos la tristeza aparecida hace un rato se hace cada vez más presente.

- ¿Tu madre no estará preocupada? – pregunta Tomás.
- Le he mandado un mensaje diciéndole que llegaría tarde. Sé que a veces se preocupa un poco.

El paseo hasta el coche se convierte en una calamidad para los dos. Para Tomás porque siente un cansancio exagerado. El café no ha podido vencer a la extenuación provocada por el trote de las últimas horas. Un leve dolor de cabeza se ha apoderado hace rato de su cabeza hormigonada. Algo más, que no acaba de saber exactamente que es, pasa por su cabeza.

Eva, más que cansancio, está triste porque sabe que cada paso que da hacia el Mini representa un instante más de la cuenta atrás para el final de una noche que, a todas luces, a pesar de lo malo, piensa, ha sido mágica. Siente la melancolía del que es sabedor de que el tiempo se agota. No la consuela pensar que ha llegado a la ciudad para quedarse. No se siente aliviada al saber que va a tener todo el tiempo del mundo para ver a Tomás. Siente que le gustaría detener el tiempo y disfrutar eternamente este momento que aún se encuentra tan vinculado a todo lo que ha sucedido en las últimas horas. Meterse en la cama a dormir significará terminar un episodio que le gustaría vivir eternamente.

Entran en el coche. Se abrochan los cinturones de seguridad. Tomás arranca, maniobra y se incorpora a la carretera. Instintivamente, emprende la marcha hacia la casa de Eva.

Eva piensa que le gustaría que Tomás aparcase cerca de su casa y que la invitase a subir. Le gustaría dormir con Tomás, sentir su compañía. Pero Tomás se está acercando cada vez más a casa de Eva. Pasan los minutos y ella no sabe si decir algo o mejor quedarse callada. Si no lo intento, piensa, le estaré dando vueltas unos días.

- Tomás, ¿te importaría si me quedo a dormir en tu casa?

- ¿Eh? – pregunta Tomás, que se encontraba ensimismado en sus cosas y realmente no ha entendido nada.

Eva repite la pregunta.

Tomás permanece callado unos instantes, cómo si no terminase de entender lo que ella acaba de preguntarle.

- Sabes, es que es muy posible que mi madre esté ya despierta y no quiero que me haga un interrogatorio. Puedo mandarle un mensaje y decirle que me quedo a dormir en tu casa. Así se quedará tranquila y yo me ahorro el interrogatorio. Mi madre es muy cotilla y sabiendo que he estado toda la noche contigo, seguro que no para de hacerme preguntas. Ya sabes que a mi madre le gustas mucho y...

- ¿Crees que es lo mejor? – interrumpe Tomás.

- No lo sé, ¿por?

- ¿Si te quedas a dormir en mi casa no te hará aún más preguntas?

Maldito Tomás, piensa Eva. Tiene argumentos para todo.

- Ya, bueno... Pero es que ahora estoy muy cansada y no es lo mismo enfrentarse a un tercer grado despejada que agotada cómo estoy ahora.

De repente, Tomás para el coche. El Mini permanece quieto, en doble fila, unos instantes. Tomás intenta pensar. No dice nada. ¿Pero esto que es?, piensa. Esta chica es insistente. Enfrentarse nuevamente a Eva y que esto pueda derivar en otra pequeña discusión desalienta a

Tomás. A veces es mejor ceder si es para evitar un conflicto. Pero claro, en este caso, piensa en sus adentros, perder esta batalla supondría perder la guerra. Se pregunta porque estará usando términos bélicos a la hora de discernir sobre todo lo que está sucediendo.

Sacude la cabeza. ¿Pero tú qué quieres, Tomás? Mmmmm. No lo sé. Si no lo sabes es que no estás seguro. Por lo tanto, no es un sí pero tampoco es un no. Puede ser. Entonces, es posible que tú quieras que Eva venga a tu casa pero crees que sería mejor que no fuese así. Creo que es eso. ¿Y a quién hacemos caso? ¿A la razón o a la emoción? ¿A la cabeza o al corazón?

Tomás, a estas alturas, no encuentra ni rastro de su razón. La emoción parece también escondida. El agotamiento le hace actuar como un autómatas. Algo dentro de sí querría satisfacer a Eva, sucumbir a sus deseos y, de paso, reconoce, también a los suyos, pues siente que por primera vez podría dormir en su casa con alguien a quién desearía seguir viendo a su lado cuando despierte. Pero un gran miedo se empieza a apoderar poco a poco de Tomás. Un miedo que penetra en su cabeza dormida y despierta al genio de la razón. Éste, toma la palabra.

Tomás, no lo estropees todo ahora. Estás bien como estás. No lo eches todo a perder ahora, después de todo lo que te ha costado construir la vida que tienes. ¿Y que tipo de vida tengo? Tienes tu casa, tu trabajo y tu independencia. Pero es que... Pero es que nada Tomás, tienes que ser razonable, ya habrá tiempo para pensar en otras cosas. ¿Quieres volver a caerte?

- ¿Tomás?

- Eva, creo que es mejor que te lleve a casa.

- Está bien.

Tomás vuelve a poner el coche en circulación. Las calles están desiertas y en un par de minutos el Mini se para delante del portal de Eva.

- Gracias por todo Tomás.

- No hay de qué. Me lo he pasado muy bien esta noche – dice Eva intentando disimular su frustración.

- Yo también. Esto hay que repetirlo.

- Claro que sí.

Eva se desabrocha el cinturón de seguridad. Se inclina sobre Tomás y le da un beso en la mejilla.

- Que descanses.

- Igualmente.

Eva sale del coche, cierra la puerta y se dirige al portal.

Tomás se queda observando, en el silencio del coche, como Eva abre el portal y desaparece detrás de la oscuridad de la entrada.

Suelta aire. Busca en su bolsillo y saca el arrugado paquete de tabaco. Baja la ventanilla y se enciende un cigarrillo mientras una sensación de tristeza se va apoderando de él.

Eva se mira en el espejo del ascensor. Observa los ojos de la chica que hay reflejada enfrente suyo. Unos ojos vidriosos que expresan una mezcla de rabia, alegría y decepción. Y Eva no sabe con cual de estas sensaciones quedarse. Porque la alegría de haber vuelto a encontrar a Tomás es muy grande. Porque la decepción por no saber que corre exactamente por la cabeza del

chico con el que un día compartió tanto la desespera. Y porque la rabia que siente por no saber si él podrá volver a confiar en ella es como un veneno que se extiende por su cuerpo poco a poco, dulce pero dolorosamente. Eva se siente frustrada pero sabe que lo ha intentado hasta el final. El tiempo, al fin y al cabo, piensa, todo lo dirá. Maldito Tomás.

Tomás sigue chupando un cigarrillo que no le está produciendo ningún placer. Tengo que dejar de fumar, piensa. Mientras, se pregunta si no hubiese sido mejor llevarse a Eva a casa. Se pregunta hasta cuando seguirá primando en él la razón ante cualquier otra cosa. Se pregunta porqué es tan capullo. Eres un capullo, Tomás. Acabas de dejar escapar a lo mejor que te ha pasado nunca. ¿Qué pensará ella de ti? Y Tomás siente que querría salir del coche, llamar al portero automático de Eva y decirle que baje y que se vaya con él a su casa. Pero no quiere montar ningún número. Otra vez la maldita razón.

Cuando Tomás se da cuenta, el cigarrillo se ha consumido en sus manos. Lanza la colilla por la ventanilla. Coge el paquete de tabaco medio lleno que ha dejado hace unos minutos encima del asiento del copiloto y lo lanza también por la ventanilla. Finalmente, pone el coche en marcha. En el camino de vuelta a casa, una mezcla de recuerdos de lo que ha pasado con Eva en las últimas horas pasa por su cabeza. Tomás va farfullando en voz baja. Maldita razón de mierda. Eres un capullo.

Antes de abrir la puerta de casa. Eva se seca las lágrimas de los ojos con las manos. Mete la llave en la cerradura, da una vuelta y empuja la puerta. Avanza por el pasillo sigilosamente. Al llegar al baño, Eva escucha la voz de su madre.

- ¿Cómo ha ido?
- Bien mamá, ahora estoy muy cansada. ¿Podemos hablar mañana?
- Claro que sí, métete en la cama y descansa. Yo dentro de un rato me iré a la playa – dice su madre cariñosamente.
- De acuerdo, buenas noche mamá – dice Eva mientras cierra la puerta del baño.
- Buenos días. Y descansa.

Eva se desnuda, se mete en la bañera y se toma una ducha de agua fresca. Mientras el agua cae sobre su cabeza y le empapa el resto del cuerpo, Eva empieza a notar que la alegría va desterrando a la rabia y la decepción. Tomás es una buena persona. Es un buen amigo. Tenemos todo el tiempo del mundo, piensa mientras un enorme cansancio se apodera de todo su cuerpo.

Tomás aparca cerca de casa y en treinta segundos se planta delante del portal. Abre la puerta y sube lentamente, casi arrastrándose, los tres pisos que le separan de su cama. Las escaleras de siempre, piensa. Entra en casa, deja la cartera, las llaves y el paquete de tabaco encima de la mesa y se dirige directamente al dormitorio. Se deja caer encima de la cama.

Tomás está tumbado mirando al techo, con los ojos bien abiertos, a pesar del cansancio. Ya vuelvo a estar aquí, se dice. Sólo. En la ciudad de siempre, en la casa de siempre, con el trabajo de siempre y viviendo la vida de siempre... La misma mierda de siempre.

Algo que una vez leyó no sabe dónde le viene a la cabeza. *Se necesita solo un minuto para que te fijes en alguien, una hora para que te guste, un día para quererlo. Pero se necesita toda una vida para que lo puedas olvidar.*

Tomás recuerda que en su momento esta frase le pareció de lo más cursi posible. No recuerda cuanto hace que la leyó, pero la tenía ya olvidada. Ahora, de repente, esta frase vuelve a su mente como por arte de magia. Y Tomás piensa en Julián y en Felipe. Y piensa en Eva. Y no piensa en nadie más. Y cree que la frase, al fin y al cabo, no tiene sentido y no es más que una contradicción en si misma. Menudo chorrada, piensa.

Tomás se mete la mano en el bolsillo del pantalón y coge el teléfono móvil. Se pone a escribir un mensaje. *¿Nos vemos esta tarde en el Café París? Descansa.* Y deja el móvil a su lado, encima de la cama, mientras sus ojos se van cerrando lentamente.

